

Esa sencilla palabra

HAY PALABRAS QUE PUEDEN SALVAR TU CORAZÓN

CATH CROWLEY

CROSS
BOOKS

Rachel
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Rachel y Henry son amigos desde siempre. Juntos han compartido lecturas y confidencias durante horas en la librería de la familia de él, la maravillosa Howling Books, en cuyas estanterías habitan las más hermosas historias. Pero Rachel quiere ser algo más, y no sabe cómo decirlo... Para colmo, Henry está enamorado hasta los huesos de alguien que no le conviene.

Parecería una historia corriente, una de tantas como suceden a nuestro alrededor, si no fuera por esa carta que Rachel escribió antes de marcharse...Una carta de amor a Henry, escondida dentro de un libro para que él la encontrara.

Pero el azar es caprichoso y la suerte complicada: sus vidas darán un giro imprevisto y el destino de esa carta seguirá un rumbo inesperado, uniendo sus vidas de manera más profunda.

Esa
sencilla
palabra

CATH
CROWLEY

CROSS
BOOKS

Para Michael Crowley y Michael Kitson,
que cambiaron mi mundo.

Un libro debe ser el hacha que rompa el mar helado
dentro de nosotros.

KAFKA

El rey pálido

DAVID FOSTER WALLACE

Nota encontrada en la página 585

*Todas las historias de amor
son historias de fantasmas.*

Prufrock y otras observaciones

T. S. ELIOT

Carta dejada entre las páginas 4 y 5

12 de diciembre de 2012

Querido Henry:

Te dejo esta carta en la misma página que «Canción de amor de J. Alfred Prufrock» porque te encanta ese poema y a mí me encantas tú. Sé que estás con Amy, pero, joder, ella no te quiere. Se quiere a sí misma, y mucho. Me encanta que leas. Me encanta que te gusten los libros de segunda mano. Me encanta prácticamente todo de ti y te conozco desde hace años, así que imagínate. Me marcho mañana. Por favor, llámame cuando leas esto, no importa lo tarde que sea.

RACHEL

Rachel

Abro los ojos a medianoche y oigo el sonido del mar y de la respiración de mi hermano. Han pasado diez meses desde que Cal se ahogó, pero todavía vive en mis sueños.

En los sueños, líquidos como el mar, me siento segura. Respiro bajo el agua, con los ojos abiertos, la sal no me escuece. Veo un banco de peces plateados como lunas que se mueven debajo de mí. Cal aparece preparado para identificarlos, pero no sabemos de qué especie son.

—Caballa —dice, sus palabras se escapan en burbujas que puedo escuchar.

Pero no son caballas. No son doradas, no pertenecen a ninguna de las especies que nombramos. Son totalmente plateados.

—Una especie sin identificar —concluimos mientras los observamos nadar a nuestro alrededor y alejarse.

El agua tiene la textura de la tristeza: sal y calor y recuerdos.

Cuando me despierto, Cal está en la habitación. Se le ve la piel lechosa en la oscuridad, empapado de agua del mar. Imposible, pero tan real que huelo el salitre y el chicle de manzana. Tan real que veo la cicatriz en su pie izquierdo, un corte antiguo que se hizo con un cristal en la playa. Está hablando de los peces del sueño: totalmente plateados, sin identificar, que después desaparecen.

Palpo el aire en busca del sueño, pero lo único que toco son las orejas del labrador de Cal, *Woof*. Desde el entierro, me sigue a todas partes como una larga sombra negra de la que no me puedo deshacer. Suele dormir a los pies de mi cama o en la puerta de mi habitación, pero las dos últimas noches se ha instalado delante de mis maletas llenas. No puedo llevármelo conmigo.

—Eres un perro de mar. —Recorro su hocico con la punta del dedo—. Te volverías loco en la ciudad.

Después de soñar con Cal, nunca puedo dormir, así que me escapo por la ventana y me dirijo a la playa. La luna ha encogido tres cuartos. Es de noche, pero hace tanto calor como por el día. La abuela cortó el césped a finales de la semana pasada, así que se me pegan a los pies briznas de hierba cálidas con forma de cuchillas mientras avanzo.

Nuestra casa está prácticamente junto al agua. Está la carretera, una pequeña franja de maleza y después las dunas. La noche es una maraña de olores. Sal y árboles, el humo de una hoguera a lo lejos en la playa. También está plagada de recuerdos. Chapuzones de verano y paseos nocturnos, salidas a buscar caracolas, blénidos y estrellas de mar.

En dirección al faro está el lugar en el que quedó varado el zifio: un cetáceo gigante de seis metros, con la parte derecha de la cara sobre la arena y el ojo izquierdo abierto. Poco después, un

grupo de gente vino a verlo, entre ellos científicos que lo estudiaban y vecinos que lo observaban fijamente. Pero al principio, solo estábamos mamá, Cal y yo aquella fría mañana. Yo tenía nueve años y me parecía una criatura mitad marina mitad pájaro con su largo morro. Tenía unas ganas tremendas de estudiar el océano del que procedía, las cosas que podía haber visto allí. Cal y yo nos pasábamos el día devorando los libros de mi madre y buscando en internet. «Los zifios se consideran unas de las criaturas marinas más incomprendidas —apunté en mi diario—. Viven a tal profundidad que la presión puede resultar mortal.»

No creo en fantasmas ni en vidas pasadas ni en viajes en el tiempo ni en ninguna de las cosas extrañas sobre las que le gustaba leer a Cal, pero cada vez que vuelvo a la playa, deseo que estuviéramos todos juntos otra vez, el día del zifio, el día que nos mudamos aquí, cualquier día antes de su muerte. Con lo que sé sobre el futuro, estaría preparada. Lo salvaría cuando llegara el peligro.

Es tarde, pero habrá gente del instituto en la playa, así que sigo caminando hasta un sitio tranquilo. Me entierro en las dunas, cubro mis piernas hasta más arriba de la cadera y me quedo mirando fijamente al océano. La luz de la luna lo ilumina, la superficie está cubierta de rayos plateados.

Quiero meterme en el agua, pero no puedo. Quiero estar cerca de la playa y al mismo tiempo lejos. He intentado nadar sin pensar en el día en el que Cal se ahogó, pero es imposible. Puedo oír sus palabras, sus pasos sobre la arena. Lo veo saltar: un arco largo y frágil que desaparece en el mar.

No estoy segura de cuánto tiempo llevo aquí cuando oigo los pasos de mi madre sobre las dunas; le cuesta mantener el equilibrio. Se sienta a mi lado y se enciende un cigarro, lo cubre con la mano para protegerlo de la noche.

Volvió a fumar tras la muerte de Cal. Después del entierro, me los encontré a mi padre y a ella escondidos detrás de la iglesia. Me coloqué en silencio entre los dos, cogí a cada uno de la mano que tenían libre y deseé con todas mis fuerzas que Cal estuviera allí para ser testigo del extraño hecho de que nuestros padres fumaran. Papá lleva diez años trabajando con Médicos Sin Fronteras, desde el divorcio. Mamá es profesora de ciencias en el instituto de Sea Ridge. Se han pasado toda la vida llamando a los cigarros «palitos de muerte».

Nos quedamos mirando el agua. Mi madre también ha dejado de bañarse en el mar, pero nos encontramos cada noche a la orilla. Fue ella quien nos enseñó a Cal y a mí a nadar: cómo ahuecar la mano, cómo empujar con la palma de la mano y controlar la corriente. Fue ella quien nos aconsejó que no tuviéramos miedo. «Pero nunca nadéis solos», nos advirtió, y, excepto esa única vez, jamás nos atrevimos.

—¿Ya has hecho las maletas? —me pregunta, y yo asiento.

Mañana me marcho de Sea Ridge para irme a Gracetown, un barrio residencial de Melbourne,

donde vive mi tía Rose. He suspendido el bachillerato y, como no tengo intención de volver a intentarlo el año que viene y aquí estoy bastante perdida, Rose me ha conseguido un trabajo en la cafetería del hospital St. Albert's, donde trabaja como médico.

Cal y yo crecimos en Gracetown. Nos mudamos a Sea Ridge hace tres años, cuando yo tenía quince. La abuela ya no podía vivir sola, y no queríamos que tuviera que vender la casa. Habíamos pasado con ella todas las vacaciones de invierno y de verano desde que nacimos, así que Sea Ridge era como nuestra segunda casa.

—El bachillerato no lo es todo —comenta mi madre.

Puede que no, pero antes de que Cal muriera, tenía mi vida planeada hasta el más mínimo detalle. Sacaba todo sobresalientes y era feliz. Quería ser ictióloga y estudiar las criaturas marinas como los zifios. Quería a Joel, viajar, ir a la universidad, libertad.

—Tengo la sensación de que el universo ha engañado a Cal, y también a nosotros —le digo.

Antes de que Cal muriera, mi madre me habría explicado tranquilamente y con total lógica que el universo es solo materia y espacio, con diez mil millones de años luz de diámetro, que está lleno de galaxias y de sistemas solares, con sus estrellas y planetas. Toda esa inmensidad no tiene la capacidad de engañar a nadie.

Pero esta noche se limita a encenderse otro cigarrillo.

—Es verdad —me contesta, y echa el humo hacia las estrellas.

Henry

Estoy tumbado al lado de Amy en la sección de autoayuda de Howling Books. Estamos solos. Son las diez de la noche del jueves, estoy empalmado y, sinceramente, bastante fuera de lugar. No es culpa mía, mi cuerpo ha reaccionado por memoria muscular.

Normalmente, este es el sitio y la hora en la que Amy y yo nos besamos. Este suele ser el momento en el que nos tumbamos jadeantes el uno al lado del otro, ella con la piel cálida, divertida, haciendo chistes sobre mi pelo. Es el momento en el que hablamos del futuro; un porvenir que, si me hubieras preguntado hace quince minutos, estaba totalmente solucionado.

—Quiero cortar contigo —me dice, y al principio creo que está de broma.

Hace menos de doce horas, nos estábamos besando en este mismo sitio. Me vienen también a la mente imágenes de otras cosas que hicimos además de besarnos, y entonces noto que me da un codazo.

—¿Henry? —exclama—. Di algo.

—¿Qué quieres que diga?

—No lo sé, lo que se te pase por la cabeza.

—Estoy pensando que no me lo esperaba y que es una putada. —Me cuesta levantarme—. Tenemos los billetes de avión comprados. No se pueden cambiar ni cancelar, son para el 12 de marzo.

—Ya lo sé —me responde.

—Nos marchamos dentro de diez semanas.

—Tranquilízate —me pide, como si fuera yo el que estuviera diciendo cosas sin sentido.

Tal vez esté diciendo cosas sin sentido, pero es porque me he gastado hasta el último céntimo de mis ahorros para comprar un billete de avión para dar la vuelta al mundo con seis paradas: Singapur, Berlín, Roma, Londres, Helsinki, Nueva York.

—Tenemos el seguro y los pasaportes. Hemos comprado las guías de viaje y las almohadas de viaje.

Se muerde la parte derecha del labio, y yo intento con todas mis fuerzas no pensar en besarla, pero no lo consigo.

—Dijiste que me querías.

—Y te quiero —me contesta, pero acto seguido puntualiza con explicaciones depresivas el tipo de amor que siente—. Pero no creo que esté enamorada de ti. Lo he intentado, de verdad, con todas mis ganas.

Estoy seguro de que estas son las palabras más deprimentes de la historia del amor. «He

intentado quererte con todas mis ganas.»

Debería pedirle que se marche. Debería recordarle que tenemos un trato, un pacto, un acuerdo sólido que se cerró cuando compramos los billetes de avión que le prohibía volver a dejarme. Debería decirle: «¿Sabes qué? No quiero ir contigo. No me apetece viajar al país donde escribió Dickens, a los lugares donde Karen Russell y Junot Díaz y Balli Kaur Jaswal siguen escribiendo, con una chica que intenta quererme con todas sus ganas».

Pero, joder, soy un optimista y me encantaría ver esos países con ella, así que lo que le digo es: —Si cambias de idea, ya sabes dónde vivo.

En mi defensa, diré que llevamos tres años cortando y volviendo, no es la primera vez que me deja y que después nos reconciamos. Lo ha hecho en más de una ocasión, así que la historia me da motivos para tener esperanzas.

Estamos tumbados en la sección de autoayuda, una sala en la parte de atrás de la tienda del tamaño de un armario pequeño. Hay el espacio suficiente para dos personas tumbadas, nada más.

La única manera de salir de aquí es pasar por encima de mí, así que hacemos una especie de baile extraño, como una coreografía de lucha a cámara lenta. Cuando está justo encima de mí, se para durante un par de segundos, su pelo me hace cosquillas, y entonces se inclina y me da un beso. Es un beso largo, de los buenos, y mientras dura me permito albergar la esperanza de que tal vez el beso sea tan bueno que consiga hacerle cambiar de idea.

Pero, cuando termina, se pone de pie, se coloca la falda y me dedica una leve y triste despedida con la mano.

—Adiós, Henry —me dice.

Entonces se marcha y me deja aquí, tumbado en el suelo de la sección de autoayuda, como un cadáver. Un fiambre con un billete de avión para dar la vuelta al mundo que no se puede cancelar ni cambiar.

Un rato después, salgo de la sección de autoayuda a rastras y me dirijo hacia el sofá de la sección de ficción: mi cama de día, larga, de terciopelo azul, situada delante de los clásicos. Ya casi nunca duermo en el piso de arriba. Me gustan los sonidos y el polvo de la librería por la noche.

Me tumbo pensando en Amy. Repaso lo ocurrido la semana pasada, analizo cada hora, intentando descubrir qué ha cambiado entre nosotros. Pero yo sigo siendo la misma persona que hace siete días. Soy el mismo que era la semana pasada y la anterior. Soy la misma persona que era la mañana que nos conocimos.

Amy iba a un instituto privado al otro lado del río antes de mudarse a nuestro barrio cuando la empresa de auditorías de su padre llevó a cabo una reducción de plantilla y él tuvo que cambiar de trabajo. Vivían en un bloque de apartamentos en Green Street, no muy lejos de nuestro instituto.

Desde la nueva habitación de Amy, oía el tráfico de la calle y la cisterna de los vecinos. Desde su antiguo cuarto, oía el canto de los pájaros. Me enteré de ese tipo de detalles sobre su vida antes

de que empezáramos a salir, en las breves conversaciones que manteníamos de camino a casa después de alguna fiesta, en clase de lengua, durante las horas de castigo, en la biblioteca, cuando se pasaba por la librería los domingos por la tarde.

El día que conocí a Amy, solo sabía detalles superficiales: era pelirroja y tenía el pelo largo, los ojos verdes y la piel pálida. Olía a flores. Vestía calcetines largos. Se sentó a una mesa vacía y esperó a que alguien se pusiera a su lado. Y así fue.

Me senté delante de ella en la primera clase de lengua que tuvimos juntos y escuché su conversación con Aaliyah.

—¿Quién es ese? —oí que preguntaba Amy.

—Henry —le respondió Aaliyah—. Gracioso. Listo. Guapo.

Las saludé con la mano sin darme la vuelta.

—Y un cotilla —añadió Amy, y le dio una patada suave a la parte de atrás de mi silla.

No empezamos a salir oficialmente hasta bien entrado segundo de bachillerato, pero la primera vez que nos besamos fue durante la secundaria. Ocurrió cuando nuestra clase de literatura terminó de estudiar los relatos de Ray Bradbury. Después de leer «La última noche del mundo», a nuestros compañeros se les ocurrió fingir que era nuestra última noche en el mundo y hacer las cosas que nos gustaría hacer si el apocalipsis fuese inminente.

El director se enteró de lo que estábamos planeando y nos lo prohibió. Al parecer, un apocalipsis sonaba peligroso. Nuestros planes se fueron al traste.

Pero aparecieron notas en nuestras taquillas con la fecha del apocalipsis: el 12 de diciembre, el último día de clase. Esa noche, Justin Kent había organizado una fiesta en su casa. «El final está cerca. No os olvidéis de hacer planes», decía la octavilla.

Me acosté muy tarde la noche anterior, pues me pasé las horas intentando escribirle la carta perfecta a Amy para convencerla de que pasase su última velada conmigo. Llegué a clase con la nota guardada en el bolsillo, consciente de que, probablemente, no se la daría, pero con la esperanza de hacerlo.

Por aquel entonces, tenía una mejor amiga genial, Rachel, que ya no lo es por razones que no llego a entender, y mi plan era pasar la última noche con ella a menos que ocurriera algún milagro y pudiese pasarla con Amy.

Nadie prestó atención en clase ese día. Por todas partes había pequeñas señales que indicaban que todo se iba a acabar que pasaron desapercibidas a ojos de los profesores pero que nosotros no ignoramos. En nuestra clase, alguien había colocado bocabajo todos los anuncios del tablón. Alguien había escrito «EL FIN» en la puerta del baño de los chicos. Cuando abrí mi taquilla y me encontré un papel que llevaba escrito «Solo queda un día», caí en la cuenta de que nadie se había preocupado de perfilar los detalles de cuándo acabaría el mundo. ¿A medianoche? ¿Al amanecer?

Estaba pensando en eso cuando me di la vuelta y vi a Amy a mi lado. Yo llevaba la carta en el bolsillo, pero era incapaz de dársela. En su lugar, le enseñé el papel («Solo queda un día») y le pregunté qué tenía pensado hacer con sus últimas horas.

Se me quedó mirando fijamente durante un rato y al final me dijo:

—Pensaba que me ibas a pedir que las pasara contigo.

Varias personas en el pasillo oyeron su comentario y ninguna de ellas, ni siquiera yo, podía creerse la suerte que tenía.

Amy y yo decidimos que el final llegaría al salir el sol, a las 5.50 de la mañana, según el canal del tiempo. Quedamos en la librería a las 5.50 de la tarde para que fueran doce horas exactas. Después, cenamos en Shanghai Dumplings. Sobre las nueve, fuimos a la fiesta de Justin, y, cuando se llenó demasiado, nos marchamos y paseamos hasta el edificio Benito, donde cogimos el ascensor hasta el último piso, el lugar más elevado de Gracetown.

Nos sentamos sobre mi chaqueta y contemplamos las luces, y Amy me contó cosas de su piso, de lo pequeñas que eran las habitaciones, las canciones de los pájaros que había dejado atrás. Pasaron años hasta que me habló de su padre y de cómo había perdido su trabajo, de lo horrible que había sido oírlo llorar. Aquella noche, solo insinuó de pasada los problemas que atravesaba su familia. Yo le ofrecí visitar la librería siempre que necesitara espacio. Sentada en el jardín de lectura, seguramente oiría cantar a los pájaros. También le dije que el sonido de las páginas al pasarlas resulta de lo más reconfortante.

Entonces, me besó y, aunque no empezamos a salir hasta años más tarde, algo se inició en ese momento. Algunas veces, cuando se quedaba sola después de una fiesta, volvíamos a besarnos. Aunque Amy estuviera con algún otro tío, las demás chicas sabían que mi corazón le pertenecía a ella.

Entonces, una noche, durante el bachillerato, nos convertimos en pareja. Amy vino a la librería. Era tarde y ya había cerrado. Yo estaba estudiando sobre el mostrador. Ella había estado saliendo con un tal Ewan, de su antiguo barrio, pero aquella tarde la había dejado. Necesitaba a alguien de confianza para que la llevara al baile de fin de curso, así que vino a buscarme; se presentó en la puerta de la librería a medianoche.

Rachel

Mi madre se vuelve a casa, pero yo me quedo en la playa con *Woof*. Saco la carta que llevo siempre conmigo desde que decidí volver a la ciudad, la última que me envió Henry. La tenía guardada, junto con todas las demás, en una caja escondida en la parte de atrás del cajón de los calcetines. Desde que nos mudamos a Sea Ridge, Henry me escribió cada semana durante unos tres meses, hasta que por fin entendió que ya no éramos amigos.

—No tiene sentido responder a sus cartas si no me cuenta la verdad —le decía a Cal cada vez que recibía una carta suya.

Y él siempre se me quedaba mirando fijamente, con los ojos serios detrás de los cristales de las gafas, y me respondía algo así como:

—Es Henry. Henry es tu mejor amigo. Henry te ayudó a construir la casa del árbol. Henry nos ha dado un montón de libros. Henry nos ayudó con las clases de lengua. Henry.

—Te ha faltado decir que es un mierdas —le recordaba yo—. Henry es un mierdas.

Ser la mejor amiga de Henry y estar enamorada de él al mismo tiempo nunca supuso un problema hasta el principio del tercer año de secundaria. Siempre le gustaba una chica u otra, pero nunca hacía nada al respecto y el encaprichamiento se le pasaba al poco tiempo, así que yo seguía siendo la única con la que se sentaba y a la que llamaba por las noches.

Pero entonces llegó Amy, con el pelo largo y pelirrojo y una piel imposible, sin una sola peca. Yo parezco cubierta de polvo tras años de veranos en la playa. Amy también era lista. Ese año competimos por el premio de matemáticas y ganó ella. Yo me llevé el premio de ciencias. Ella consiguió a Henry.

Al final de aquel año, el día antes de las vacaciones de verano, me dijo que lo haría. Habíamos estudiado a Ray Bradbury en literatura. Uno de sus relatos trataba sobre una pareja durante su última noche en el mundo, y a todo el mundo le pareció una idea genial que lo recreásemos. En realidad, no era más que una excusa para enrollarse, carta blanca para sincerarte con la persona que te gustaba. No tenía pensado confesarle mis sentimientos a Henry, pero, como daba la casualidad de que también era mi última noche en la ciudad, me dijo que la pasaríamos juntos.

—Te gusta Henry —me soltó Amy mientras se miraba en el espejo del baño aquella mañana.

Henry y yo nos conocimos hace muchos años, cuando compartíamos transporte para ir al colegio. Él estaba leyendo *La invención de Hugo Cabret*, un libro precioso con lunas dibujadas a lápiz. No recuerdo nuestra primera conversación, pero sí las que vinieron después: libros, planetas, viajes en el tiempo, besos, fantasmas, sueños. Lo sabía todo sobre Henry. La palabra «gustar» no le hace justicia a lo que sentía.

—Es mi mejor amigo —le dije a Amy.

—Pues se lo voy a pedir —me respondió.

Sabía a lo que se refería, así que le dije que iba a pasar esa noche conmigo.

Henry me contó aquella tarde que le había dicho que sí a Amy. Estábamos en la parte de atrás del instituto, escondidos entre la hierba alta, observando a los insectos patinar sobre rayos de sol.

—Si te molesta, puedo decirle que no —me ofreció.

Después, se puso de rodillas y me suplicó que lo dejara ir con Amy. Cerré los ojos y le dije que no pasaba nada.

—¿Qué le iba a decir? —le pregunté a Lola aquella noche—. «Estoy enamorada de ti desde siempre y las dos personas que deberían pasar la última noche en el mundo juntas somos tú y yo. Henry y Rachel.»

—¿Por qué no? —me respondió ella, sentada en mi cama con las piernas cruzadas, comiendo chocolate—. Te lo digo en serio. ¿Por qué no? ¿Quién te quita decirle: «Tú, mi mejor amigo, eres la persona a la que quiero besar y creo que haríamos una gran pareja y, además, la Amy esa tiene la mala costumbre de quedarse embobada mirando su reflejo en los vestuarios»?

No me molesté en responder. Lola era la *Superheroína*, la chica que escribía canciones y tocaba el bajo, la chica a la que la gente nombraba cuando hablaban de quién querían ser. Si le gustaba una chica, le pedía salir ese mismo día. El tipo de amor sobre el que ella escribía no era el que vivía la gente como yo.

¿Por qué no?

—Porque no soy muy fan del fracaso y la humillación.

Pero, llegadas las once, después de habernos zampado una tarrina de helado, dos tabletas de chocolate y una bolsa de malvaviscos, me dio una venada. Decidí colarme en la librería y esconder una carta de amor para Henry en la Biblioteca de Cartas de Howling Books.

Aquella noche tenía la sensación de que mi mundo era muy pequeño. Nunca le había insinuado a Henry que me gustaba, pero se me acababa el tiempo y tenía que hacer algo antes de que llegara el fin del mundo. La Biblioteca de Cartas era el sitio perfecto.

Se trata de una sección de ejemplares que no están a la venta. Los clientes pueden leerlos, pero no se los pueden llevar. La idea es que subrayen o rodeen palabras o frases que les gusten, escriban notas en los márgenes, dejen cartas para otras personas que los han leído o que han pasado por allí antes que ellos.

Henry adora la Biblioteca de Cartas. Su familia también. Yo nunca he llegado a entender qué sentido tiene escribirle a un desconocido en un libro. Tienes muchas más posibilidades de recibir respuesta si escribes un *email*. Henry siempre me ha dicho que, si no entiendo la Biblioteca de Cartas, no me lo puede explicar, es algo que tengo que comprender por mí misma.

La librería no tiene alarma, y el cerrojo de la ventana del cuarto de baño que da a Charmers Street estaba roto, así que Lola y yo nos colamos y nos quedamos un segundo afinando el oído para asegurarnos de que no había nadie en la tienda.

Estaba oscuro, pero la luz de la farola nos iluminaba lo suficiente. Había escrito la carta antes de salir de casa; las manos me temblaban al plasmar las palabras en el papel. Básicamente la carta decía «Te quiero» con algún que otro «joder» intercalado. Según Lola, era la carta de amor perfecta.

No la escondí en un libro que sabía que él no leía nunca para dejar mi destino en manos de la suerte. La coloqué en *Prufrock y otras observaciones*, de T. S. Eliot, y, como si dejarla en su libro favorito no fuera lo suficientemente peligroso, la coloqué en la página de su poema preferido: «La canción de amor de J. Alfred Prufrock».

Decidí que, si de verdad me atrevía a dejarle la carta, lo tenía que hacer bien, así que subí en silencio hasta la habitación de Henry. Él seguía por ahí con Amy, pero el libro descansaba sobre su cama, con una página marcada por una esquina doblada. Le dejé una nota:

Échale un vistazo al Prufrock esta noche. Rachel

Lola y yo volvimos a salir por la ventana del cuarto de baño y, una vez fuera, nos echamos a reír. Aquel día había hecho mucho calor, pero ahora la calle estaba mojada. «Se ha acabado», pensé, pero no me refería al mundo. Estaba pensando en el final entre Henry y yo; en el momento en que leyera la carta todo cambiaría para siempre. Seríamos unos Rachel y Henry diferentes. Vi a una pareja besándose al otro lado de la calle, John y Clara, del instituto, y escuché la lluvia silbar sobre mi piel.

Cogimos un taxi y la primera parada fue para dejar a Lola. Cuando llegué a casa, no podía parar de mirar el móvil como una obsesa. Me imaginaba la voz de Henry, pensaba en cómo sonaría después de descubrir lo que le había confesado. Me quedé dormida esperando.

Lola me despertó sobre las tres para preguntar si me había llamado, pero no lo había hecho. Cuando nos marchamos aquella mañana, sobre las nueve, todavía no me había llamado ni se había pasado a verme. A las diez, cuando íbamos de camino hacia Sea Ridge, me envió un mensaje:

Perdona, ¿me he dormido! Te llamo pronto

«Henry nunca usa exclamaciones», pensé, sin apartar los ojos del mensaje. No le gusta su forma a menos que llenen una página entera, porque así parecen gotas de lluvia. Odiaba especialmente cuando alguien utilizaba dos, y en ese momento entendí por qué. Parece que te estás esforzando demasiado. Dos exclamaciones suenan falsas.

A Amy le encantan las exclamaciones. Una vez leí una historia que había escrito y las utilizaba en cada línea de diálogo. El mensaje lo había escrito ella. Me la imaginé leyendo mi carta por encima del hombro de Henry y diciéndole lo que debería responder: «Ignórala. De todas formas, se va a marchar».

Henry nunca mencionó mi carta ni nada de lo que le había escrito aquella noche; ni una sola vez, en ninguna de las cartas que me escribió. No, estaban llenas de Amy. Las ignoré todas.

Henry no tiene ni idea de lo de Cal. Si lo supiera, seguro que habría acudido al entierro. Pero yo no se lo he contado, y mi madre tampoco. Rose no puede pronunciar las palabras sin echarse a llorar, y nunca llora en público. Cal no entraba en Facebook. Tenía cuenta, pero no le interesaba.

Tim Hooper, su mejor amigo de Gracetown, se mudó a la costa oeste de Australia un par de meses antes de que Cal muriera, así que le escribí una carta para contarle lo ocurrido. No era necesario decirle que no publicara nada en las redes sociales. No hacía falta decirle que no podía soportar la idea de que la muerte de Cal fuera motivo de cotilleo. Tim lo sabía.

—Henry solía decirme que estábamos tan unidos que podíamos hablar por telepatía —le digo a *Woof* y a la noche que nos rodea.

Querida Rachel:

Como nunca me contestas, me imagino que te habrás olvidado de mí. Pero te vuelvo a recordar el pacto de sangre que hicimos a los seis años.

Solo leo el principio de la carta; después la doblo, cavo un enorme agujero y la entierro en la arena.

Henry

Me despierto el viernes por la mañana y veo a mi hermana, George, de pie junto al sofá de la sección de ficción, donde me acosté anoche y donde tengo pensado dormir toda la semana.

No es de extrañar que no me haya tomado bien la ruptura, y tampoco tengo ninguna intención de sentirme mejor en el futuro. Mi plan es quedarme en el sofá y levantarme solo para ir al baño o para prepararme un bocadillo de vez en cuando mientras espero a que Amy vuelva conmigo. Siempre volvemos. Es solo cuestión de tiempo.

Anoche, antes de echarme en el sofá, recopilé todos los libros que calculé que me harían falta hasta que llegara ese momento. Están apilados a mi alrededor: hay algunos de Patrick Ness, uno de Ernest Cline, varios de Neil Gaiman, Flannery O'Connor, John Green, Nick Hornby, Kelly Link y, si todo lo demás me falla, Douglas Adams.

—Le-ván-ta-te —me dice George, y me empuja ligeramente con la rodilla; es su versión de un abrazo.

Quiero a mi hermana, pero, igual que el resto del mundo, no la acabo de entender, y hasta podría decir que me da un poco de miedo.

Tiene diecisiete años, va a empezar el último curso de bachillerato este año. Le gusta estudiar, pero odia su instituto. Consiguió una beca para ir a un centro privado al otro lado del río al principio de la secundaria y mi madre la obliga a que siga acudiendo allí, aunque ella preferiría ir al de Gracetown.

Siempre viste ropa negra, sobre todo camisetas con cosas escritas como «Leed, cabrones». A veces pienso que le gusta tanto la ficción posapocalíptica porque de verdad se alegra al pensar que puede que el mundo termine.

—¿Tienes pensado levantarte en algún momento? —me pregunta, y le contesto que no entra en mis planes.

Le cuento mi futuro, que básicamente consiste en esperar en posición horizontal a que mi vida mejore.

En la mano lleva una bolsa de papel marrón manchada de grasa, y estoy casi seguro de que dentro hay un donut de azúcar y canela.

—Hoy por hoy, no tengo ningún motivo por el que levantarme —le digo mientras estiro la mano para coger la bolsa.

—Nadie tiene ningún motivo para levantarse. La vida no tiene sentido, pero la gente no se queda en la cama. Así es como funciona la raza humana —me contesta, y me pasa un café para acompañar el donut.

—Pues no me gusta cómo funciona la raza humana.

—Ni a ti ni a nadie —me responde.

Termino de comer y me vuelvo a tumbar, mirando al techo.

—Tengo un billete de avión para dar la vuelta al mundo que no puedo cancelar.

—Pues entonces vete a descubrir el mundo —dice George justo cuando nuestro padre pasa por allí.

—Levántate, Henry —me ordena—. Estás fermentando. George, dile que está fermentando.

—Estás fermentando —repite George, y me empuja para que le deje sitio. Me levanta las piernas y las coloca encima de las suyas.

—No lo entiendo —dice mi padre—. De pequeños, erais unos niños felices.

—Yo nunca he sido una niña feliz —lo corrige George.

—Vale, pero Henry sí.

—Pues ya no. De hecho, me resulta difícil imaginar cómo mi vida podría irse más a la mierda —comento.

George levanta el libro que está leyendo. *La carretera*.

—Bueno, vale, podría ser aún peor si sucediera algo apocalíptico y empezáramos a comernos los unos a los otros, pero ese tipo de vida de mierda está a otro nivel. En una escala normal de las emociones humanas, mi vida se encuentra en el nivel de mierda más mierdoso.

—Hay más chicas, Henry —me dice mi padre.

—¿Por qué todo el mundo me dice lo mismo? No quiero a otras chicas. Quiero a esta chica. A ninguna otra. Solo a esta.

—Amy no te quiere —añade George.

Me lo dice con delicadeza, como si me clavara un trozo de cristal en el ojo izquierdo, pero con cuidado.

Amy sí me quiere. O me quería. Le apetecía pasar una cantidad de tiempo indefinida conmigo, y eso prácticamente es sinónimo de para siempre.

—Que una persona pretenda pasar toda su vida contigo es amor.

—Pero ella no quería pasar su vida contigo —me responde George.

—Ahora. No quiere ahora. Pero antes sí, y eso no desaparece de la noche a la mañana. Si cabe la posibilidad de que ocurra, debería haber algún tipo de ley científica que lo prohibiera.

—Está flipando —dice George.

—Ve a ducharte, hijo —me sugiere mi padre.

—Dame una buena razón.

—Te toca trabajar hoy —me responde, así que me levanto y llevo mi corazón roto al baño.

Según George, es una verdad universal que a nuestra familia se le da fatal el amor. Dice que incluso nuestro gato, *Ray Bradbury*, no parece llevarse bien con los otros gatos del barrio.

Mis padres han intentado volver seis veces, pero al final, el año pasado firmaron los papeles del divorcio y mi madre se mudó a un pequeño apartamento en Renwood, a un par de barrios de distancia. Cuando George no está en clase, se pasa el rato sentada en el escaparate de la librería, escribiendo en su diario. Mi padre lleva un tanto decaído desde que mamá se marchó de casa, y no da señales de dejar a un lado su costumbre posdivorcio de comerse tabletas enteras de chocolate con menta cada noche mientras relee a Dickens.

Pero yo no estoy de acuerdo con George. No es que crea que se nos da bien el amor, más bien me parece que se le da mal a todo el mundo, así que, según las estadísticas, estamos en la media. Puedo vivir con eso.

Amy me quería. Vale, es cierto que ha cortado conmigo varias veces, pero siempre vuelve. Y nadie retoma una relación con una persona a la que no quiere.

Me meto en la ducha e intento pensar en qué hice mal. Tuve que meter la pata en algún momento, y si consigo saber cuándo, tal vez pueda solucionarlo. Le escribo un mensaje a Amy después de secarme.

¿Por qué? Tiene que haber un motivo. ¿Puedes explicármelo al menos?

Hago clic en enviar y bajo a la librería.

—Tiene mejor aspecto —dice mi padre cuando me reúno con ellos.

George levanta la vista y decide que es mejor no responder.

—¿Cómo era esa maravillosa frase de Dickens en *Grandes esperanzas*? «El corazón roto. Crees que vas a morir, pero sigues viviendo un día y otro día y otro terrible día.»

—Qué bonitas palabras de consuelo, papá —comenta George.

—Los días terribles van mejorando —aclara, pero no suena nada convincente—. Voy a ir a buscar libros —comenta, algo inusual para un viernes.

Le pregunto si quiere que lo acompañe, pero me indica que no con la mano y me pide que vigile la tienda.

—Nos vemos esta noche para cenar, a las ocho en Shanghai Dumplings.

Desde que terminé el bachillerato el pasado noviembre, trabajo en la librería cada día. Vendemos ejemplares de segunda mano, el tipo de libro perfecto para este barrio. Mi padre y yo salimos de vez en cuando a buscar libros. Cada vez resulta más difícil. Bueno, no es complicado encontrarlos (están por todas partes y conozco sitios especiales que me enseñó mi padre), pero cada vez es más difícil encontrar gangas. Hoy en día, todo el mundo conoce el valor de las cosas, así que no vas a descubrir una primera edición de *Casino Royale* olvidada en la estantería de alguien que no sabe lo que tiene. Si quieres comprarla, te tocará pagar su precio.

No paro de leer artículos sobre el fin de las librerías de viejo. Las librerías independientes que

venden ejemplares nuevos van aguantando; de hecho, hasta les va bien. Pero, según parece, las librerías de viejo pronto se convertirán en reliquias del pasado.

Lo he estado pensando últimamente porque, desde el divorcio, mi madre ha empezado a hablar sobre la posibilidad de vender la librería. Cada vez que lo menciona, sus argumentos me van convenciendo un poco más. Me encanta este sitio, pero no sé si tanto como a mi padre. A él no le importa no ganar dinero, está dispuesto a buscarse otro empleo para mantener la librería abierta.

Mi madre y él la compraron hace veinte años, cuando era una floristería. El antiguo dueño lo dejó de repente y quería quitarse el local de encima cuanto antes, así que el precio fue bajo. Cuando mis padres vinieron a echarle un vistazo, todavía había cubos en el suelo y olía a flores viejas y a agua mohosa. No había billetes en la caja registradora, pero sí monedas.

Mis padres dejaron el mostrador de madera que se extendía a la derecha al entrar, así como la vieja caja registradora verde y la lámpara roja del florista, pero cambiaron casi todo lo demás en aquel espacio largo y estrecho. Colocaron un escaparate en la parte delantera de la tienda, y mi padre, con la ayuda de su hermano Jim, pulió el suelo. Instalaron estanterías a lo largo y alto de toda la tienda, y enormes escaleras de madera apoyadas contra ellas para que los clientes pudieran alcanzar todos los libros. Montaron las vitrinas con puertas de cristal donde guardamos las primeras ediciones y las estanterías que llegan hasta la cintura que hay en el centro de la tienda, en la parte de atrás. Construyeron las baldas en las que instalamos la Biblioteca de Cartas.

En mitad del local, delante del mostrador, está la mesa de libros especiales, y junto a ella, el sofá de ficción. En la parte de atrás a la izquierda se encuentran las escaleras que llevan hasta nuestra casa y, a la derecha, la zona de autoayuda. Por último, al otro lado de la puerta trasera de cristal está el jardín de lectura. Jim lo cubrió para que los clientes pudieran utilizarlo a pesar del mal tiempo, pero dejó la hiedra y el jazmín para que trepan por el muro de piedra. En el jardín hay mesas con tableros de Scrabble y sofás y sillas.

Hay una pared de piedra a la derecha y, en ella, una puerta cerrada con llave que da a la panadería-cafetería de Frank. Le sugerimos que dejara la puerta abierta para que la gente pudiera pedir un café y bebérselo en el jardín, pero no le interesa. Desde que lo conozco, que es desde que nací, su establecimiento no ha cambiado ni un ápice. Todavía tiene las mismas baldosas blancas y negras, el mismo mostrador tipo restaurante antiguo con taburetes de cuero negro. Prepara los mismos pasteles, se niega a servir café con leche de soja y por los altavoces solo suena Frank Sinatra.

Esta mañana, me prepara el café y me dice que tengo un aspecto horrible.

—Ya me lo habían comentado —digo, mientras me echo un poco de azúcar y lo remuevo—. Amy me ha dejado. Me ha roto el corazón.

—Tú no sabes lo que es un corazón roto —suelta Frank, y me da un bollo de arándanos gratis. Tiene la parte de abajo quemada, como a mí me gusta.

Me llevo el café y el bollo a la librería y empiezo a revisar los libros a los que todavía no les hemos puesto precio.

Los compruebo todos porque lo que más me gusta de los libros de segunda mano son las marcas que puedes encontrar en su interior: aros de café, palabras subrayadas, notas en los márgenes. A lo largo de los años, George y yo hemos encontrado todo tipo de cosas: cartas, listas de la compra, billetes de autobús, sueños. He encontrado arañas diminutas, cigarrillos aplastados y tabaco rancio. Una vez encontré un condón (con su envoltorio, sin usar pero caducado hacía diez años, una historia en sí misma). En otra ocasión, dentro de la *Enciclopedia de la Flora Mundial* de 1958, descubrí que se habían marcado las páginas de las plantas favoritas de alguien con hojas de las mismas plantas. Cuando abrí el libro, las hojas se habían desintegrado y solo quedaban los nervios; los esqueletos.

Los libros de viejo están llenos de misterios, por eso me gustan.

Frederick entra justo cuando estoy pensando en eso. Él también es un misterio. Es uno de nuestros clientes habituales más antiguos. Según mis padres, Frederick fue nuestro primer cliente oficial. Por aquel entonces, tenía cincuenta años, así que ahora rondará los setenta. Es un hombre elegante al que le encantan los trajes grises, las corbatas de color azul intenso y Derek Walcott.

Desde que me dedico a buscar libros, desde que existe la tienda, Frederick lleva buscando una edición en particular de los poemas de Walcott. Podría encargarme un volumen nuevo, pero quiere un ejemplar de segunda mano. No pretende conseguir una primera edición, busca un libro en particular que fue suyo. Es muy poco probable que aparezca, aunque no creo que deba dejar de buscar. ¿Quién soy yo para decir que no lo va a encontrar? Todas las probabilidades están en su contra, pero a veces ocurren cosas imposibles. Tal vez lo encuentre yo. Tal vez no esté demasiado lejos de casa. Los libros de viejo siempre viajan, sin duda, pero lo que se aleja en cualquier momento puede volver.

Frederick no quiere contarme qué hay dentro de ese tomo en concreto. Es un hombre reservado, de fina educación, que lleva siempre una flor fresca en la solapa y tiene los ojos más tristes que he visto en mi vida.

Le paso los tres ejemplares que encontré el mes pasado. Descarta los dos primeros, pero duda con el tercero. Por la manera de sujetarlo, me da la impresión de que tal vez haya encontrado el libro que buscaba. Abre la tapa, pasa algunas páginas e intenta no parecer decepcionado.

Saca la cartera y yo le digo que no es necesario que siga comprando los libros si no he encontrado el adecuado.

—Ya los venderé; de todas formas, no voy a dejar de buscarlo.

Pero él insiste. Entonces me imagino a la persona que entre en casa de Frederick después de su muerte. Se encontrará con los cientos de versiones del mismo libro de Walcott y se preguntará qué hacen allí.

Frederick no es el único cliente habitual. También está Al, que lee un montón de ciencia ficción y que tiene toda la pinta de gustarle exactamente ese tipo de libros. Lleva años trabajando en una novela sobre un tipo que vive atrapado en una utopía virtual. No sabemos cómo decirle con delicadeza que ese libro ya existe. James, cuya temática predilecta son los romanos. Aaron, que

aparece borracho al menos una vez cada dos meses, aporreando la puerta en mitad de la noche porque necesita utilizar el cuarto de baño. Inez, a quien parece encantarle el olor a libros antiguos, y Jett, que viene a robar las tapas duras para vendérselas a cualquier otra librería de viejo que se las quiera comprar.

Está Frieda, que lleva diez años viniendo a jugar al Scrabble con Frederick. Tiene más o menos su edad y lleva vestidos de estilo serio pero con clase. Es fácil imaginársela como una de esas profesoras de lengua con cincuenta ojos con los que ve todo lo que sucede en el aula y unos conocimientos sobrenaturales sobre Shakespeare. Ella fue quien inició el club de lectura mensual que se organiza en Howling Books, aunque nosotros no lo gestionamos.

Siempre vienen las mismas personas. Yo me encargo de colocar las sillas, recibir a los profesores y bibliotecarios y servir un montón de vino y queso; después, me retiro. Casi nunca me uno a la tertulia, pero si me interesa lo que escucho, y casi siempre es así, me leo el libro después. El mes pasado, se decantaron por *Summer Skin*, de Kirsty Eagar. Durante la charla, comentaron las escenas de sexo, así que George se lo leyó. Es posible que yo me lo leyera en parte por la misma razón, pero, sobre todo, lo hice por la manera en la que Frieda habló del personaje principal, Jess Gordon. Me recordaba un poco a la mejor amiga que tenía antes, Rachel Sweetie. A George y a mí nos gustó el libro, así que dejamos un ejemplar en la Biblioteca de Cartas.

Howling Books es famosa por la Biblioteca. De vez en cuando, escriben algún artículo sobre nosotros en páginas como *Broadsheet* y la describen como algo especial que hacer en la ciudad.

Está en la parte de atrás, cerca de las escaleras que llevan a nuestro piso, separada del resto de las estanterías. Allí guardamos los ejemplares de libros que le gustan a la gente: ficción, no ficción, romántica y ciencia ficción, poesía, atlas y libros de cocina. Los clientes pueden escribir lo que quieran en los tomos de la Biblioteca de Cartas, subrayar palabras, incluso frases, dejar notas en los márgenes, plasmar sus pensamientos sobre el significado de los libros. Hemos tenido que colocar varios ejemplares de autores como Tom Stoppard y John Green porque *Rosencrantz y Guildenstern han muerto* y *Bajo la misma estrella* están llenos de notas.

Se llama la Biblioteca de Cartas porque mucha gente escribe más que una simple nota en los márgenes, redactan cartas de amor enteras y las esconden entre las páginas de los libros. Misivas para los poetas, para el ladrón de su ex que se quedó con su copia de *Alta fidelidad*. La gente sobre todo escribe a desconocidos a quienes les gustan los mismos libros que a ellos, y de vez en cuando alguno responde.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 44 y 45

23 de noviembre - 7 de diciembre de 2012

Escrito en la portadilla: «Este libro pertenece a George Jones, así que no lo vendas en la librería, Henry».

Querida George:

Probablemente te sorprenda encontrar esta carta en tu libro. Tal vez te estés preguntando quién la ha puesto aquí. Tengo la intención de que siga siendo un misterio, al menos por ahora.

Todavía no he dejado la carta, aún estoy en mi habitación escribiéndola, y estoy seguro de que colarla entre las páginas no será tarea fácil. Una opción que se me ha ocurrido es esconderla cuando pidas permiso para salir de clase para ir al baño y dejes el libro sobre la mesa. Pero sé que te gusta encontrar cosas en libros de segunda mano, así que tendré que esforzarme más.

Ya aquí está, la estás leyendo, lo que significa que lo he conseguido.

Te voy a dar una pista porque seguro que sientes curiosidad: soy un chico de tu edad, vamos juntos al menos a una clase.

Si quieres responderme, puedes dejar este libro en la Biblioteca de Cartas de tu librería con tu respuesta entre las páginas 44 y 45.

No soy un acosador. Me gustan los libros. (Me gustas tú.)

PITEAS (OBTIAMENTE, NO ES MI NOMBRE REAL)

Piteas, o Stacy, o cualquier amigo suyo que haya escrito esto:

No te acerques a mí. Si te veo en mi tienda, llamaré a la policía.

GEORGE

Querida George:

Gracias por responderme, aunque sea para decirme que vas a llamar a la policía.

No quiero que te enfades conmigo, no soy amigo de Stacy. De hecho, no me cae bien, y yo tampoco a ella. Esto no es ninguna broma. Eres graciosa e inteligente, y me gustaría escribirte.

PITEAS (¿CREES QUE ALGUNO DE LOS AMIGOS DE STACY SE LLAMARÍA PITEAS?)

Piteas:

Si no eres amigo de Stacy, demuéstramelo.

GEORGE

Querida George:

Es una petición difícil. ¿Cómo te voy a demostrar que no es una broma? Si fuéramos una ecuación matemática, sería fácil, pero, como no lo somos, tendrás que creerme.

Deja que te cuente varias cosas sobre mí. Tal vez eso te ayude. Me gustan las ciencias. Me gustan las matemáticas. Me gusta resolver problemas. Creo en los fantasmas. Me interesan mucho los viajes en el tiempo, el espacio y el océano.

Aún no he decidido qué voy a hacer después del instituto, pero creo que estudiaré el océano o el espacio. Antes, me encantaría viajar. El primer lugar que quiero visitar es el desierto de Atacama. Mide mil kilómetros de longitud y se extiende desde la frontera sur de Perú por todo Chile. Se encuentra junto al océano Pacífico y es el lugar más árido de la Tierra. Tiene partes en las que nunca ha llovido y, como las cosas no se pudren si no hay humedad, si algo muere allí, se conserva para siempre. Imagínatelo. Puedes ver el desierto en la página 50 del Atlas que hay en la Biblioteca de Cartas. (También he marcado otros lugares que quiero visitar en Sudamérica.)

¿Me cuentas cosas sobre ti?

PITEAS

Piteas:

¿Por qué me escribes? Todo el mundo en el instituto piensa que soy un bicho raro.

GEORGE

Querida George:

Me gustan los bichos raros.

PITEAS

Rachel

Me marché de Sea Ridge a primera hora de la tarde del viernes en el coche de mi abuela. Es viejo, un Volvo azul oscuro de 1990, pero es mío. Fue idea de mi abuela que me fuera a vivir con Rose. Para animarme, me proporcionó un medio de transporte.

En una sesión, Gus, mi psicólogo, me pidió que me imaginara cómo me sentiría al vivir lejos de la costa. «Ligera», le dije, pensando en la carretera que serpenteaba en dirección contraria al mar. La casa de la abuela está construida para que se pueda ver el océano desde cualquier ventana. Me despierto cada mañana con el color azul y el aire salobre, y me recuerdo a mí misma que lo odio.

De vuelta en la ciudad, no me encontraré por casualidad con mi exnovio, Joel, ni con los profesores a los que he decepcionado, ni con los amigos de los que me he alejado. No tendré que ver a la gente del club de socorristas en el que trabajaba antes de que Cal muriera, ni a los niños a los que enseñé a nadar en la piscina.

Pero hoy, todo está conspirando para que no sienta ningún alivio al marcharme: el color del cielo, la luz. Es la hora exacta a la que mi madre, Cal y yo llegamos aquí hace tres años. Mientras nos acercábamos al pueblo, permanecíamos muy atentos para ver el mar, como hacíamos siempre, hasta que aparecía al principio en pequeños triángulos y después en toda su gran extensión.

Cal llevaba uno de sus atlas abierto sobre las piernas, un ejemplar viejo, trazado en el siglo diecinueve. Lo había encontrado aquel mismo día en una tienda de segunda mano. Me volví para mirar al asiento de atrás y lo vi acariciando con las manos las páginas del océano Antártico, de un azul más claro en las zonas menos profundas y más oscuro en las más hondas.

Comentamos algunos datos mientras conducíamos. Es el cuarto océano más grande. Tiene 17.968 kilómetros de costa y un área de 20.327.000 kilómetros cuadrados. Su profundidad media es de entre cuatro mil y cinco mil metros. Recuerdo que los tres guardamos silencio durante un momento, emocionados ante su grandeza.

En el maletero hay una caja con las cosas de Cal que la abuela metió antes de que me marchara. Me pregunto si entre ellas se encuentra el atlas, pero aparto ese pensamiento de mi mente. No quería llevarme la caja, pero mi abuela no me dejó elección. Está llena de objetos que no sabe muy bien cómo ordenar, así que prefiere que la organice yo. A un lado de la caja hay pintada una interrogación y la palabra «cosas» debajo. Odio que la vida de Cal haya quedado reducida a unas cajas con palabras escritas en un lateral: «objetos deportivos», «aficiones», «equipo informático» y «ocio». Se me ocurre que tal vez debería parar el coche y tirar la caja por un acantilado.

En cambio, conduzco más rápido. Tomo la salida hacia el interior y fuerzo al coche a avanzar

todo lo deprisa que puede. La vegetación y el agua se mueven hacia atrás en una imagen borrosa y me imagino que el tiempo está retrocediendo, de vuelta a cuando el mundo era otro lugar. Mantengo los ojos fijos en la carretera y espero a que llegue el alivio del asfalto, de la ausencia del mar.

Empieza a oscurecer cuando llego y me salto la primera salida de la autovía a Gracetown, así que tengo que tomar la siguiente. Eso significa que me va a tocar atravesar Charlotte Hill y recorrer High Street pasando por delante de Howling Books.

No he vuelto a la ciudad desde que nos mudamos. Avanzo con el tráfico y noto una sensación muy extraña, como si estuviera conduciendo en un sueño de mi pasado. Han cambiado algunas cosas: Beat Clothing es ahora Gracetown Organics. La tienda de DVD se ha transformado en una cafetería. Aparte de eso, todo sigue igual.

Cuando llego a la altura de Howling Books, veo a Henry sentado detrás del mostrador en un taburete, con los tobillos anclados a la barra de la parte de abajo y los codos sobre las rodillas, con un libro en las manos, totalmente concentrado. La única diferencia entre ahora y hace tres años es que ya no tengo ganas de besarlo. Siento cierto impulso de darle una patada, pero nada más.

No veo a Amy, pero estará por ahí cerca. Puede que no haya respondido a las cartas de Henry, pero las he leído todas. Las guardaba sujetas con una goma, escondidas en el fondo del cajón de los calcetines. Sé que Amy y él se besaron aquella última noche del mundo. Sé que su historia empezó entonces.

Antes de que el tráfico vuelva a avanzar, Henry sale a la calle para recoger los libros que están en la estantería de fuera. La brisa le acaricia el pelo. Tiene la misma melena negra con destellos azules. Lo observo y me pongo a prueba; por mucho que lo mire fijamente, no siento ningún alboroto en el pecho, no hay fuegos artificiales en el cielo.

Echo la vista atrás a los primeros meses en Sea Ridge, cuando cada vez que pensaba en él ardía de rabia y vergüenza. Cuando lo único que apagaba el fuego de mi piel era el mar.

Siento un gran alivio cuando el tráfico vuelve a avanzar.

Rose vive en una calle paralela a High Street, que está abarrotada de tiendas de café, ropa y discos. La parte norte de la ciudad siempre nos pareció a Cal y a mí la de las tiendas de segunda mano, y eso nos gustaba. Al otro lado del río, en la parte sur, están las calles anchas y la ropa nueva, pero yo prefiero este lado. En el cine, ponen películas nuevas y antiguas, las paredes están cubiertas de grafitis y postes de la luz torcidos cruzan el cielo.

El piso donde vivía antes Rose, enfrente del hospital, solo tenía una habitación. Cuando Cal y yo nos quedábamos con ella, ponía un colchón en el suelo del salón para que durmiésemos. Su nuevo piso es un almacén de ladrillos con el letrero REPARACIÓN DE COCHES escrito en el exterior,

con letras medio borradas. Hay una puerta de madera a la izquierda y una doble a la derecha; supongo que por ahí entraban los coches.

Rose es mi tía favorita, la de Cal también, pero siempre ha sido la más esquiva. Aparece y desaparece. Cuando venía por Sea Ridge, se pasaba las horas cortando el césped o limpiando el garaje o fumando en las dunas. Cuando desaparecía, siempre se marchaba a algún lugar exótico: a viajar por África, a trabajar en Londres, a hacer voluntariado en Chile.

Una vez, le pregunté por qué no tenía hijos.

—Nunca he querido tenerlos —me respondió—. Estoy demasiado ocupada. Además, digo demasiadas putas palabrotas.

Pero sé que no le importaba tenernos a Cal y a mí con ella. Me han contado que, cuando nació, no paraba de llorar; Rose se pasaba por casa después de trabajar en el hospital y me cuidaba para que mis padres pudieran dormir. Mi madre a veces se despertaba en mitad de la noche y oía a Rose recitarme la tabla periódica. «Es el único cuento que me sé», argumentaba.

Antes de bajar del coche, les mando un mensaje a mi madre y a la abuela para decirles que he llegado; después, pongo el teléfono en silencio y saco las maletas. Dejo la caja de Cal donde está y cierro.

—Me han contado que te ha regalado el coche —me dice Rose cuando abre la puerta—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Muy bien.

—Has pasado miedo todo el camino, ¿verdad?

—Solo la mitad —le respondo, y miro a mi alrededor.

Está todo patas arriba porque está renovando la casa, pero ese no es el problema.

—No hay paredes —comento, y ella le da un golpecito a la de la calle.

—No hay paredes interiores —puntualiza.

Es una única estancia enorme con el suelo de cemento pulido, y la parte delantera son todo ventanas.

Echo un vistazo a la vida de Rose. Sobre la cama sin hacer, un revoltijo azul con una cajonera al lado y una estantería llena de libros de medicina. Su ropa, prácticamente todo vaqueros y camisetas, está en el suelo o colgando de cajones. Hay algunos vestidos negros en un colgador y unas botas altas debajo.

Mi rincón del almacén queda cerca de las ventanas delanteras. Hay una cama con una pila de sábanas encima, una cómoda y una burra vacía.

—Obviamente, el plan a largo plazo es tener paredes, pero hasta entonces tendremos que respetar el espacio de la otra. El baño sí que está separado.

Rose señala una puerta de metal cerca de la cocina. Miro hacia allí e intento alegrarme al oír esa información.

—¿No te gusta? —me pregunta.

—Sí que me gusta, pero no es lo que me esperaba.

Aunque lo que de verdad estoy pensando es que no hay ningún sitio donde esconderse.

No tengo muchas maletas que deshacer y no hay comida en casa, así que Rose y yo vamos al supermercado. De camino, no paro de pensar en el almacén y en dónde me he metido. Me he acostumbrado a estar sola y a ir a mi rollo, a dar paseos por la playa, a faltar a clase para dormir más, a llorar si me apetece, en mi habitación, donde nadie me ve.

—Te estoy hablando —dice Rose.

—¿Y?

Señala al otro lado del parabrisas.

—Hemos llegado. Ve a por el carro, te veo dentro.

Rose no es muy buena cocinera, así que compramos ingredientes para hacer cosas que yo sé preparar o que solo haga falta calentar. Sienta bien comprar en la ciudad en lugar de en Sea Ridge, donde todo el mundo se conoce y la gente aún nos mira con cara de pena. Este supermercado es nuevo. Cal y yo nunca nos quedamos plantados en el pasillo del chocolate intentando decidir si comprar M&Ms rellenos de chocolate o de cacahuete. Resulta que Rose tampoco tiene ganas de decidir y mete las dos bolsas en el carro.

—Tu abuela dice que no comes lo suficiente —me dice, y seguimos avanzando—. También me ha contado que te has convertido en un zombi que se esconde en su habitación y se pasa el día durmiendo y las noches en la playa con su madre, que también se ha convertido en un zombi.

Rose mete latas de atún en el carro mientras yo intento observar mi reflejo en los moldes metálicos de pastelería para ver si de verdad parezco una no muerta. El resultado no es del todo satisfactorio.

—Mi madre no tiene ni idea de lo que es un zombi —continúa Rose—, así que yo no me preocuparía.

—Cal la introdujo en el mundo de los zombis. Ahora *Zombies party* es su película favorita.

—Madre mía —comenta Rose—. Cuando éramos pequeñas, ni siquiera nos dejaba ver la tele. Ahora, le da por ver películas de Simon Pegg y me dice que mi sobrina necesita sexo. Pero, no te preocupes —añade rápidamente al ver mi expresión de horror—, le he dejado las cosas claras y le he pedido que te deje tranquila.

—Me alegro.

—Le he explicado que los zombis no follan.

Dejo el molde metálico y seguimos avanzando. Rose camina por el pasillo quejándose del aumento del volumen de llamadas de la abuela últimamente y comenta que yo he sido el tema central de todas.

—A última hora de la noche, a primera de la mañana —me explica mientras mete una caja de

galletitas saladas en el carro.

La abuela y Rose llevan peleándose sin ningún motivo desde que esta tenía tres años, o eso es lo que dice la historia familiar. Según la abuela, mi tía suelta muchos tacos, trabaja demasiado y no la visita lo suficiente.

—Si te ha mandado a que vivas conmigo, es que tienes problemas.

—He intentado aprobar el bachillerato —le respondo, en un intento de defenderme.

—Si lo hubieras intentado, habrías aprobado. Eres capaz de sacarte el bachiller con los ojos cerrados.

Pienso en todo el tiempo que me he pasado tumbada detrás del instituto, con el sol dándome en la cara y el cálido césped acariciándome la espalda, cuando debería haber estado en clase.

—Me he pasado la mayor parte del tiempo con los ojos cerrados.

—La vida vuelve a empezar —dice Rose, como si pudiera hacer que fuera verdad.

Cuando volvemos al coche, veo que hay un folleto en el parabrisas de un grupo llamado The Hollows. Reconozco enseguida que es el de Lola. Hiroko y ella eligieron el nombre hace tres años, cuando solo existía en su imaginación. Lo escribieron en todas las portadas de sus libros, en sus cuadernos, en sus mochilas. Lola diseñó camisetas y las imprimió antes incluso de que el grupo existiera de verdad.

Examino el folleto mientras Rose mete las últimas bolsas en el coche. Tiene una foto de las dos esperando en una parada de autobús, con el bajo de Lola y con los instrumentos de percusión de Hiroko.

—Viejas amigas —le explico a Rose.

—Las viejas amigas se escriben —dice una voz. Levanto la vista y veo a Lola.

No me sorprende demasiado porque vive cerca, y obviamente había pasado por aquí colocando los folletos en los parabrisas de los coches, pero me parece un pequeño milagro, como si hubiera aparecido de la nada, directamente del pasado. Bajita y con curvas, con el pelo largo y moreno y la piel de aceituna. Quiero abrazarla, pero, si lo hago, seguramente no podré aguantarme y me echaré a llorar en mitad del aparcamiento.

—Cuánto tiempo, demasiado —digo para llenar el silencio.

—Más que demasiado —me responde mientras retuerce un pendiente que, en la luz tenue del aparcamiento, parece un clavo pequeño—. Creía que estabas muerta.

—Si hubiera muerto, te lo habría dicho —le contesto.

No sonrío, pero deja de darle vueltas al clavo. Si le contara lo de Cal, me perdonaría enseguida, pero también se sentiría culpable y no debería. Además, no me parece adecuado soltárselo así de repente, en mitad de un sucio aparcamiento mientras Rose mete el papel higiénico en el coche.

—El último año del bachillerato me ha tenido demasiado ocupada —le digo, y da un paso

adelante para tocarme el pelo, como si acabara de darse cuenta de que lo llevo corto y decolorado.

Me estudia con la mirada, contempla mi cuerpo delgado, mis vaqueros y mi camiseta, todo de color negro. Ella lleva un vestido corto plateado, y yo intento no parecer tan apagada como me siento.

—¿No te gusta? —le pregunto, pasándome la mano por el pelo.

—Sí —me responde.

—¿Me estás perdonando?

Se me queda mirando fijamente durante un momento y después me coge el folleto de las manos.

—Tocamos esta noche en un garito que se llama Laundry —me dice mientras escribe su teléfono en el papel—. Henry también va. Y, si lo sientes de verdad, acudirás de todas formas.

Me devuelve el folleto, me da un beso en la mejilla, levanta la pierna para subirse a la bici y se marcha antes de que me dé tiempo a pensar en una excusa. La oigo gritar mientras se aleja:

—Menos mal que has vuelto.

Le cuento a Rose historias de Lola e Hiroko mientras salimos del aparcamiento. Lola canta y toca la guitarra. Hiroko toca el glockenspiel y otros instrumentos de percusión cuyos nombres ignoro. A veces hacen versiones, pero sobre todo tocan canciones propias. Mientras hablo, me las imagino en clase, cuando se pasaban notas con las letras mientras los profesores no miraban.

Me meto el folleto en el bolsillo. Echo de menos a Lola y quiero que me perdone, pero no pienso ir al Laundry. La vida ya es bastante deprimente sin tener que ver a Henry y a Amy besándose.

—Hablando de antiguos amigos del instituto —comenta Rose—, me encontré con Sophia el otro día. La madre de tu amigo Henry. Fue una suerte, porque la vi en el momento justo. Acababa de enterarme de que el trabajo que te había conseguido en el hospital ya no estaba disponible y, cuando se lo conté, me ofreció un puesto en la librería para ti.

Rose habla a toda prisa, así que tardo un momento en entender lo que está diciendo, lo que significa: trabajar junto a Henry durante ocho incómodas horas cada día. Aunque tengamos turnos diferentes, no habrá manera de evitarlo. Siempre está en la librería. Duerme allí. Estoy segura de que se pasará las horas tumbado en el sofá de la zona de ficción sin dejar de hablar de Amy.

—No —respondo.

—¿Cómo que no?

—No —repito, esta vez con más ímpetu—. Gracias, pero no. Dile a Sophia que he encontrado otro trabajo.

—¿Has encontrado otro trabajo?

—Obviamente, no.

—Pues entonces vas a aceptar este. Empiezas mañana a las diez. Sophia me ha dicho que

buscaba a alguien que supiese de ordenadores y con don de gentes. Tú tienes esas dos cualidades.

—Ya no tengo don de gentes.

—Es verdad, pero preferí no revelárselo. Tampoco le he contado otras cosas. No tienen ni idea de lo de Cal. Tampoco saben que has suspendido el bachillerato. Creen que te has tomado un año libre antes de empezar la universidad. Necesitan a alguien que catalogue las existencias y cree una base de datos. Eres capaz de hacer eso, ¿verdad?

Admito que soy capaz, es solo que no quiero.

No me apetece tener que explicar lo humillante que será estar al lado de Henry, pero como no me queda otra opción, le confieso que me gustaba y le cuento la historia de la última noche del mundo, Amy, la carta, mi declaración de amor ignorada. Cualquier otra persona entendería por qué no puedo aceptar el trabajo.

—Pues te vas a tener que aguantar y superarlo.

Pero Rose no es como cualquier otra persona.

—Quieres esconderte, quieres estar triste, pero eso no va a pasar. Vas a aceptar el trabajo en Howling Books. No te vas a tirar ni un día tumbada en la cama mirando el techo sin hacer nada.

Aparca enfrente del almacén. Me bajo del coche y doy un portazo.

Con cada bolsa que llevo estoy más decidida a plantarme y decirle que no voy a trabajar con Henry.

—Será muy muy muy incómodo. Será humillante.

—Será la vida —me contesta Rose—. En algún momento tienes que volver a vivir.

—Prefiero limpiar baños. Deja que limpie baños. Te lo pido por favor. Permíteme buscar un trabajo limpiando baños —continúo suplicando mientras voy guardando las latas en los armarios.

—Todavía te gusta —dice Rose, mientras me las va pasando.

—Ya no me gusta, no me gusta nadie.

Tal vez haya personas que se acuesten con un montón de gente para superar el dolor, pero yo elegí el camino contrario. Dejé a Joel. No he besado a nadie desde el entierro. No quiero besar a nadie. No quiero ver a nadie besar a nadie. Y, sobre todo, no quiero ver a Henry besar a Amy.

—Esa es mi condición para que vivas aquí —dice Rose, su voz suena por debajo de mis pensamientos—. Te levantarás cada mañana para ir a trabajar. O haces eso, o te apunto a bachillerato. Tienes dieciocho años, así que puedes decidir. O te quedas conmigo y sigues mis normas, o te buscas otro sitio donde vivir.

Coloco la última lata.

—Lo siento —le dice Rose al silencio—. No quería que sonara tan brutal, estamos todos muy preocupados por ti, hostia.

Voy al baño y cierro la puerta porque es la única que hay. Me quedo mirándome fijamente en el espejo. Me reconozco pero no. Me corté el pelo más o menos una semana después del entierro. Fue una noche extraña. Lo que más recuerdo es el cielo. No lo había visto así jamás. Vacío y sin estrellas, como si el mundo se hubiera convertido en una caja con tapa. No podía dormir. Me

quedé sentada en el balcón, mirando el firmamento durante mucho tiempo, consciente de que ahí fuera había planetas y estrellas y galaxias, pero había dejado de creer en ellos.

Me gusta que haya una línea de separación entre la Rachel que era antes de que Cal muriera (la chica con el pelo largo y rubio, la científica, la que se ponía vestidos porque era más fácil quitárselos para quedarse en bañador) y la Rachel con el pelo corto, la que ya no se pone bañador y a la que no le importa su aspecto.

—Solo quiero que vuelvas a ser tú. —Rose da golpecitos con las uñas en la puerta y me llama—. ¿Te acuerdas de aquel día...? —me pregunta, y sé a lo que se refiere sin que tenga que especificar una fecha o un lugar.

Se pone a describirlo y quiero que pare, pero tampoco me apetece darle más importancia de la que tiene. No pasó nada y pasó todo.

Rose había venido a visitarnos el verano antes de que empezara el último año de bachillerato. Acababa de volver de Chile y apareció a primera hora de la mañana como hacía siempre; de repente estaba allí, en la cocina, con café, croissants y el periódico. Era verano. Ya hacía calor, aunque era pronto. Desayunamos en el balcón y nos contó que había visitado el cabo de Hornos, la punta del extremo sur del archipiélago de Tierra del Fuego, en Chile. Más allá de aquel punto, se encuentran las islas Shetland del Sur, separadas de la península antártica por el pasaje de Drake.

—Es el punto de encuentro entre los océanos Atlántico y Pacífico —comentó Cal, leyendo de su teléfono; después, se subió las gafas con los nudillos y continuó navegando en busca de más información.

Mientras él leía, Rose colocó los pies en la barandilla del balcón y dijo:

—Vuestro primer viaje. Da igual adónde vayáis, juntos o separados, os lo pagaré yo.

Rose nunca hacía promesas que no fuera a cumplir. Cal y yo empezamos a hacer planes. De lo único de lo que estábamos seguros era de que iríamos juntos y de que esperaríamos a que él terminara el bachillerato. Lo más difícil era decidir adónde viajaríamos.

—La oferta sigue en pie —me dice ahora Rose—. Elige un destino.

Elijo el pasado.

El baño es demasiado pequeño, y Rose no deja de llamar a la puerta. La chica extraña no para de mirarme desde el espejo. Pienso en lo bien que me sentaría volver a meterme en el coche y ponerme a conducir, concentrarme y no pensar.

Abro el pestillo de la puerta del baño y salgo.

—¿Podemos hablar del tema por lo menos? —me pregunta, y le digo que sí.

—Pero mañana. Esta noche, creo que voy a ir a ver al grupo de Lola.

Cojo el folleto y Rose me da una llave. Tiene cara de preocupación, así que le planto un beso en la mejilla.

—Relájate. Tus palabras me han llegado, estoy viviendo otra vez.

—No soy tonta. Te vas a pasar la noche conduciendo para evitar tener que hablar.

Creo que se va a poner a echarme la bronca; en cambio, se para a pensar durante un momento y

después se apoya relajada en la barra de la cocina.

—Vale. —Coge una manzana—. Sal, es buena idea.

—Gracias —le digo, y estoy a mitad de camino de la puerta de la calle cuando me llama.

—Hazle una foto a Lola con su grupo y me la mandas —me dice, y le da un mordisco a la manzana—. Necesito una prueba de que vuelves a vivir.

La abuela siempre ha dicho que Rose es demasiado inteligente, demasiado aventurera, demasiado sincera, demasiado alternativa, demasiado ruidosa. Son las cosas que me gustan de ella. Bueno, al menos hasta ahora, pues esas cualidades se han vuelto en mi contra. No me queda más remedio que ir al bar, pero primero conduzco por lugares conocidos, aplazando lo inevitable durante un rato más.

Todo parece igual: las calles, las tiendas, las casas. Paso por Gracetown High, donde mi madre enseñaba ciencias y yo estudiaba. Cal iba a otro instituto porque tenía un buen programa de música y él tocaba el piano.

Aparco fuera de nuestra antigua casa en Matthews Street, un bungalow de estilo californiano de tres habitaciones, pintado de color crema. Quienquiera que viva allí ahora ha dejado nuestras plantas y nuestras sillas en el porche delantero, pero hay otras bicicletas apoyadas contra la pared y otros coches en la entrada.

Cuando vivíamos aquí, la parte de atrás de la casa tenía una gran puerta de cristal. Recuerdo una noche en la que Cal y yo estábamos sentados en el salón cuando estalló una tormenta. A los dos nos encantaban las tormentas. Nos gustaba la acumulación de energía en el ambiente, la electricidad que se concentraba en las nubes y sobre la tierra, cada vez más cerca.

A Cal le interesaba la ciencia y se le daba bien, pero no le flipaba tanto como a mí. Le gustaba por todas las posibilidades que ofrecía, pero creía en otras cosas, como los viajes en el tiempo y lo sobrenatural. Recuerdo que una vez tuvimos una discusión sobre si los fantasmas existían o no. Cal creía que sí. Yo, que no. Mamá nos explicó, según la segunda ley de la termodinámica, por qué no era posible. «Las personas están formadas por sistemas tremendamente ordenados, y una vez que se desordenan de manera irreparable, no se pueden reordenar.»

Cal eligió creer de todas formas. Yo me puse del lado de la ciencia.

Pero, después del entierro, cuando todo el mundo se hubo marchado de la iglesia, yo me quedé esperando al fantasma de Cal. Yo seguía sin creer en ellos, pero como él estaba convencido de su existencia, tenía la idea absurda de que tal vez fuera posible. Me imaginaba que me diría: «Ves, Rach, aquí estoy», mientras levantaba la mano para enseñarme cómo los rayos de sol la atravesaban. Pero los fantasmas no son más que polvo e imaginación, y al cabo de un rato el de la funeraria me dijo que tenía que marcharme. Iba a empezar otro entierro.

Pienso en el ultimátum de Rose. Quedarme aquí o volver a casa. Cal está por todas partes, pero al menos en la ciudad no pensaré en las olas que se lo llevaron.

Los sueños de los peces plateados me ponen triste, pero no son los peores que tengo. Los más terribles son aquellos en los que estoy atrapada en el agua, gritando su nombre, arrastrándolo hacia la arena, desesperada por darle mi aliento.

Miro la dirección del Laundry y arranco el coche.

Orgullo y prejuicio y zombis

DE JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 44 y 45

8 - 11 de diciembre de 2012

Vale, Piteas, te voy a contestar, pero solo porque me das pena. ¿Cómo es posible que te gusten los bichos raros?

Te voy a contar cosas sobre mí, pero primero, tengo algunas preguntas. ¿Quién es Piteas? ¿Hemos hablado en algún momento? ¿Por qué nunca te veo metiendo las cartas en el libro? Lo he vigilado muy de cerca.

GEORGE

Querida George:

¿Eres siempre tan desconfiada? No me importa, solo me gustaría saber si te fías de alguien. Una vez te pregunté si te importaba que me sentara contigo en la cafetería. Me miraste, me dijiste que vale, y después te levantaste y te fuiste. No fue un detalle muy bonito por tu parte.

Me alegro de que me hayas preguntado por Piteas. VPiteas vivió en el año 300 a. C. y fue la primera persona (al menos, que se sepa) que escribió sobre el sol de medianoche. Es el primer científico conocido que visitó el Ártico y que documentó que la Luna causa las mareas.

No me ves nunca metiendo las cartas en el libro porque tengo un cuidado infinito. ☺

PITEAS

P. D.: He visto que has marcado en el mapa Estados Unidos, a mí también me gustaría ir. A mi hermana y a mí nos encantaría bucear en la costa de California.

A ver, Piteas, aquí van algunas cosas sobre mí.

Me gusta la librería. Leo un montón. Mis favoritos son Hugh Howey, Kurt Vonnegut, Ursula K. Le Guin, Margaret Atwood, John Green, Tolstói (solo he leído Anna Karenina), J. K. Rowling, Philip Pullman, Melina Marchetta, Charlotte Brontë y Donna Tartt. Últimamente (aunque ya lo sabes), me ha dado por las fusiones de los clásicos (Sentido y sensibilidad y monstruos marinos y esas cosas).

Me gustan los dumplings. Mi cumpleaños es el primer día del invierno; me encanta tener frío (excepto en los pies). En cuanto a música, me gustan The Finches, Jane's Addiction, Amber Coffman y Wish.

Perdona por lo de la cafetería. No lo recuerdo. Pero de haber sabido que eras tú, me habría quedado.

GEORGE

Querida George:

Gracias. Acepto tus disculpas. Si consigo reunir el valor para volver a acercarme a hablar contigo, espero recibir una respuesta más amable.

En realidad, lo entiendo perfectamente. También soy nuevo en el instituto, pero he conseguido hacer un buen amigo y no está tan mal. Creo que te caería bien, y estoy seguro de que tú a él también. Va contigo a lengua y cree que eres interesante. Le gustó el comentario de texto que hiciste sobre Liar. Me contó que en mitad de tu comentario dijiste «joder» y ni siquiera te diste cuenta.

No conocía ninguno de esos grupos, pero me he bajado algunas canciones. El que más me gusta es Wish. Suenan un poco como a música de sueño. ¿Conoces a The Dandy Warhols? Creo que te molarían.

Leo un montón de novelas y me gustan los cómics, pero también me encanta la no ficción. Como ya te he comentado, me interesan las teorías sobre el tiempo. He leído mucho sobre el universo de bloque creciente. No acabo de entender del todo la teoría, pero me mola intentar comprenderlo.

PITEAS

P. D.: Me gustan los bichos raros, pero no creo que tú lo seas. O, si lo eres, es en el mejor de los sentidos. Eres guapísima. (Ahora sí que no te voy a decir nunca quién soy.) Me gusta el mechón azul que llevas en el pelo, me gusta que respondas en clase sin importarte lo que diga la gente. Me gusta que siempre estés leyendo cosas interesantes y me gusta que trabajes en una librería.

P. D. 2: Te he dejado un libro en la Biblioteca de Cartas. Es mío, así que te lo puedes quedar. Sea, de Mark Laita.

Es uno de mis favoritos. He marcado el pulpo gigante del Pacífico Norte porque puede cambiar de aspecto y textura para parecerse hasta a los corales más complicados. Solo vive cuatro años, aunque eso es más que otras especies.

Querido Piteas:

Le he echado un ojo a la teoría del tiempo que comentabas. Si creo en el universo de bloque creciente, entonces, tengo que creer que el pasado existe al mismo tiempo. Así que, mientras estoy aquí en el presente, ¿también existo en el pasado? No tiene ningún sentido. Y, si el pasado existe del mismo modo que un lugar, ¿por qué no puedo visitarlo?

Gracias por el libro, es precioso. ¿Están retocadas las fotos? Los peces tienen un color que parece demasiado brillante. Me gusta mirarlas en una oscuridad casi total, con una pequeña linterna para iluminar los peces. Es como si estuviera bajo el agua. ¿Lo has probado?

Sí, el pulpo gigante es increíble, pero mi fotografía favorita es la de la medusa. A veces, voy al acuario a verlas. Son como los fantasmas del agua.

Gracias por todas las cosas bonitas que me dices. Me gustaría poder contestarte lo mismo, pero me es imposible, por razones obvias. Últimamente estoy distraída en clase porque no puedo parar de pensar en quién eres. Por lo que me dices, no parece que seas un chico muy popular (en el mejor sentido posible).

¿Tienes pensado confesarme alguna vez quién eres? ¿Vamos a seguir escribiéndonos así para siempre?

GEORGE

Querida George:

El otro día pensé que seguramente se estaría haciendo raro que estuviéramos a la vez en el instituto y que tú no supieras quién soy. Pero no te lo puedo decir. Me preocupa que, si descubres quién soy, las cosas cambien entre nosotros, y no quiero dejar de escribirte.

A mí también me gusta la medusa. ¿Sabías que llevan poblando los océanos desde hace más de quinientos millones de años? En Palau, el lago de las medusas está lleno de ellas. Mi hermana quiere bucear en Palau, pero no en el lago. ☺

El concepto del universo de bloque creciente trastoca las ideas que tienes del tiempo, ¿verdad? Piénsalo de esta manera: el universo está creciendo y, a medida que se expande, se van añadiendo fracciones del espacio tiempo. A medida que se añaden esas fracciones, avanzamos, pero viajar al pasado es imposible. El espacio tiempo se mueve solo en una dirección: hacia delante.

Henry

El horario de Howling Books es flexible. Solemos abrir a las diez de la mañana y cerramos normalmente sobre las cinco, aunque dejamos la tienda abierta durante más tiempo. Casi siempre estamos disponibles para atender alguna emergencia nocturna.

Pero los viernes por la noche siempre cerramos, es el día de nuestra cena familiar en Shanghai Dumplings. Esta noche, estoy recogiendo las estanterías con ruedas que colocamos en la calle, preparándolo todo para marcharme, cuando llega Lola y me dice que acaba de ver a Rachel.

No hace falta que le pregunte a qué Rachel se refiere. Solo hay una. La Rachel. Rachel Sweetie. Mi mejor amiga, que se fue de la ciudad hace tres años y se olvidó de mí.

Cuando se marchó, le escribí cartas muy largas en las que le contaba todo lo que pasaba en la librería, cosas sobre George, sobre mis padres, sobre Lola y sobre Amy. Ella me respondía con un párrafo escaso, y poco a poco las cartas se convirtieron en correos electrónicos escuetos; después, me contestaba solo en mensajes de grupo, y por último simplemente dejó de escribir.

—Me está ignorando —le decía a Lola cada vez que Rachel le enviaba un correo electrónico largo a ella—. ¿Te ha contado algo? —le preguntaba, y ella negaba con la cabeza.

A Lola se le da fatal mentir. Estaba claro que Rachel le había hablado de mí, pero era demasiado leal para contármelo, así que me quedé sin saber nada.

—Se ha cortado el pelo muy corto, y se lo ha decolorado —me comenta Lola.

Intento imaginarme a Rachel, pero no quiero. No me apetece pensar en qué aspecto tiene ni en qué está haciendo.

—Todavía no sé por qué dejamos de ser amigos, pero así fue; no quiero saber nada de ella.

Lola da la espalda al mostrador y se sube de un salto para colocarse junto al bote de caramelos. Coge uno y me dice:

—Ha vuelto y quiero verla, así que vas a tener que superarlo.

—Ya lo he superado. Hace tiempo. He superado que te escribiera a ti y no a mí. He superado por completo que no respondiese a mis llamadas. Está más que superado que se marchara sin despedirse ni nada.

—Por lo que yo sé, le mandaste un mensaje cuando ya se había ido para decirle que te habías quedado sopa.

—¿Por eso no me ha escrito? Siempre me duermo. Me he levantado tarde casi cada día de mi vida, y Rachel lo sabe. Podría haberse pasado por la librería, podría haberme despertado.

—Parece que lo has superado muy bien, sí.

—Y ¿sabes lo que hizo? Me mandó un mensaje para decirme que mi libro de *American Gods*

estaba en la escalera de entrada de su casa. Se puso a llover antes de que me diera tiempo a llegar y quedó hecho polvo.

—Qué pena que no trabajes en una librería y tengas cinco ejemplares más en la estantería y otros dos en tu colección personal.

—Ese no es el tema —le respondo.

Me pasa un folleto.

—Tocamos esta noche en el Laundry. Te lo pongo fácil: solo tienes que cruzar la calle.

Lola e Hiroko llevan tocando juntas desde el baile del primer año de bachillerato. Extraoficialmente, llevaban soñando con el grupo tres años. Son como una mezcla entre Arcade Fire, The Go-Betweens y Caribou, y muy buenas.

Suelen tocar en el Laundry los viernes por la noche cuando el local programa música en directo. El dueño es amigo del padre de Lola, así que han llegado a un acuerdo: The Hollows tocan como teloneras del grupo que actúe esa noche y se llevan un porcentaje de las entradas que se vendan antes de las diez.

Se baja del mostrador.

—Para que lo sepas, le he dicho a Rachel que venga. Deberías venir tú también y arreglar las cosas.

Le digo que lo intentaré, pero que estoy seguro de que no es posible arreglar nada. No se puede arreglar que alguien se haya olvidado de ti. Durante el resto de tu vida, no dejarás de preguntarte si volverá a suceder. Siempre sabrás que la otra persona puede vivir perfectamente sin ti, pero que tú no puedes estar bien sin esa persona.

Después de que Lola se haya marchado, cierro y voy a Shanghai Dumplings. Por el camino, me distraigo recordando a Amy para no pensar en Rachel. Llevo todo el día con el móvil en silencio a propósito y no lo he mirado porque es una verdad universalmente conocida que no por mucho mirar el teléfono suena más temprano, sobre todo si esperas recibir un mensaje de tu exnovia.

Tengo una llamada perdida suya, pero ningún mensaje.

Me estoy planteando si devolverle la llamada o no cuando me tropiezo con Greg Smith. Voy mirando al suelo y él está de pie en mitad de la acera, así que mi hombro choca con él. Lo ignoro y sigo caminando. Greg iba conmigo a clase en el instituto, y cada vez que lo veo hace que me cuestione el universo. Es un imbécil, pero tiene unos dientes de un color blanco sobrenatural y el pelo perfecto. ¿Por qué se les dan perlas a los cerdos? Está claro que, si el universo no quiere que ganen los idiotas, no debería hacerlos tan guapos.

—Me he enterado de que Amy ha cortado contigo —me dice cuando ya lo he dejado atrás.

Tengo muy claro que es mejor no seguirle el rollo, pero no lo puedo evitar. Entro al trapo cuando llama rara a mi hermana. Entro al trapo cuando me llama raro a mí. Entro al trapo cuando llama lesbiana a Lola como si fuera un insulto. Entro al trapo cuando dice que la poesía es una

mierda. Si Greg escribiera poemas, serían una mierda, pero Pablo Neruda, T. S. Eliot, William Blake, Jorge Luis Borges, Emily Dickinson, por nombrar a algunos, no podrían estar más lejos de ser una mierda.

—No me ha dejado, que lo sepas. Seguimos juntos. Nos vamos de viaje el 12 de marzo —le respondo, y sigo caminando antes de que le dé tiempo a decir nada más.

Pronto se enterará de que es mentira, pero será en otro momento, cuando no esté yo delante. Una de las cosas buenas de haber terminado el instituto es que por fin puedes olvidarte de los capullos.

El mal humor me dura solo hasta que llego al restaurante. Siempre pedimos *dumplings* de cerdo, *dumplings* fritos, *wantons* con salsa de chile picante, sepia con sal y pimienta, gambas con verduras y rollitos de primavera.

Desde que mi madre se marchó, hemos seguido con la tradición. Ya no vive en la librería, pero sigue viniendo a cenar con nosotros, y al menos durante una hora volvemos a ser una familia.

Mai Li está trabajando en la recepción, como siempre. La conozco del instituto. Este año va a empezar a estudiar periodismo, pero su pasión es la poesía que escribe en su teléfono mientras camina. No estoy seguro de si habla como si estuviera recitando o si es solo mi impresión.

—¿La vida, qué tal, Henry? —me pregunta.

Y yo le respondo:

—La vida mal, una mierda, Mai Li.

—Una mierda, ¿por qué?

—Porque Amy me ha dejado.

Deja de repartir menús a los clientes y hace la pausa que se merece la noticia que le acabo de contar.

—La vida bien jodida, entonces, Henry —me responde, y me da un menú—. Creo que están discutiendo.

—¿En serio?

—No están comiendo y he oído gritos —me comenta, y me dirijo hacia la escalera.

Mis padres no gritan. Son más de recitar pasajes de libros de memoria e intentar resolver sus problemas hablando. Incluso cuando mi madre se marchó, no hubo ni una palabra fuera de tono. El silencio en la librería era tan ensordecedor que George y yo fuimos a la tienda de Frank para escapar de él. Incluso cuando estaban solos, estoy muy seguro de que se peleaban en silencio.

Llego a la mesa y veo que Mai Li tiene razón, están discutiendo.

Normalmente, durante las cenas de los viernes, hablamos sin parar de libros y del mundo. La semana pasada, empezamos con George. Se acababa de terminar *1984*, de George Orwell, y *The One Safe Place*, de Tania Unsworth. Acababa de empezar *La carretera*, de Cormac McCarthy.

La primera norma de las charlas sobre libros que tenemos en la familia es que no te puedes

pasar una eternidad explicando la trama. Tienes que hacerlo en veinticinco palabras o menos, y después puedes tomarte todo el tiempo que quieras para contar qué te ha parecido.

—Orwell; un mundo controlado por el estado. Unsworth; ambientado en la Tierra después del calentamiento global. McCarthy; padre e hijo sobreviviendo tras un apocalipsis.

Le pregunté qué tienen esos mundos terribles para que la fascinen tanto. Se pensó la respuesta durante un rato. Me encanta que George se tome tan en serio las ideas, los libros y las conversaciones sobre ellos.

—Sobre todo me apasionan los personajes, no el mundo. Me gusta cómo son las personas cuando lo han perdido todo o cuando resulta peligroso pensar por sí mismos.

La conversación se centró entonces en mí y en qué había leído. *Un lugar al que volver*, de John Corey Whaley. Me había llevado el libro a la cena y lo pasé para que lo vieran. No quería desvelar mucho de la trama, así que solo les dije que trataba sobre Cullen Witter, cuyo hermano desaparece. El libro empieza con el relato del narrador sobre los primeros cadáveres que ha visto en su vida; con ese inicio, no pude dejar de leer.

Mi madre habló de *El tiempo es un canalla*, de Jennifer Egan, y parecía triste cuando nos explicó a George y a mí que el tiempo es un canalla porque nos mangonea. Mi padre había leído el libro y también parecía triste. Se me ocurrió que tal vez el amor sea el canalla en realidad.

—Puede ser —me dijo mi padre cuando se lo comenté más tarde—. Pero me gusta pensar que el amor es algo más indulgente que el tiempo.

Esta noche es completamente diferente. Nadie habla sobre libros. Mi padre está apuñalando un *dumpling* de gamba justo por el centro.

—Tenemos que hablar con vosotros —dice mi madre.

Son las mismas palabras con las que empezó la conversación sobre el divorcio. «Tenemos que hablar con vosotros» nunca augura buenas noticias.

—Vuestra madre cree que debemos vender la librería —dice mi padre, y por su tono queda muy claro que no está de acuerdo.

—Nos han llegado varias ofertas interesantes —continúa mi madre—. Estamos hablando de mucho dinero.

—¿Necesitamos mucho dinero? —pregunta mi padre.

—Los libros de segunda mano no son un negocio en auge —comenta ella—. ¿Cuánto hemos ingresado hoy, Henry?

Me meto un *dumpling* entero en la boca para evitar responder.

Es cierto que las librerías de viejo ya no ganan mucho dinero y está claro que mi madre cree que la situación no va a cambiar. Como dice Amy: «Despierta, Henry, vivimos en la era de internet». Pero ¿significa eso que deberíamos vender? No lo sé. «Mucho» y «dinero» son dos palabras difíciles de rebatir.

En mi familia, todos tenemos voz y voto, así que mis padres no pueden tomar una decisión sin nosotros. George mira su plato fijamente, con una intensidad feroz, como si esperara poder abrir

un portal y desaparecer. Imagino que todavía no ha dado su voto. Juega al Scrabble con mi padre cada noche y le encanta leer en el escaparate con *Ray Bradbury* sobre el regazo, pero echa tanto de menos a nuestra madre que la he oído llorar en su habitación. Votará lo mismo que yo porque no le gusta tomar partido. Eso significa que mi voto es el decisivo.

—¿Quieres seguir trabajando en la librería hasta que no quede nada, Henry? —me pregunta mi madre.

Mi padre dice que no cree que sea una pregunta justa, y ella le responde que puede dar su opinión si quiere. Él replica:

—Si todos renunciáramos a las cosas que queremos cuando la situación se complica, viviríamos en un mundo terrible.

Estamos hablando de algo más que de libros, por eso George no quiere mojarse.

Miro al futuro, a dentro de veinte años, por ejemplo, y sé que es poco probable que sigamos viviendo de la librería. Me veo sentado detrás del mostrador leyendo a Dickens en el sitio de mi padre, hablando con Frieda, con el sol colándose por la ventana e iluminando universos de polvo y las reliquias que son los libros de segunda mano. Me veo yendo por la noche a trabajar a otro sitio para pagar las facturas, como mi padre ha tenido que hacer más de una vez a lo largo de los años. Al final, veo un mundo sin libros, sin duda un mundo sin librerías de viejo. De repente, recuerdo una ocasión en la que Amy y yo charlábamos después de que me prestara dinero para pagar el seguro de viaje. «Si quieres tener una vida decente, Henry, deberías buscarte un trabajo de verdad.»

—¿Tan mal está la situación? —le pregunto a mi madre.

Ella se encarga de llevar las cuentas. Es la práctica de la familia, la que piensa en el futuro.

—Está mal, Henry. Casi no llegamos a fin de mes. Quiero poder pagar la universidad de George el año que viene. Quiero jubilarme algún día. Quiero dejaros un futuro a los dos.

Y entonces veo con claridad por qué Amy me dejó. Mi futuro es el desempleo, mientras que ella será abogada. Por el momento, mi plan a largo plazo consiste en vivir con mi padre y mi hermana en la tienda. Su plan es comprarse una casa. La razón por la que me dejó no será tan sencilla, pero seguro que tiene algo que ver. Casi nunca tengo dinero para invitarla a nada.

Me encantan los libros de segunda mano, y los libros en general. Pero, si la situación está tan mal como dice mi madre, vender la librería es la mejor opción para todos.

—Si hay una buena oferta sobre la mesa, quizá deberíamos pensarlo —digo, y evito mirar a mi padre a los ojos.

—Tal vez deberíamos hablar con las inmobiliarias —sugiere mi madre, y acepta que el que calla otorga.

George va al baño, básicamente para evitar la conversación. En ese momento, mi madre aprovecha para contarme que ha contratado a un par de personas para que vengán a catalogar los libros y así saber qué existencias tenemos.

—A una la conoces, es Rachel.

No es necesario que le pregunte qué Rachel. De nuevo, solo hay una Rachel.

—Me encontré con su tía en el supermercado la semana pasada —me explica mi madre—. Me dijo que había vuelto a la ciudad, pero que el trabajo que ella le había conseguido en el hospital ya no estaba disponible. A Rachel se le dan bien los ordenadores, así que le propuse a Rose que podía trabajar con nosotros.

Escucho a mi madre e intento pensar qué condiciones han debido darse para que Rachel aceptara trabajar conmigo en Howling Books. Tal vez en los últimos meses se haya dado un golpe fuerte en la cabeza y sufra amnesia.

—Pensaba que te alegrarías —dice mi madre al ver que no contesto—. Es tu mejor amiga.

—Lo era antes de marcharse —le contesto—. Hace años que no hablamos.

—¿No quieres que la contrate? —me pregunta—. Aunque creo que es demasiado tarde.

Mentiría si dijera que no quiero ver a Rachel. Mentiría si dijera que no la he echado de menos. Si ha aceptado el trabajo, tal vez ella sienta lo mismo.

—No, contrátala —le digo justo cuando George vuelve y dice que ya no tiene hambre y que quiere irse a casa.

Mi madre se marcha con ella, así que nos quedamos solos mi padre y yo con demasiados *dumplings* delante y un montón de silencio.

—Estás decepcionado —le digo—. Todavía no he votado oficialmente.

—Todos tenemos un voto y formamos parte de la decisión. No te preocupes. —Me pone una mano sobre el hombro—. No me has decepcionado.

—He leído un artículo que decía que las tiendas de libros de segunda mano acabarán siendo una reliquia —le cuento; sigo intentando buscar excusas para la manera como se ha desarrollado la cena.

—¿Sabes lo que significa la palabra «reliquia», la definición del diccionario? —me pregunta mientras me pasa el pan de gambas.

Cojo uno y le digo que no tengo ni idea.

—Es un objeto sagrado —me responde, mientras parte el suyo en dos—. Como los huesos de los santos.

El gran Gatsby

F. SCOTT FITZGERALD

Carta dejada entre las páginas 8 y 9

A mi amor:

Si supiera dónde estás, te enviaría esta carta. Pero no lo sé, así que no me queda más remedio que dejarla aquí. Sé lo mucho que te gusta F. Scott. Creo que lo quieres más que a mí. He buscado por cada centímetro de las estanterías. No me cabe duda de que te has llevado nuestro ejemplar. Lo compramos juntos, ¿te acuerdas? No era tuyo solo.

Recibí tu carta. Supongo que es mejor que un mensaje de texto, pero te equivocas. No fue la mejor manera de romper. Me habría dolido igual si me hubieras dicho adiós a la cara, pero no me habría herido tanto.

¿Adónde has ido, mi amor? Después de diez años juntos, creo que me merezco al menos saberlo. Escríbeme, aunque sea una línea, para contarme dónde estás. Para que no tenga que preguntarme durante el resto de nuestras vidas cuando piense en ti cuál es el paisaje que enmarca tu cara.

JOHN

Henry

Después de cenar, me dirijo hacia el Laundry pensando en Rachel y en la librería, en si deberíamos venderla, en qué hacer cuando la vea.

El problema de la librería es que tiene sentido venderla. Llevo un tiempo pensándolo. Mi madre ha presentado razones de peso y siempre ha sido la más práctica de la familia.

El problema de Rachel es que no sé qué decirle cuando la vea. No estoy seguro de si puedo volver a ser su amigo si no me dice que me ha echado de menos o si no me da una buena explicación por haber dejado de escribirme. No tengo mucha dignidad, pero aún me queda un poco.

Mientras estoy dándole vueltas a todo esto, de repente, me tropiezo con ella. Nos chocamos en la calle y le pido perdón antes de darme cuenta de quién es.

Lo primero que pienso es: me alegro de que haya vuelto. Lo segundo: se ha puesto muy guapa. Siempre ha sido bonita, sin duda, pero ha madurado y está aún mucho más guapa de lo que me imaginaba. Hay algo diferente en ella, y no puedo evitar mirarla de arriba abajo, analizando cada cambio: lleva el pelo corto y decolorado, va vestida con una vieja camiseta negra y vaqueros del mismo color, está más alta, o tal vez es solo que ha adelgazado, o quizá ambas cosas.

—Hola —le digo.

—Hola —me responde, y entonces aparta la mirada, como si apenas me reconociera.

—Henry —insisto—. Henry Jones. Tu mejor amigo durante siete años. ¿Te suena?

—Ya lo sé —me responde, pero sigue sin mirarme.

Se saca el folleto del bolsillo y lo desdobra.

—He venido por Lola —me dice, y no puedo evitar pensar que el final de esa frase es «no por ti».

—Yo también —le respondo—. Sí. He venido por Lola, que ahora es mi mejor amiga, porque la que tenía se fue de la ciudad y se olvidó de mí. —Rasco el suelo con el pie—. ¿Cuánto tiempo se tarda en escribir una carta?

—Te escribí —me suelta.

—Sí, gracias por esos párrafos en los que decías prácticamente nada.

—De nada —me contesta, y señala por encima de mi hombro—. La fila está avanzando.

Pagamos la entrada, nos ponen el sello en la mano y entramos. El local antes era una lavandería: aún quedan algunas lavadoras repartidas por el bar y en algunos rincones todavía huele a detergente barato y sábanas a medio secar. Es un bar pequeño, así que mi intención no es

seguir a Rachel, pero no me queda más remedio que caminar detrás de ella hacia la barra. Aun así, se da la vuelta y me mira como si la estuviera acosando.

No lo entiendo. La he echado de menos. Incluso ahora, aunque esté actuando así, la echo de menos.

—¿Cómo es posible que no me hayas echado de menos? ¿Cómo?

Por un momento, me da la impresión de que está a punto de admitir que sí me ha extrañado. Hasta casi sonrío. Pero entonces me dice:

—Es todo un misterio.

—Estabas a punto de admitirlo. Casi se te escapa: «Te he echado tanto de menos que me iba a dormir llorando. Le daba un beso de buenas noches a tu foto todos los días».

—No me llevé ninguna foto tuya —me responde, y señala a una mesa vacía al otro lado de la sala—. Mira, me están esperando.

La observo, comprendo que prefiere sentarse sola a hablar conmigo. Entonces Lola se me acerca.

—¿La has visto? —me pregunta.

—Sí —le respondo—. Y ha sido bastante borde. No se parece en nada a la Rachel de antes.

—Siempre ha sido algo borde —me dice.

—No es verdad. Antes era graciosa e inteligente y leal. Vale, tal vez un poco demasiado organizada: tomaba un montón de apuntes en clase y colocaba los libros en su taquilla por orden alfabético, pero todo el mundo tiene sus rarezas y con los años la verdad es que me vino bastante bien. Todavía tengo los apuntes que me prestó cuando estuve enfermo. Todo claramente etiquetado...

—¿De quién estás hablando? —me interrumpe Lola.

Señalo a la mesa, donde ya no hay nadie. Me pregunto si me lo he imaginado todo.

—De Rachel.

—Yo estaba hablando de Amy —me comenta, y me doy cuenta de que parece preocupada—. ¿No te has enterado?

—¿De qué?

—De las malas noticias —me responde—. Muy muy muy malas. Algo horrible.

Ahora sí que estoy preocupado. Lola no exagera nunca. De hecho, suele quitarle hierro a todo.

—Solo te pido que sea rápido y que tengas piedad de mí.

Cierra los ojos y me lo cuenta.

—Amy está con Greg Smith.

Lo dice todo como si fuera una única palabra, así que tardo un momento en encontrarle sentido.

—¿Amy está con Greg Smith? —repito, cuando por fin entiendo lo que me ha dicho—. ¿Te refieres a que...?

—Van cogidos de la mano, se besan y todo eso. Están al otro lado de la barra.

No entiendo nada. Greg Smith es el típico imbécil que cree que es gracioso robarle la ropa y la

toalla a alguien después de nadar y luego subir una foto de su víctima a Facebook, desnudo, mientras le pide ropa al profesor. Greg Smith es un zoquete de proporciones descomunales. Es imposible que a Amy le guste.

—¿Estás bien? —me pregunta Lola.

—Me siento como si me acabaran de sacar todos los órganos en vida.

—Menos mal que no te has puesto melodramático —ironiza—. Tengo que ir a tocar. No te emborraches. Te pones muy idiota cuando bebes.

Es verdad. Me vuelvo un imbécil, pero creo que es el día perfecto para comportarme así.

George sostiene que hay una verdad universalmente aceptada según la cual los días de mierda suelen empeorar. Las noches de mierda suelen convertirse en mañanas de mierda que se transforman en tardes de mierda y que vuelven a convertirse en noches de mierda sin estrellas. Según mi hermana, la mierda coge un impulso que la suerte no suele tener. Normalmente soy un optimista, pero esta noche entiendo perfectamente su planteamiento.

Me abro paso entre la multitud hacia la barra y, cuando llego, Rachel está ahí. Tengo la esperanza de que mi cara refleje tanta pena que sienta lástima y ponga fin a esta estúpida pelea.

—Estoy teniendo una semana muy mala —le cuento—. Y cuando digo mala, quiero decir mala mala.

—No me interesa, Henry —me responde, y se aleja en dirección al escenario.

—¿Es ella? —me pregunta Katia, la camarera, después de que le pida la cerveza, que me fia porque le he dado clases de lengua gratis.

Empezamos un año después de que Rachel se marchara, así que conoce toda la historia.

—Sí, es ella —respondo—. Rachel, mi ex mejor amiga.

—De la que estás enamorado en secreto.

—No estoy enamorado de ella en secreto.

—Nadie habla tanto de una chica como tú de Rachel si no la quiere.

—La quiero, pero no estoy enamorado de ella —puntualizo, y me termino la cerveza rápidamente.

Me pido otra y me la bebo aún más rápido porque, ahora mismo, lo que más me gustaría es no formar parte de mi vida: observar los problemas desde fuera pero sin sentir nada. Me pido otra y me la termino, me pido otra y me la termino, y me gusta la sensación de cosquilleo que noto debajo de mi piel, me encanta.

Hasta que me vuelvo hacia la izquierda y veo a Amy y a Greg sentados juntos en las viejas sillas del Laundry, cogidos de la mano. Se la ve muy feliz. Se está riendo y lo mira como a mí nuestra primera noche juntos. Totalmente centrada. Inclínándose hacia él. Con el pelo rojo suelto que le cae sobre un vestido largo verde.

El cabrón de Greg también está muy guapo. La luz se refleja en la blancura de sus dientes y

hace que su pelo parezca mucho más brillante. Me veo en el espejo que hay en la pared de detrás de la barra. Mi pelo parece que se haya rendido y mis dientes son igual de blancos que los de todo el mundo. Llevo la misma ropa que me he puesto los dos últimos días, mi camiseta de Bukowski que dice «El amor es un perro del infierno» y vaqueros.

—No me extraña que no me quiera —le digo a Katia—. Parece que me acabo de levantar.

—Shakespeare, esa chica no es para ti.

—Es mi alma gemela.

—En ese caso, tu alma me preocupa bastante —me responde, y sigue sirviendo al resto de los clientes.

No es la primera vez que alguien me dice que Amy no es la chica adecuada para mí. A Rachel nunca le gustó. A Lola tampoco. Hiroko me dice educadamente que no es quién para juzgarme, pero siempre se marcha cuando llega ella. George no es tan educada. Dice que Amy viene a la librería cuando se siente sola y desaparece cuando tiene mejores planes.

Aunque no sea así.

La verdad es que no puede permanecer lejos de mí durante mucho tiempo, igual que yo no puedo estar sin ella. Siempre he aceptado volver con Amy. Siempre lo haré. Puede que me diga a mí mismo que no, pero cada vez que aparece en la librería siento que no me puedo controlar. Amy es mi destino. No el de ningún otro imbécil.

Me tambaleo entre la multitud hacia ellos, intentando pensar por el camino qué decir cuando llegue. Las palabras exactas para recuperarla existen, solo tengo que descubrir el orden en el que decirlas.

Pero he bebido lo suficiente para perder todo sentido del orden, lo he ahogado, así que me planto delante de ellos sin nada que decir. Me quedo mirándolos fijamente y me balanceo durante un momento, después señalo sus manos entrelazadas.

—Eso es... inquietante. Es... Greg Smith.

—Henry —me dice Amy, y como Greg se ha levantado sin soltarla de la mano, ella se pone en pie con él.

Ahora son ellos los que están entrelazados cuando, hace una semana, éramos Amy yo.

—No lo entiendo. Es un imbécil total. ¿No lo ves?

Pero, mientras lo digo, lo miro. Le echo un buen vistazo a Greg Smith. Es guapo. Va bien vestido. No le habría hecho falta pedirle prestados a su novia cien dólares para poder comprar el billete de avión para dar la vuelta al mundo, ni abrir una cuenta en el bar que nunca pagará. Está claro que ha pagado la copa de Amy en metálico. Va a ir a la universidad. Va a estudiar Derecho. Su vida perfectamente planeada combina con sus dientes blancos.

Se me pasan un montón de cosas por la cabeza. Pienso en que probablemente Amy odiaba que nos besásemos en el suelo de la librería, que tenga planeado quedarme a vivir allí de manera indefinida con mi padre y con mi hermana. Entonces me recuerdo vestido con un traje de segunda mano cuando fui a recoger a Amy con la furgoneta de la librería para ir al baile. Me dijo que no le

importaba, pero tal vez sí. Quizá muchas de las cosas que pensaba que daban igual en realidad eran importantes. Tal vez por eso no para de dejarme y volver conmigo. Vuelve porque me quiere. Se marcha porque mi vida es un caos. Tengo que sentar cabeza. Tengo que cortarme el pelo y decidir qué hacer con mi vida. Tengo que ganar mucho dinero.

—Vamos a vender la librería —le digo—. Podré independizarme cuando volvamos del viaje.

—No vas a ir a ningún sitio —me dice Greg.

—Voy a ir adonde me dé la gana. Amy, quiero que vengas conmigo.

Tal vez sea la luz, aunque no lo creo, pero durante un segundo, no parece segura. Un instante de incertidumbre me dice todo lo que necesito saber. Puedo recuperarla si cambio.

Entonces, Greg me empuja ligeramente, lo suficiente, y me caigo sobre un grupo de gente que, por instinto, se aparta. Desde el suelo, miro a Amy, y ella me devuelve una mirada triste. Leo algo en sus ojos. Quiere que cambie. Sus pupilas me dicen: «Si cambias, volveré contigo».

Cierro los ojos para recuperar un poco el equilibrio y siento que unas manos me levantan. Creo que es Amy, pero cuando los vuelvo a abrir, veo a Rachel.

—¿Quieres recuperarla? —me pregunta, y le respondo que sí, con todas mis ganas.

Se acerca un poco más, como si fuera a confesarme el secreto del amor.

—Entonces levántate —me dice en voz baja—. Y deja de ser tan patético.

Rachel

Tengo claro que ya no estoy enamorada de Henry, y es un alivio. Huele igual: a menta y a cedro con un punto de libros viejos. Se comporta igual: amable y gracioso. Pero no siento lo mismo. No pienso en besarlo. No estoy obsesionada con su pelo. Me he curado.

«¿Estás teniendo muy mala semana?», pienso después de dejarlo en la barra. Una semana muy mala acaba con la muerte, Henry. No sé qué te ha pasado, pero, a menos que haya habido algún fallecimiento, no es para tanto.

Lola e Hiroko están en el escenario. Me concentro en ellas para dejar de pensar en Henry. Están tocando una versión de *Good Woman*, de Cat Power, y la han hecho suya con la voz triste y ronca de Lola y el dulce sonido de la percusión de Hiroko. Esta es más alta que Lola, no es tímida, pero sí callada. Se han pasado años acabando las frases de la otra, pero esta noche hablan separadas, la música de cada una envuelve y aporta algo a la otra. Ahí arriba, son las protagonistas de un sueño, y me alegro por ellas, pero no puedo evitar preguntarme por qué algunas personas consiguen lo que quieren y otras no.

Hago una foto y se la envío a Rose; se la mando también a mi madre porque con un mensaje sé que no hará falta que la llame esta noche. A estas horas estará en la playa, y no me apetece escuchar el océano de fondo. Apago el teléfono y me dejo llevar por la música y por la luz del bar.

Terminan parte del repertorio y se bajan del escenario. Lola coge la botella de agua de Hiroko, da un trago y se la devuelve.

—Gracias —dice Hiroko.

—De nada —le responde Lola, después se vuelve hacia mí y señala a la barra—. Henry está bebiendo.

—Ha tenido una mala semana —le comento.

—Amy lo ha dejado y ya no se van a ir de viaje juntos, y además ella está con Greg Smith.

—¿Amy lo ha dejado? —pregunto.

—Y no es la primera vez —dice Hiroko, y Lola confirma que es algo bastante habitual.

—Aún nos quedan unas cuantas canciones, así que te va a tocar cuidar de él —me dice—. Bueno, si todavía quieres que te perdone.

—Me siento manipulada.

—Porque te están manipulando —comenta Hiroko.

Vuelven a subirse al escenario para hablar de las canciones que van a tocar y yo me abro camino entre la multitud. Cuando llego, Henry ya no está en la barra, pero miro a mi alrededor y lo

veo tambaleándose hacia Amy.

—Creo que Shakespeare necesita ayuda —me dice la chica de detrás de la barra, y me tiende la mano—. Soy Katia.

—Rachel —me presento, ligeramente distraída por el brillo de su pelo rosa.

—Ya lo sé. Shakespeare me ha hablado de ti —comenta con un gesto de la mano para indicar que Henry no para de hablar de mí—. Te ha echado de menos —me dice, y me gusta la idea.

Me agrada que le haya contado a Katia lo mucho que me echa de menos.

—Amy no se lo merece —dice mientras lo observamos divagar delante de Amy y Greg—. Es buen tío. Me ha dado clases particulares de lengua gratis.

Henry es buen tío. Está perdidamente enamorado de una chica que no me cae bien. Fue un cobarde hace tres años. Pero, aparte de no saber qué hacer cuando le confesé mi amor, nunca me ha decepcionado.

Greg lo empuja. Es más bien un toquecito de nada, pero basta para que Henry se tropiece y caiga al suelo. Duele verlo, así que Katia cierra los ojos un momento. Yo los mantengo bien abiertos. Al final, incluso después de todo lo que ha pasado, en una pelea entre Greg y Henry, estoy de parte de Henry.

«Levántate —pienso—. Levántate y aléjate de ella. Dile que no vale ni el suelo en el que te has caído.» No se pone en pie. No creo que sea capaz. Está demasiado borracho para mantener el equilibrio.

Antes de que me dé tiempo a cambiar de idea, cruzo el bar. Me digo que es lo que haría cualquier persona decente, enfadada o no. Mi plan era hacerlo con rapidez. Levantarlo y marcharme. Pero pesa demasiado y no pone mucho de su parte.

Greg y sus amigos se están riendo, Amy también, así que me acerco a él y le digo en voz baja, para que solo él pueda escucharme:

—¿Quieres recuperarla?

—Sí, con todas mis ganas —me responde.

Contengo el impulso de ponerlo de pie de una patada. En cambio, me acerco a su oído y le digo con firmeza:

—Entonces levántate. Y deja de ser tan patético.

Pone mala cara, pero me rodea los hombros con el brazo y juntos conseguimos que recupere la vertical. Lo ayudo a sentarse en una silla, pero no está en condiciones de caminar, así que miro a mi alrededor en busca de alguien que me ayude a llevarlo a casa. Lola e Hiroko todavía tienen que tocar un rato más.

No le pienso pedir ayuda a Amy. He decidido ignorarla. Ha pasado mucho tiempo desde que hablamos en el baño, desde que Henry la eligió a ella, desde que yo estaba enamorada de mi mejor amigo. No es asunto mío que él siga portándose como un idiota delante de ella.

Pero entonces la oigo decir:

—Bonito corte de pelo, Rachel.

Ha pasado mucho tiempo, pero resulta que todavía tengo cantidad de cosas que decir. Dejo pasar el comentario del pelo por ahora, porque me importa bien poco lo que piense de mi aspecto. Voy directa al grano.

—Puede que le gustes a muchos chicos, pero no te mereces a Henry. Nunca has sido lo suficientemente buena para él.

—Él cree que sí —me responde.

—Hasta las personas más inteligentes se equivocan a veces.

—Todavía te gusta —me suelta, y me siento furiosa, pero no por las mismas razones que hace tres años.

Ya no me gusta, pero no se merece esto, y yo no tengo por qué aguantarlo.

—Es mi mejor amigo —le digo—. Y mañana empiezo a trabajar en la librería, así que a partir de ahora cuidaré de él.

Me doy la vuelta para recogerlo y llevarlo a casa, pero ha desaparecido.

Doy un par de vueltas por el bar, pero no lo veo. A pesar de mi cambio de *look*, algunas personas del instituto me reconocen y no me queda más remedio que hablar con ellas. Emily, Aziza y Beth quieren saber qué voy a estudiar. No les cuento que he suspendido porque eso me llevaría a tener que relatar una historia aún más seria que no tengo ganas de airear. Y, aunque acabara por decírselo, no quiero tener que andar gritando que Cal ha muerto por encima de la música en un bar. En cambio, les digo que me voy a tomar un año libre para ahorrar algo de dinero, pero que voy a ir a la universidad para ser bióloga marina. Sus vidas transcurren según lo previsto: Emily va a estudiar las estrellas, a Aziza le interesa el derecho medioambiental y Beth está considerando matricularse en Medicina.

Antes de que la conversación siga avanzando, les digo que estoy buscando a Henry y les pregunto si lo han visto. Me dicen que no, así que sigo con la búsqueda. Camino lo más rápido que puedo, evitando a la gente a la que reconozco o a la que parece que me ha reconocido.

Después de media hora, me rindo, Henry ha debido de volver a casa tambaleándose. Hago mi última pasada por el baño antes de marcharme y, mientras me estoy lavando las manos, oigo a alguien borracho recitar poesía desde el cubículo del fondo.

Me acerco, abro la puerta de un empujón y me lo encuentro tirado en el suelo, con la cabeza entre la pared y el retrete.

—¿Te importa? Necesito un poco de intimidad, Rachel.

Me agacho a su lado.

—Un consejo: no la busques en el suelo del baño de chicas.

Parece algo confundido.

—¿Los extras del cubículo no te han dado ninguna pista? —le pregunto.

Levanta la cabeza y fuerza la vista para ver lo que hay en la esquina opuesta.

—¿No es un buzón?

—No, Henry —le respondo, mientras intento sin éxito levantarlo.

—Déjame aquí. Estoy muerto.

—No estás muerto, Henry.

—Tienes razón. Estar muerto sería mejor que vivir así. Amy está con Greg Smith. Mientras hablamos, el amor de mi vida está besando a un gilipollas.

—Henry, si el amor de tu vida está besando a un gilipollas, probablemente haya llegado la hora de repensar si es el amor de tu vida de verdad.

Hace un pequeño gesto con la cabeza para indicar que puede que tenga razón, después me coge de la mano y se levanta con dificultad. Nos quedamos ahí plantados durante un momento, abrazados, mientras recupera el equilibrio.

—Hueles a manzanas —me dice.

—No me huelas, Henry.

—Amy siempre huele un poco a detergente de la ropa. Suele levantarse el flequillo de un soplido y luego vuelve a caer como un pequeño paracaídas. Dentro de unos años, el detergente para la ropa y los documentales sobre paracaidistas me seguirán poniendo cachondo.

—No hace falta que hables. Estoy muy cómoda con el silencio —le digo mientras caminamos hacia la puerta para salir del baño.

—A dormir la mona, Shakespeare —nos dice Katia cuando pasamos delante de ella, y Henry la saluda con la mano.

Antes de marcharnos, veo algo de lo que él no se ha dado cuenta: Amy está al otro lado de la barra observándonos. Apuesto lo que quieras a que de repente cree que Henry es más atractivo por haberlo visto con otra persona.

—Eres un imbécil, Henry —le digo, y él se niega a contestar para no correr el riesgo de confirmarlo.

Aún hace calor aunque es de noche, la calidez ha quedado atrapada entre el asfalto y el cielo. Henry apoya todo su peso sobre mi hombro. Hace diez meses, cuando estaba en forma y era capaz de nadar dos kilómetros en el mar, no me habría importado, pero ahora me duelen los brazos.

Es viernes por la noche y no parece que el tráfico nos vaya a dar un respiro para poder cruzar, así que tengo que ir por el camino largo hasta la librería, siguiendo los pasos de peatones. Henry habla con cada persona que ve. Al parecer, tiene muchas cosas que decir sobre Amy y el gilipollas. Intento llevármelo a rastras, pero es imposible moverlo cuando se pone en modo despotricador, así que cuando empieza a hablar con una pareja que está paseando a su gran danés, me siento en un banco a esperar a que termine. Abre los brazos todo lo que puede para ilustrar el tamaño de su amor por Amy y hace el gesto contrario para indicar las dimensiones del cerebro de Greg.

—Ella —dice señalándome— es mi mejor amiga que había desaparecido, Rachel Sweetie. Hacía mucho que no hablábamos porque no me echaba de menos. Se marchó de la ciudad sin

despertarme. Dejó mi Gaiman bajo la lluvia.

Me cuesta creer que, incluso borracho, Henry continúe manteniendo la mentira. La pareja se marcha y él se tambalea en dirección al banco. No para de abrir y cerrar el ojo derecho como si se intentara aclarar la vista.

—Has vuelto borde y muy guapa —me dice mientras apoya la cabeza sobre mi hombro.

—Yo no diría muy guapa —respondo mientras le paso la mano por el pelo.

—Así te pareces a Audrey Hepburn, si hubiera sido surfera.

—Yo no hago surf.

—Audrey Hepburn tampoco —me responde, y se levanta del banco para tumbarse sobre el césped—. Solo necesito descansar un poco. Puedes marcharte, ya casi estoy en casa.

Lo considero, pero la idea de volver al almacén no me atrae demasiado, así que me tumbo a su lado. Su brazo toca el mío, siento una calidez familiar.

No pensaba no volver a escribirle nunca, solo hasta que me escribiera diciendo que sentía haber ignorado mi carta. Necesitaba que me dijera que lo halagaba, pero que no sentía lo mismo. Mi plan era perdonarle en cuanto saliera a la luz la verdad.

—¿Por qué? —me vuelve a preguntar—. Éramos mejores amigos. Y sé que escribías a Lola. —Vuelve la cabeza hacia mí y nuestras caras casi se tocan—. ¿Por qué?

—¿Tú qué crees?

—Porque no me echabas de menos.

A Henry se le da muy mal mentir y, aunque no fuera así, está tan borracho que solo es capaz de decir la verdad.

—No viste la carta —le digo, preguntándome cómo es posible, pues abre el libro de Prufrock casi a diario y, aunque no lo hiciera, le dejé una nota en el que estaba leyendo.

—¿Qué carta? —me pregunta, y aunque no sé cómo, estoy segura de que desapareció.

Es posible que cogiera el libro y se cayera al suelo. Tal vez alguien la encontrara antes de que pudiera cogerla él.

Está borracho y piensa despacio, así que dispongo de más tiempo para pensar. Miro al cielo y arranco briznas de hierba mientras intento encontrar la respuesta adecuada. Él me escribió un montón de cartas, largas, muy a lo Henry, y yo quería contestarlas todas, pero no lo hice. En cambio, me imaginé lo mucho que le dolería enterarse de que le estaba escribiendo a Lola pero a él no.

—¿Qué carta? —me pregunta otra vez.

Y casi se lo cuento. Debería confesárselo para que sepa que no me olvidé de él, pero tengo una oportunidad para evitar hacer el ridículo, y además ya no importa. Hemos pasado página.

—Una carta de despedida que te dejé en el mostrador de la librería, pero supongo que se perdió.

—¿Qué decía?

—Adiós, que es lo que suelen decir las cartas de despedida, Henry.

—Pero ¿por qué no respondiste a mis cartas?

—Estaba ocupada. Conocí a un chico, Joel.

—¿Joel? ¿Cómo se puede llamar así?

—Pues es un nombre bastante común, la verdad.

—¿Se convirtió en tu nuevo mejor amigo?

—Mira —le digo, para poner fin a este tema de conversación—. Tenía muchas cosas que hacer, me enamoré, me preocupaban movidas del instituto y también hice nuevos amigos. Pero debería haberte respondido, Henry. Lo siento. Lo siento mucho.

—¿Me echaste de menos aunque fuera un poco? —me pregunta.

—Sí —le respondo, y al mismo tiempo me digo que no es momento de hacer ninguna estupidez como echarme a llorar y confesarle las ganas tremendas que pasé de que hubiera venido al entierro. Intento no pensar en que podía haberme acompañado si le hubiera hecho caso a Cal y no hubiese sido tan cabezona.

—Entonces ¿volvemos a ser amigos? —me pregunta, y le respondo que sí—. ¿Buenos amigos?

—Buenos amigos —confirmo, y, como parece que necesita una prueba, le digo que he aceptado el trabajo en la librería.

—Mientras siga abierta —me dice.

Le pregunto a qué se refiere y me cuenta que esa noche han votado para venderla.

—Es la solución a todos mis problemas. Vendemos la librería. Consigo dinero. Amy y yo nos vamos de viaje y, cuando volvamos, me podré permitir alquilar un piso. Se acabó el enrollarnos en la sección de autoayuda.

—¿Os enrolláis en la sección de autoayuda? —le pregunto.

—Estudiaré y me convertiré en alguien.

«Ya eres alguien», pienso.

—¿Estás seguro? —le pregunto, y me responde que de lo único que está seguro es de Amy.

Sé que ha llegado la hora de marcharnos porque Henry vuelve a recitar poemas. La poesía me llega por dos frentes: el instituto y Henry, así que hace mucho que estoy aislada de ese mundo. El último poema que escuché en boca de Henry fue «La canción de amor de J. Alfred Prufrock». Esta noche se lanza con uno que no conozco.

Las palabras caen de su boca, borrachas y pesadas, y veo el poema mientras Henry lo recita: un mundo lluvioso, un sol que se esconde, una persona que lucha por amar los días terribles. Me dice que se llama «Agosto oscuro» y que es de Derek Walcott.

—¿Todavía estás buscando el libro de Frederick? —le pregunto, y asiente.

Henry cree en lo imposible, igual que Cal. Piensa que, por muy imposible que sea, será capaz de encontrar ese ejemplar.

Vuelve a recitar el poema porque se lo pido. Necesito descubrir en él cómo una persona puede empezar a vivir otra vez. No lo encuentro. Lo único que consigo es despertar el dolor en lugares que no alcanzo a localizar.

—Tengo que volver a casa —digo, pero Henry está demasiado borracho y no puedo explicarle por qué eso ya no es posible.

Todavía hay una luz encendida en el interior de la librería, que le confiere una especie de halo resplandeciente. Siempre me ha encantado este lugar. La madera pulida del suelo y los gruesos tabloncillos de las estanterías. Me encantaba el aspecto de los lomos de los libros, perfectamente alineados, uno detrás de otro. Me encantaba porque siempre podía encontrar a Henry aquí.

Llamo al timbre y, mientras espero, miro el escaparate. Veo el lugar donde George se sienta a leer con *Ray Bradbury* sobre el regazo. Los libros que hay en el escaparate son nuevos (Zadie Smith, Jeffrey Eugenides, Jonathan Safran Foer, Simone Howell, Fiona Wood, Nam Le) y no he leído ninguno.

Miro fijamente al ejemplar colocado en mitad del escaparate, *El atlas de las nubes*, de David Mitchell. En la cubierta rosa, hojas de papel que salen volando de una pequeña máquina de escribir se van convirtiendo en nubes a medida que se elevan. No soy capaz de describir con palabras lo que me hace sentir; tal vez tristeza ante la inutilidad de un atlas de nubes, de un mapa de las cosas que se mueven con cada minuto que pasa.

Michael viene a abrir la puerta acompañado de Frederick.

—Menos mal que estaba aquí jugando al Scrabble —dice Frederick mientras recoge a Henry.

Les doy también la cartera y las llaves, que se le han caído del bolsillo.

—Padre —dice Henry mientras cruzan la puerta a trompicones.

—Hijo —responde este, ayudándolo a llegar hasta el sofá de la sección de ficción.

—Amy está saliendo con Greg Smith —les explico, para que entiendan por qué Henry está borracho—. Me lo encontré en el suelo del baño de las chicas.

—En mi defensa, estaba demasiado borracho para saber que era el baño de las chicas —contesta Henry.

—Duérmete —le dice su padre—. Lo verás todo con otros ojos por la mañana.

—Sin ánimo de ofender, papá, el amor no correspondido es una mierda por la mañana o por la noche. Diría que por la mañana posiblemente sea peor, porque te queda todo el día por delante.

—No me ofendo —responde Michael—. La verdad es que tienes razón.

—Deberían cargarse a todas las víctimas del amor no correspondido —continúa Henry—. Deberían borrarlos del mapa justo cuando nos rompen el corazón.

—Si hicieran eso, no quedarían muchas personas en el planeta —responde Michael mientras lo tapa con una manta.

Henry me llama. Me hace gestos con la mano y no para hasta que me agacho y estamos cara a cara. El aliento le huele a cerveza.

—Ojalá hubiera encontrado la carta.

—Olvídate de ella.

—Vale —me dice—. Pero quiero que sepas una cosa.

—¿Qué?

—Te he echado de menos —me dice, y entonces me da un beso en la boca antes de caer en el sofá, dormido.

No me gusta admitirlo, pero de camino a casa todavía puedo sentir los labios de Henry. Ha sido un beso de borracho, un error, y está tan pedo que probablemente haya pensado que estaba besando a Amy. Además, ya no me gusta, pero, aun así, no puedo parar de pensar en ello.

He aparcado el coche, pero sigo sentada tras el volante, enfadada conmigo misma por sentirme así y diciéndome que no es culpa mía, que cualquiera se sentiría raro si un amigo lo besara. De repente, Rose sale del almacén, se mete en el coche y se sienta en el asiento del copiloto.

—Me estás evitando —me acusa.

—Me estoy evitando a mí misma —le respondo—. Perdona por lo de antes.

—Yo también lo siento —me dice, y respira hondo—. He llamado a la abuela. Me ha dicho que no subestime el valor del compromiso.

—Lo que traducido quiere decir que eres muy cabezota y que de vez en cuando no te vendría mal escuchar a otras personas, ¿no?

—Algo así, sí. Haría lo que fuera por ti —me dice—. Incluso llamar a mi madre. —Se recoloca para mirarme—. ¿Quieres oír una buena noticia?

—Me encantaría.

—Puede que te haya conseguido un trabajo de limpiadora en el hospital.

—Joder, tenemos un grave problema si esas son las buenas noticias —respondo.

—No digas tacos. La abuela creerá que te los he pegado yo.

—Le echaremos la culpa a Henry. Para ser un chico con un amplio vocabulario, utiliza demasiado la palabra «mierda» —le digo—. No pienses que no te agradezco que me hayas conseguido el trabajo de limpiadora, pero he decidido que me quedo con la librería.

—Por eso no tengo hijos —responde antes de salir del coche—. Recuerda, la oferta del viaje sigue en pie.

Me tumbo en la cama pensando en lo que ha pasado esta noche, en Henry y en el beso, lo que da lugar a otros pensamientos que no quiero tener. Sobre Joel, la última persona cuyos besos significaron algo para mí.

Nos conocimos en el último año de secundaria, en la playa que hay más allá de las rocas negras, donde la arena forma una superficie plana y no se mueve. Joel estaba observando los charcos formados por la marea, y Cal se acercó a ver qué hacía. Yo me quedé apartada, observando a Joel señalar cosas. Se pasaron un buen rato agachados junto a los charcos, Joel leía

los pequeños detalles de la playa, como las pequeñas conchas encajadas en la dura textura de las rocas.

Lo conocía de clase, así que al final me acerqué a ellos. Podía sentir sus ojos sobre mi piel. Me había pasado años siendo amiga de Henry, quien apenas se daba cuenta de que era una chica, y de repente pasé a ser visible.

Nos besamos en una fiesta ese mismo año. Joel me sonrió y yo entendí enseguida lo que significaba. Fuimos a un sitio tranquilo cerca del mar. La luna era una bola amarilla flotante. Nos quitamos la ropa y nadamos sobre su reflejo.

—Puedes volver cuando las cosas mejoren —me dijo la noche en que lo dejamos.

Le aconsejé que no me esperara.

Hoy, cierro los ojos y sueño con Joel y con la arena, con nubes y lluvia imparable. Y con Henry.

Grandes esperanzas

CHARLES DICKENS

Escrito en la portadilla: «Querida Sophia, para ti, el primer día de nuestra nueva vida en la librería. Mira la página 508. Michael».

Marcas en la página 508

¡No acordarme! Eres parte de mi existencia, de mí mismo. Has estado presente en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí, un vulgar y tosco pobrecillo cuyo corazón heriste ya entonces. Has estado presente en cada proyecto desde aquel día, en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en las nubes, en la luz, la oscuridad, el viento, los bosques, el mar, las calles.

Carta dejada entre las páginas 508 y 509

Michael:

Como no me devuelves las llamadas sobre la venta de la librería y como desapareces cuando me paso por allí, parece que no me queda más remedio que hablarte por carta. Espero tener más posibilidades de dar contigo a través de este libro que a través del correo ordinario.

Me he decidido por la inmobiliaria Bernadine y Saunders. Alquilé mi piso con ellos y estoy muy contenta con el servicio que me ofrecen.

Lo más probable es que los compradores sean promotores a los que no les interese el negocio, solo el edificio. ¿Deberíamos empezar a agotar existencias? ¿A venderlas a otras librerías si podemos?

Por favor, dime qué te parece.

SOPHIA

Henry

Me despierto en el sofá de la sección de ficción con una resaca de caballo, con la cabeza destrozada y la voz de Rachel diciéndome que me despierte. Me ha levantado los párpados como en el instituto, cuando nos quedábamos despiertos toda la noche hablando y por la mañana ninguno de los dos oía el despertador.

—Levántate. Ya. Henry.

—¿Qué hora es? —le pregunto, y le aparto las manos.

—Son las once. La librería lleva una hora abierta. Hay clientes que me están preguntando por libros que no consigo encontrar. George le está echando la bronca a Martin Gamble, el chico que me está ayudando a crear la base de datos. Y, un último problema, Amy te está esperando en el jardín de lectura.

—¿Ha venido Amy? —Me incorporo y me revuelvo el pelo—. ¿Cómo estoy?

—Me niego a responder puesto que técnicamente eres mi jefe y no quiero empezar mi nuevo trabajo insultándote.

—Muchas gracias —le respondo—. Muy amable.

Me pongo la manta sobre los hombros y el cliente que está en la sección de los clásicos me dedica una mirada comprensiva. Yo se la devuelvo porque, aunque a mí también me encantan los libros, si a primera hora del sábado estás en la sección de los clásicos, seguramente tu vida tampoco sea perfecta.

Mientras avanzo hacia Amy, que está guapísima con su vestido azul claro, pienso en los extraños sueños que tuve anoche. En el primero, Amy era invisible. Sabía que estaba ahí, pero por mucho que lo intentara, no conseguía verla. En el segundo, yo estaba hablando con Rachel en el baño de las chicas y, en el último, estaba besando a Rachel. Me gustó mucho el beso del sueño, y su recuerdo me resulta muy desconcertante. Madre mía, espero no haberla besado de verdad. ¿Y si lo intenté? Cuanto más lo pienso, más creo que sucedió de verdad. Puedo sentir sus labios de una manera demasiado real.

Amy me toca el brazo cuando me siento a su lado, y nos quedamos mirándonos fijamente durante un momento.

—Hueles a cerveza —me reprocha.

Es cierto, pero el comentario no resulta demasiado prometedor. Me alejo ligeramente e intento respirar hacia el otro lado.

—Siento lo de anoche —me dice después—. Te debería haber contado lo de Greg, pero pasó muy deprisa. Además, si te soy sincera, sincera de verdad, siempre he estado un poco pillada por

él.

Debería haber un botón de desconectar que pudieras pulsar cuando alguien te deja: me has hecho daño, así que ya no te quiero. No pido que esté conectado a una trampa que se abra y te elimine del universo, solo que elimine a la otra persona de tu corazón.

—¿Me estás escuchando? —me pregunta Amy.

—Todo pasó muy deprisa, pero, sinceramente, siempre has estado un poco pillada por Greg Smith —recapitulo.

Debería pedirle que se marchase. Debería mantener toda la dignidad que pueda, que no es mucha teniendo en cuenta que voy tapado con una manta y apesto a alcohol. Pero a mi familia se le da igual de mal la dignidad que el amor, así que pienso: a la mierda la dignidad. No la llevo en los genes.

—El caso es que estoy algo confundido. Cuando me dijiste que me querías, en esta misma librería, tus palabras no fueron: «Te quiero, pero, si te soy sincera, también estoy un poco enamorada del gilipollas de Greg Smith». Me acordaría. Solo me dijiste: «Te quiero, Henry». Y después me gasté todos mis ahorros en los billetes de avión, pero en ningún momento me comentaste: «No te olvides de que también estoy un poco enamorada de Greg Smith».

—Te gastaste todo tu dinero y parte del mío —me responde, y sé que es un comentario intencionado que me confirma que ha elegido a Greg porque estoy sin blanca.

—Es porque trabajo aquí, ¿verdad? Es por lo que gano. —O por lo que no gano, más bien—. ¿Es porque vivo con mi familia? ¿Es porque te llevé al baile en la furgoneta de la librería?

—Henry —me interrumpe, como si de mi boca no salieran más que tonterías.

Pero la conozco. Conozco sus gestos. Sé qué significa la expresión de su cara. Es lástima. Es la mueca que pone cuando ve documentales sobre animales abandonados que nadie quiere. Estoy cien por cien seguro de que ha elegido a Greg Smith porque es más rico, más guapo y va a ir a la universidad.

—Eres un gran amigo, pero ya no estamos en el instituto.

—Así que tengo razón.

—No —me responde, aunque está claro que miente. Niega vehementemente con la cabeza mientras intenta buscar una respuesta que darne—. Es la persona con la que siempre me imaginé que acabaría. En la universidad. Haciendo cosas.

—¿Qué cosas? —le pregunto.

Me pone una mano sobre el brazo durante un segundo, me deja notar su calidez. Mira tras de mí, a la librería, y dice:

—Tienes a Rachel.

—Rachel y yo somos amigos. Solo amigos. Te quiero a ti —le digo—. Solo a ti.

Me sonrío y me aprieta el brazo ligeramente.

—¿Y si cambiara? —le pregunto, y duda antes de responder.

—No creo que importase. No importa —me responde, pero la verdad es la primera parte de su

respuesta.

No cree que importase, lo que significa que tal vez importe. Podría importar. Antes de que se marche, le hago prometerme que, si cambio, y si importa, volverá conmigo.

Me da un beso de despedida, y yo me lo tomo como un sí.

No hay ni una parte de mí que no me duela esta mañana: los dientes, la cabeza, el corazón, el orgullo, los ojos. Me duele la parte de atrás de los ojos. Pongo la cabeza bajo el chorro de agua e intento que se lleve el recuerdo de las palabras de Amy diciéndome que en el fondo siempre ha estado un poco enamorada de Greg.

Salgo de la ducha y me seco, me siento en el borde de la bañera y dejo que el vaho me aclare la cabeza. Mientras se va disipando, entra mi padre y me pregunta si puede usar el espejo.

—Rachel me ha contado lo de Amy —me dice.

—Lo de Greg no es permanente.

—A veces, hay que aceptar lo inevitable, Henry —me dice, mientras le da golpecitos a la cuchilla en un lateral del lavabo.

Pero sé que no lo cree de verdad. Si lo hiciera, pasaría página en su vida en lugar de leer una y otra vez *Grandes esperanzas* mientras espera que mi madre le conceda otra oportunidad.

Lo observo dibujar con la cuchilla surcos en la espuma que se ha puesto en la cara, intentando averiguar cómo decirle lo que quiero decir, ahora que estoy seguro de que quiero decirlo.

—¿Cuánto nos darían, papá? —le pregunto.

—El edificio es nuestro, Henry. Son dos plantas con un gran patio trasero. Diría que más de un millón.

Me quedo en silencio mientras termina de afeitarse y se seca la cara con la toalla que le paso.

—No pasa nada por querer vender —me asegura.

En mi mundo perfecto, no me preocuparía el dinero. En mi mundo perfecto, los libros nos rodearían siempre, y a todo el mundo le gustarían tanto como a George, a mi padre y a mí. A Amy le encantarían. Pero no es mi mundo perfecto.

—Creo que deberíamos vender. Es lo que piensa mamá, y ella sabe del tema.

Asiente y espera. No puedo responder con un quizá. Hay que ser tajante. Me recuerda a cuando una vez me dijo que lo que más le gustaba de la ficción era que, en lo que respectaba a los personajes, rara vez había respuestas tan simples como sí o no. «El mundo es complejo», me dijo. Las personas también.

Hemos tenido miles de conversaciones sobre personajes de libros. La última fue sobre *Vernon God Little*, un libro de D. B. C. Pierre. Me gustó tanto que me lo leí dos veces.

—¿Qué te ha gustado? —me preguntó mi padre.

—Vernon —le respondí, el personaje principal—. Y la manera como critica a Estados Unidos. Pero sobre todo el lenguaje. Es como si hubiera dejado las palabras al sol para que se combaran

ligeramente, no suenan como te esperas.

—Tal vez algún día quieras ser escritor —me comentó mi padre—. ¿Qué te parece?

En nuestra librería, todo era posible.

Pero en el mundo real no. Está claro que no, o mi madre no querría vender. Adora la librería tanto como nosotros, pero acepta que el negocio está en declive. Las posibilidades se reducen si, durante el resto de mi vida, sigo ganando lo mismo que ahora. Y el futuro de George tampoco sería posible.

—Sí —le digo, mientras recorro el borde de una baldosa con el dedo del pie—. Quiero que la vendamos.

—¿Y qué harás después? —me pregunta.

—Aún existe la posibilidad de irme de viaje con Amy. Probablemente me matricule en la uni el año que viene.

—Está decidido entonces —dice tristemente—. Pondré la maquinaria en marcha.

Voy al piso de abajo y empiezo a distanciarme de la librería. No miro a la Biblioteca de Cartas al pasar. No le echo un vistazo al *Prufrock* en busca de los pensamientos de desconocidos. No echo la vista atrás, al jardín de lectura.

Camino directamente hasta el mostrador delantero, donde George le está echando la bronca al nuevo:

—Si no apartas tu ordenador, te lo voy a meter por el culo.

Si George sigue con esa actitud puede acarrear una demanda, así que alejo la grapadora de mi hermana porque no podemos permitirnos pagar una indemnización por un ojo grapado.

El chico nuevo, Martin, tiene la edad de George, más o menos. Parece un tío arreglado, empollón y guapo.

—Hola —me saluda, y sonrío.

Parece un chico arreglado, empollón, guapo y simpático. O tal vez solo parezca empollón al lado de George, con su ropa oscura y su pelo negro con un mechón azul. En el instituto, fuera de la órbita de mi hermana gótica, seguramente será más popular que empollón, lo que explicaría el motivo por el que no le cae bien a George.

—Soy Henry —me presento, y le tiendo la mano para estrechársela.

—Martin Gamble —responde, y George dice «Martin Charles Gamble», con el mismo tono con el que diría «es un pedazo de gilipollas».

Martin no parece enfadado, incluso parece que le hace gracia.

—Tu madre me ha contratado para ayudar a catalogar los libros. Por eso —ahora se dirige a George— necesito cargar el ordenador.

—Mi madre ya no vive aquí —responde ella—. Henry es el encargado, y está a punto de ponerte de patitas en la calle.

—Perdona —le digo a Martin—. Tengo que hablar un momento con mi hermana.

Le hago un gesto a George para que me siga afuera, pero no está de humor para charlar. Se pone a gritar antes incluso de que me dé tiempo a cerrar la puerta. Tengo un dolor de cabeza horrible, no sé si podré soportar sus alaridos mucho rato.

—Va a mi instituto. A mi clase. Salía con Stacy —me informa—. Todavía son amigos.

George no me cuenta demasiado sobre el instituto, pero sí sé lo de Stacy. Es una chica muy popular y no le gusta la gente que no pertenece a ese grupo, así que no le gusta mi hermana. George me contó una vez que a Stacy le encantaba escribir «George Jones es un bicho raro» en las puertas de los baños, en las taquillas y en las mesas. Una vez, en un campamento, se lo escribió a George en la cara.

Miro a Martin por el escaparate.

—No parece ser de los que te llaman bicho raro. Vamos a darle una oportunidad. Siete días.

Está claro que no piensa cambiar de idea, así que elijo una estrategia diferente.

—Piensa en lo mal que se lo puedes hacer pasar durante una semana siendo su jefa.

Me doy cuenta de que no se le había ocurrido y, ahora que se lo he comentado, le atrae la idea. Mira a Martin a través del escaparate y se lo piensa durante un momento.

—Vale —me dice por fin—. Pero no tiene permitido traer a sus amigos. Esta es mi casa.

—Me parece bien —le respondo, y acto seguido le cuento otro detalle que debería saber antes de volver a entrar. Se lo suelto rápidamente, no tiene sentido alargar la situación—. He votado lo mismo que mamá. Vamos a vender.

No parece muy sorprendida. George dice que se lo imaginaba después de lo de anoche. No estoy seguro de si cree que es la decisión correcta o no.

—Si no es lo que quieres, deberías votar que no.

—No —me responde—. No pasa nada. Voto lo mismo que tú.

Intento imaginarme a George viviendo en un sitio que no sea la librería, pero no puedo. Es su red de seguridad. Pasa el tiempo básicamente entre tres sitios: aquí, en Shanghai Dumplings y en clase. Y odia ir a clase, así que solo hay dos lugares que le gustan.

Pero hay tres personas a las que quiere: a mi padre, a mi madre y a mí. Se siente fatal por haber elegido quedarse en la librería en lugar de irse a vivir con mamá. Si además vota lo mismo que mi padre, estará dividiendo a la familia por la mitad. Tal como están las cosas, yo he dividido a la familia, ella solo está de acuerdo.

Volvemos a entrar y oigo como le dice a Martin que es su jefa, que no puede traer a sus amigos y que tiene que hacer lo que ella le ordene.

—Vale —le responde él con una sonrisa, y ella se sonroja, algo que casi nunca le pasa.

Después de haber solucionado los asuntos urgentes de la mañana, centro mi atención en Rachel. Tenemos que ponernos al día de un montón de cosas.

Mi padre le ha asignado la tarea de catalogar la Biblioteca de Cartas y le ha dejado a Martin el resto de los libros. Se ha montado un pequeño escritorio cerca de dicha sección con su ordenador, un cuaderno y un bote lleno de bolígrafos.

Es muy típico de Rachel. Le encanta ser organizada. Adora el material de papelería. En el instituto, tenía una cantidad infinita de pósits pequeños y fluorescentes en los que siempre andaba escribiendo, palabra por palabra, lo que decían los profesores. En clase de lengua, cuando terminaba de escribir, despegaba el pósit y lo pegaba en la página correspondiente de la novela, como si así resolviera el misterio de por qué el autor había incluido una palabra o frase.

Encontré una de esas notas más o menos un mes después de que se marchara. Cayó de una de sus novelas mientras estaba en la tienda, y decía: «Esta frase resume el significado de todo». Sin ir acompañada del libro, la nota sonaba seductora y totalmente inútil.

—Y bien, ¿cómo te fue el último año de bachillerato? —le pregunto para romper el hielo.

—Bien —me responde sin dejar de colocar por orden alfabético los libros de la Biblioteca de Cartas.

—¿Te han cogido en la Facultad de Ciencias? —le pregunto, y me responde asintiendo con la cabeza mientras sigue ordenando los libros—. ¿En la Universidad de Melbourne?

Vuelve a asentir.

—¿Y Cal? ¿Cómo está?

—Henry, tengo que trabajar —me corta—. Catalogar la biblioteca es un currazo, y tu padre quiere que terminemos en un mes, cosa imposible aunque trabajara día y noche.

—Te ayudaré. Lo podemos hacer juntos.

—No me hace falta tu ayuda, Henry —me dice con voz seca.

—¿Estamos discutiendo? —le pregunto—. Tengo la sensación de que nos estamos peleando.

—No nos estamos peleando. Tengo que concentrarme, nada más. Prefiero hacerlo sola.

Me preocupa haberla besado de verdad y que se haya enfadado, así que decido agarrar el toro por los cuernos y se lo pregunto.

—¿Nos besamos anoche?

—Sí, claro, Henry —me responde, y coge un ejemplar de *Un beso en París* para colocarlo en el orden correcto—. Y después fui al baño y me bebí el agua de la taza.

—Habría valido con que me contestases que no, ¿eh? —le digo, y vuelvo al mostrador con la seguridad de que debió de pasar algo que nos ha devuelto, por alguna razón, al mismo punto en el que estábamos antes de ayer.

—Te encontró tirado junto a la papelería de las compresas —me cuenta George cuando lo comentamos antes de comer.

—Vale, eso es motivo de vergüenza, pero no de enfado. —Me apoyo sobre el mostrador y la observo—. ¿Hace tres años, cuando se marchó, encontraste una carta suya dirigida a mí?

—Si la hubiera encontrado, lo sabrías —me responde—. Disculpa, tengo que ir a hacerle la vida completamente imposible a Martin.

Mientras ella está ocupada con eso, yo atiendo a clientes y observo a Rachel. Atiendo y observo, atiendo y observo, intentando encontrar las piezas perdidas del puzle de la noche de ayer. Recuerdo que me dijo que éramos amigos. Recuerdo que me pidió perdón por no haberme escrito. No recuerdo que nos peleáramos. Recuerdo que hicimos las paces.

Lola aparece sobre la una y le pregunto qué recuerda de anoche.

—Te vi bebiendo —me dice—. Te vi acercarte a hablar con Amy, y que Rachel te ayudó a levantarte del suelo. Te vi arrastrarte por el suelo hacia el baño de las chicas. —Coge un caramelo de menta del bol y le da vueltas en la boca durante un rato—. No deberías beber —me reprende con la boca llena.

—Eso ha quedado dolorosamente claro.

—Bueno —comenta, cambiando de tema—, tengo noticias. Muy malas.

—¿Amy le ha pedido a Greg que se vaya de viaje con él?

—No te lo tomes a mal, pero a veces, cuando hablas de Amy, sueñas como un capullo egoísta.

La verdad es que tiene razón. Lola lleva mucho tiempo escuchándome rajarse de Amy.

—Soy todo oídos. Cuéntame tus problemas.

—The Hollows se separan —me revela, y es una noticia igual de mierdosa que la ruptura con Amy—. Hiroko me lo dijo anoche, después del concierto. Se marcha a Nueva York a estudiar percusión. Ni siquiera me había contado que hubiese considerado solicitar plaza. Cuatro años trabajando para nada. —Me tira el caramelo a la cabeza, rebota y aterriza en la mesa de novedades—. Lo siento. Pero, si te consuela, me siento mejor.

—Me alegro de poder ayudarte.

—Justo acababa de conseguirnos un bolo en Hush. Un bolo frecuente y pagado que ahora me toca cancelar.

—Podrías buscar una sustituta.

—No hay sustituta para Hiroko —me dice—. Se marcha, así que es el fin de The Hollows. El último bolo será en San Valentín. Y se acabó.

Tira otro caramelo y yo hago lo posible por que me golpee, porque no se me ocurre ninguna otra manera de alegrarla. The Hollows ha sido el amor de Lola, su obsesión, desde que ella e Hiroko se conocieron en la cola para comprar entradas para Warpaint hace cuatro años. Soñaron con el grupo desde esa misma noche, y en ese momento, con el frío, ignorando las llamadas de sus padres, escribieron la primera canción.

—¿En qué universidad han admitido a Hiroko? —le pregunto, y Lola se come otro caramelo y me hace un gesto para indicarme que no tiene ganas de hablar del tema.

Entran algunos clientes y los ayudo a encontrar la zona de novela policíaca; cuando vuelvo, Lola está mirando la Biblioteca de Cartas.

—Tienes razón, Rachel parece cabreada —me dice, y se acerca a investigar de mi parte.

Hablan. Oigo risas. Rachel niega con la cabeza sin parar de colocar los libros en orden. Lola la observa y hablan durante un rato más. Por fin vuelve.

—No está enfadada —me tranquiliza—. Lo arreglasteis todo anoche. Sí que la besaste, pero no le importó. Lo que pasa es que la hiciste echar de menos a su exnovio, Joel.

Intento parecer contento al escuchar las noticias, porque lo estoy. Si no pudiera alegrarme, daría a entender que me importa más mi propio ego que mi mejor amiga. Y no soy así.

—Debió de ser un buen beso, entonces. Si la hizo echar de menos a su novio... —fanfarroneo.

—U horrible —añade Lola—. Pero no lo puedo confirmar ni desmentir porque no se comentó la calidad del beso. —Escribe una dirección en un trozo de papel—. Justin Kent organiza una fiesta este viernes. Hiroko y yo vamos a tocar, será nuestro antepenúltimo concierto. Invita a Rachel. Le hace falta animarse.

«Qué fácil es decirlo», pienso, y vuelvo a mi puesto de observación.

Cuando llega el viernes de la fiesta, me siento superconfuso.

Durante la semana, he intentado ser amable con Rachel, esperando que vuelva a ser como antes. Pero, cada día, se ha ido directa a la Biblioteca de Cartas. No para a descansar hasta la hora de comer, cuando desaparece durante media hora. No va a la cafetería de Frank. Lo sé porque la he buscado allí.

Todo el mundo se ha esforzado por ser amable con ella, nos hemos interesado por su madre, por Cal, por el mar, por el último año de bachillerato, pero siempre nos corta diciendo que tiene mucho trabajo.

Le traigo café. Le leo artículos científicos interesantes mientras cataloga. No le digo ni una vez lo harto que estoy de escucharla quejarse de la Biblioteca de Cartas. Me pasa una cosa extraña: echo de menos a Rachel mientras está sentada a mi lado.

—Creo que lo está pasando mal por su exnovio —les digo a Martin y a George el viernes por la tarde—. Pero eso va a cambiar esta noche. Vamos a ir a la fiesta de Justin Kent. Y cuando digo vamos me refiero a todos —continúo, señalando a George y a Martin—. Es una fiesta de trabajo.

—¿Me vas a pagar? —pregunta George.

—No.

—Pues entonces paso.

Martin se ríe.

—Se te ha acabado el descanso —le dice—. Vuelve al tajo.

Esta semana, Martin ha tenido problemas con las mujeres. Si tiene suerte, George no le habla. Si no, no para de darle órdenes y de controlar el tiempo de sus descansos.

—No pagamos lo suficiente para controlar lo que duran los descansos —le recuerdo el miércoles, y ella me recalca que Martin está en período de prueba y que ella es su jefa, así que no debería meterme.

Lo más extraño es que Martin parece disfrutar de sus interacciones con George. Todo lo que hace le parece extraño o gracioso, pero, en general, agradable. Por muchos cortes que le dé, él lo sigue intentando.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunta esta tarde.

—*La metamorfosis* de Kafka —responde George sin levantar la vista.

—¿Y de qué va?

—Un tío se transforma en un insecto gigante y al final muere.

—No parece que sea un libro muy alegre —comenta Martin.

—La vida no es alegre que digamos —responde George.

—¿Cómo has tenido tiempo de leer tantos libros? —le pregunta, y consigue que marque la página con el pulgar y despegue los ojos de Kafka.

—En el instituto todo el mundo cree que soy un bicho raro. Eso deja mucho tiempo libre.

Se pone de pie y *Ray Bradbury* salta de sus piernas a las de Martin, que le rasca detrás de las orejas. *Ray* se pone a ronronear.

—Traidor —le reprocha George, y se marcha a pasar un rato a la cafetería de Frank.

—¿Crees que vendrá a la fiesta? —me pregunta Martin, y le digo que estoy seguro de que sí.

No le cuento que lo sé porque nuestra madre se ha pasado por la librería, ha visto cómo lo trata y la ha amenazado con quitarle el sueldo si no cambia de actitud.

Durante la semana, he hablado un montón con Martin, y la mayoría de las conversaciones han versado sobre George. Cuanto más hablamos, mejor me cae. Ha visto la peor cara de mi hermana y todavía le gusta.

—Es graciosa —me dijo el otro día mientras lo ayudaba a catalogar—. Graciosa. Inteligente. Original.

Son buenas razones para que te guste George. Son sus mejores cualidades.

Lo que George y él necesitan es más tiempo fuera de la librería para conocerse. Rachel y yo también. Han pasado tres años, y creo que el problema es que nos hace falta volver a conectar.

—Tenemos que conocer a nuestros nuevos yos —le digo esta tarde, cuando me acerco a recordarle lo de la fiesta.

A la antigua Rachel le encantaban las fiestas, pero la nueva reacciona casi como lo haría George.

—Esta noche me toca currar. Tengo que completar el monstruoso encargo que me ha mandado tu padre. Creo que está en plena crisis de la mediana edad. No solo quiere que ordene todos los libros alfabéticamente, y no solo pretende que registre todos los libros de la Biblioteca, también me ha pedido un registro de todo lo que hay dentro de los libros, como las cartas o las anotaciones en los márgenes.

No es la primera vez que Rachel me ha dicho algo así esta semana; hasta ahora había evitado discutir con ella, pero esta tarde mi paciencia con esta nueva versión de mi amiga se está acabando, y quiero que regrese la antigua.

—Te encanta hacer este tipo de cosas, es lo tuyo.

—¿Crees que lo mío son las tareas mortalmente aburridas e infinitas?

—Sí. Te encantaba aprenderte de memoria la tabla periódica cuando eras pequeña.

—La tabla periódica es una lista de todos los elementos que existen en el planeta. La tabla periódica tiene sentido. Esta biblioteca es el caos. Es la definición del sinsentido, Henry.

—Vale, hasta aquí hemos llegado —le digo—. Ya me he hartado. Llevas toda la semana de mal humor y creo que ha llegado el momento de decirte que a mí también me han roto el corazón y necesito divertirme. Necesito que vuelva mi mejor amiga y necesito que me acompañe esta noche a una fiesta.

Veo que está a punto de contraatacar, pero no acepto un no por respuesta.

—Puedes irte y volver a las nueve. Tendrás que llevar a George en coche porque necesito que hables con ella sobre Martin por el camino. Quiero saber qué piensa.

—Piensa que no deberías meterte en su vida, Henry —me contesta, mientras recoge sus cosas.

Se marcha sin confirmar si vendrá a la fiesta o no.

Me despido de ella con la mano a través del escaparate cuando se mete en el coche. Ella responde al saludo con una peineta.

—Todo listo —le digo a Martin antes de que se marche—. Sí. Tengo la sensación de que va a ser una gran noche.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 74 y 75

15 de enero de 2016

Querida George:

Tengo muchas ganas de ir a la fiesta esta noche. Creo que será divertido.

MARTIN

P. D.: Me gusta la idea de la Biblioteca de Cartas.

Martin:

No me vuelvas a escribir nunca en este libro.

GEORGE

Querida George:

Me alegro de recibir tu respuesta. Eres tan encantadora por escrito como en persona. ¿Por qué no puedo escribirte en este libro? No paras de hojearlo.

MARTIN

Martin:

Siempre lo miro porque le escribo a otra persona en este libro. Es nuestro libro. No es tuyo.

GEORGE

Querida George:

¿Puedo escribirte en otro libro? Trabajamos juntos. Me gustaría que fuéramos amigos. Por favor. Los días se hacen muy largos catalogando todo el rato. Tengo que escribir los nombres de TODOS LOS LIBROS que hay aquí. No sé qué crees que he hecho (¿qué te he hecho?), pero no puede ser tan malo como para desearme que haga este trabajo sin parar y sin descanso.

MARTIN

Martin:

Eres amigo de una chica que me llama bicho raro.

GEORGE

Querida George:

Yo nunca te he llamado bicho raro. No creo que lo seas. De hecho, llevo intentando hacerme amigo tuyo desde que llegaste al instituto. Tú eres quien me ignora o me insulta bastante a menudo. ¿Tienes pruebas de que sea mal tío?

Desde que te conozco, siempre le he dicho a Stacy que eres una persona interesante. Creo que me estás tratando igual que ella a ti. Me parece que, por lo menos, deberías darme una oportunidad como amigo, además de como empleado. Es verano. ¿Crees que podemos olvidarnos de cómo somos en el instituto? Tal vez podríamos firmar una tregua.

MARTIN

Martin:

Vale. Parece que estás a punto de echarte a llorar, así que puedes escribirme. Pero NO en este libro. Escíbeme en La costa maldita, de Peter Temple. Te he visto leyéndolo, y hay un ejemplar en la Biblioteca de Cartas. Deja tus cartas entre las páginas ocho y nueve.

GEORGE

Querida George:

Estoy superemocionado por tu oferta de amistad. Gracias. De verdad. Es demasiado. Tengo muchas ganas de leer nuestra correspondencia futura.

MARTIN

Rachel

Salgo de Howling Books y me aseguro de que Henry vea la peineta. Repito el gesto y toco la bocina para que Martin sepa que estoy lista.

No me hace gracia tener que llevarlo a casa en coche, pero, en mi primer día, Sophia se ofreció a llenarme el depósito si lo acercaba porque tiene que estar allí a las seis para poder cuidar de su hermana hasta que sus madres salgan de trabajar. Eso significa que tenemos que marcharnos a las cinco, una ventaja añadida para mí.

Tengo ganas de marcharme de Howling Books desde el momento en que entro por la puerta y empiezo a catalogar las ideas aleatorias y aburridas de cada persona que ha pasado las páginas de un libro. «No me importa, no me importa, no me importa», son las palabras que no dejo de repetir en mi cabeza cada minuto de cada día, como una lluvia interior constante. No. Me. Importa.

Hay quinientos libros en la Biblioteca de Cartas, quizá más. Quinientos es mi cálculo aproximado. Diez baldas, unos cincuenta libros en cada una, tal vez sesenta. Hay marcas y notas en casi cada página de cada libro: algunos solo son fragmentos subrayados; otros llevan anotaciones en los márgenes. La mayoría de los libros tienen un escrito o una carta en su interior y, no sé por qué, Michael quiere un inventario de todas y cada una.

—Primero, quiero que los ordenes alfabéticamente —me pidió Michael el lunes—. Quiero que apuntes los datos: título, autor, editorial, fecha de publicación. Después, me hace falta un registro de todas las cartas que hay en los libros, del contenido de las mismas, y un registro de las anotaciones principales en los márgenes. Si es posible, también me gustaría que registrases las principales palabras y citas subrayadas.

—Es una broma, ¿verdad?

Miré a mi alrededor, pero Henry estaba ocupado atendiendo a clientes, y George dándole órdenes a Martin.

—Es una novatada, ¿no?

—No es broma, no —me respondió Michael, repasando los libros con la mirada—. Es un trabajo largo, y no es exactamente para lo que te contrató Sophia, pero esto es lo que quiero que catalogues. Martin puede encargarse del resto de la librería, pero esto es importante.

Conozco al padre de Henry de toda la vida, así que sentí que tenía que ser sincera con él.

—Es una locura, Michael. Es una auténtica locura. Por no decir que es imposible.

—No es imposible —me respondió con calma, antes de dar un trago de su taza de Howling Books, la que tiene una foto de un libro aullándole a la luna. Parece fuera de lugar junto a los labios de un hombre vestido con una rebeca azul y zapatillas de andar por casa.

—No, imposible no es, pero se necesitaría al menos un año, y vais a vender la librería pronto. No me dará tiempo —le dije, intentando sonar razonable.

—Como mucho, tenemos seis meses —comentó—. Probablemente menos, así que te pagaré las horas extras.

—Pero yo no quiero trabajar horas extras —me quejé, pero ya se alejaba de mí.

Me dejó ahí plantada, sintiéndome como en clase después del entierro, cuando todo lo que me preguntaban los profesores me parecía estúpido y abrumador, cuando lo único que quería era dormir.

Martin por fin se sube al coche y se abrocha el cinturón sin decir una palabra. La primera vez que lo llevé, le dije que me acababa de sacar el carné y que no se lo tomara como algo personal, pero que necesitaba silencio absoluto para conducir.

—La radio no me molesta, solo las voces charlando en el coche.

Instauré la prohibición porque es más fácil que responder a sus preguntas sobre Cal. Llevo toda la semana evitando temas como la playa, el bachillerato, Cal, mi madre, la universidad. Resulta que hasta Martin conocía a mi hermano porque fueron a clase juntos.

No tenía pensado continuar con la mentira que empecé en el Laundry el viernes pasado, pero cuando Amy apareció en la librería el sábado por la mañana, me preguntó en qué carrera me habían aceptado y no pensaba confesarle que había suspendido. George me oyó decirle que me iba a tomar un año sabático. No he conseguido retractarme del comentario.

Aunque quisiera contárselo a Henry, no he tenido oportunidad porque no para de hablar de Amy. ¿Qué es peor que tener que catalogar cartas de amor inútiles que nunca llegarán a sus destinatarios porque están escondidas entre las páginas de un libro? Tener que escuchar a Henry hablar de su devoción por Amy mientras lo hago.

Me quedó bien claro desde el momento en que desperté a Henry en mi primer día de trabajo que el beso había sido un error producto de la borrachera que él apenas recordaba y que deseaba que hubiese sido un sueño.

—Tiene miedo —me dijo Lola cuando se acercó para preguntarme sobre el tema.

La mandé de vuelta con un mensaje para Henry que esperaba que le escociera.

—Lo que pasa es que me hizo acordarme de Joel, lo echo de menos.

—¿Así que Henry ya no te gusta?

—Ya no estoy loca —le respondí, y Lola dejó el tema.

Giro hacia la calle de Martin y la idea de que su hermana lo está esperando en casa me duele, como cada día. Me marchó mientras él avanza hacia la casa y me dirijo al otro lado del río, a encontrarme con Gus.

Me llamó al almacén el lunes para decirme que estaría en la ciudad el viernes por la tarde y que si me apetecía charlar podía quedar con él en St. Albert's.

—Entra por urgencias y dile a Rose que me avise al busca.

Rose insistió en que lo viera hoy. Ella fue quien me recomendó a Gus como terapeuta. Son viejos amigos de la Facultad de Medicina, y mi tía sabía que él vivía cerca de Sea Ridge.

La sala de urgencias queda a poca distancia del aparcamiento y entro antes de que me dé tiempo a pensar en lo mucho que esto me recuerda al día en que mi madre, mi abuela y yo esperábamos a recibir noticias de Cal. Nos pasamos dos horas rezando para que estuviera vivo, conscientes durante todo ese tiempo de que no lo estaba.

Tres personas están esperando en las sillas que hay en el rincón. Están cogidas de la mano, un montón de nudillos descansan sobre el regazo de la persona sentada en el medio, que se parece a mi abuela. La mujer a su derecha parece una madre. Cometo el error de mirar directamente a los ojos de la chica.

Me marchó de la sala de espera y salgo a tomar el aire. Estoy pensando en volver a meterme en el coche y largarme cuando veo que Gus se me acerca. Lleva dos cafés en una mano y me saluda con la otra.

Mira detrás de mí al cartel de URGENCIAS y pone mala cara. Cruzamos la calle hasta el parque y nos sentamos en un banco bajo un viejo arce para tomarnos el café.

—Perdona por haberte ofrecido quedar aquí —me dice, y le respondo que no pasa nada—. No lo parece —me suelta.

—Había tres mujeres en la sala de espera que se parecían a nosotras, a mi madre, a mi abuela y a mí.

—Y ¿qué aspecto tenéis? —me pregunta.

—Triste —le respondo, y le da un trago a su café antes de decirme que no parezco triste.

—Pareces más bien enfadada.

—Qué intuitivo —comento, y me dice que no sea tan marisabidilla y que le cuente qué me pasa.

—¿De dónde viene la palabra «marisabidilla»? —le pregunto para ganar tiempo—. Seguramente Henry lo sabrá. Y, si no, su padre, sin duda.

—¿Te gusta trabajar con ellos? —me pregunta Gus.

—Michael, el padre de Henry, me tiene catalogando la Biblioteca de Cartas.

Le explico lo que es y lo frustrante que resulta el trabajo.

—¿Te pagan bien? —me pregunta Gus, y asiento—. ¿Es un buen lugar para trabajar?

—Tengo flexibilidad total. Puedo tomar café o parar para descansar siempre que quiera, no me obligan a atender a ningún cliente a menos que Henry o George estén comiendo. Martin es simpático, es el chico al que han contratado para catalogar el resto de la librería.

—Si solo es la monotonía lo que te molesta, puedes ponerte auriculares y escuchar música.

—Supongo que eso ayudaría a que no me hagan tantas preguntas. No paran de interesarse por Cal. —Observo el pájaro azul que se mueve delante de nuestros pies. Me dejo hipnotizar por sus detalles—. No les he contado que está muerto.

—Quizá sea eso lo que te preocupa —aventura Gus.

—Ya no tengo paciencia para cosas inútiles. ¿Qué piensa hacer Michael con la información que estoy recopilando? Se quedará ahí, en un archivo en su ordenador que algún día borrará y mi trabajo no habrá servido para nada. Me parece una estupidez cuando hay otras cosas más importantes que hacer.

—¿Como cuáles? —me pregunta Gus—. Solo por curiosidad.

Como no le contesto, me dice que intente escribir sobre lo que me pone furiosa.

Gus me cae muy bien. Es más, lo respeto. Pero hoy tengo tantas ganas de mandarlo a la mierda que me tengo que tapar la boca para que no se me escapen las palabras.

—Cuando me necesites, llámame y organizamos otra sesión —me dice, y nos quedamos el resto del tiempo mirando el pájaro, que picotea comida que no podemos ver, escondida entre la hierba.

Aparco frente a la librería a las nueve. George me está esperando y, en cuanto ve el coche, le grita a Henry que se marcha y se sube.

—Vámonos —me dice—. Si llegamos a la fiesta antes que ellos podemos perdernos entre la gente.

No es mala idea, así que pongo el coche en marcha y George me va indicando el camino hasta casa de Justin. Lo recuerdo del instituto. Estaba un poco loco, pero era buen tío. Sus padres pasan mucho tiempo fuera, así que su casa suele estar disponible para fiestas. Se dejó crecer barba hace tres años y se niega a afeitársela. Me pregunto a quién voy a ver en la fiesta (a Amy sin duda) cuando George me da un golpecito que me saca de mi ensimismamiento y me dice que gire a la izquierda después del semáforo.

Enciende la radio y va cambiando de emisora hasta que encuentra una en la que suena un tema de David Bowie; después, se recuesta en el asiento y me pregunta:

—¿Cómo está Cal?

No puedo seguir esquivando preguntas mucho más tiempo, así que respondo que bien, pero omito que está metido en una urna que descansa sobre la repisa de la chimenea de mi madre. Me sorprende que George se acuerde de mi hermano. Iban al mismo instituto, pero imagino que no se relacionaban demasiado.

Cal era un chico alto y delgado, con una nube de pelo moreno que le hacía parecer un diente de león con gafas, unos auriculares gigantes alrededor del cuello y un libro en la mano. George tiene el pelo largo, liso y negro, con un mechón azul en la parte izquierda. Ahora se ha hecho un tatuaje en la clavícula. Es el número 44 escrito en azul claro.

Esta semana he oído que Martin se interesaba por el tatuaje.

—Cuarenta y cuatro. ¿Es el significado de la vida? —le preguntó.

—Eso sería el cuarenta y dos —le respondió ella, yo lo sé porque Cal se leyó *La guía del autoestopista galáctico*.

—Pero ¿qué hace? ¿Cómo le va? —insiste George, y yo siento que es como si estuviera describiendo a Cal y su historia si no le cuento nada, así que decido contarle lo que estaría haciendo si estuviera vivo.

—Está en una especie de intercambio. No es ningún programa oficial ni nada. Está viviendo con nuestro padre.

Es más o menos verdad. Mi padre tenía que pasar tres meses en París y el plan era que Cal se iría con él. Si no se hubiera ahogado, ahí es donde estaría.

—Tiene sentido —dice George, y su comentario me hace pensar que conocía a Cal mejor de lo que yo creía—. No lo conocía tan bien —me responde cuando le pregunto—. Fue amable conmigo una vez en el instituto. Me dio unas artemias salinas. Yo había tenido una mala semana. —No me cuenta nada más sobre el tema y se salta parte de la historia—. Me dijo que eran como viajeros en el tiempo porque pueden hibernar hasta que las condiciones mejoren. No las he puesto en agua todavía, las estoy reservando.

No sabía que a Cal le gustara George, pero así debía de ser. No le daría artemias salinas a cualquiera. La miro: ha puesto las botas sobre el salpicadero y tararea la canción de Bowie. Me imagino a Cal en el instituto, con las artemias, intentando reunir el valor para dárselas a George. Probablemente preparó un discurso.

—¿Hablasteis mucho después? —le pregunto.

—No, no mucho —me responde.

Creo que habrían hecho buena pareja; subo el volumen de la música para dejar que ahogue nuestros pensamientos tristes.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 44 y 45

15 de marzo - 15 de abril de 2014

Querida George:

¿Cómo te va el curso? He encontrado en el trastero una máquina de escribir vieja que era de mi abuelo y la estoy usando para escribirte las cartas.

La y salta un poco. Yy y y y ¿ves?

Me gusta mucho este curso. Estoy leyendo un montón, y nadando también, pero obviamente no hago las dos cosas a la vez. Me he cortado el pelo, mi hermana dice que me queda bien. Yo creo que estoy raro. Resulta que tengo unas orejas bastante grandes, nunca me había dado cuenta. Las tuyas son muy bonitas. Son tan pequeñas que no sé cómo te caben todos los piercings. Me gustaría contarlos un día. ¿Me he pasado de la raya?

PITEAS

Querido Piteas:

Puedes contarlos cuando quieras, si me dices quién eres. Te has cortado el pelo y tienes las orejas grandes, ya tengo dos pistas. Nadie en el instituto encaja con esa descripción. Eso me lleva a preguntarte una cosa que espero que no te moleste. ¿No serás Martin Gamble? No lo creo, pero últimamente lo veo por todas partes en el instituto, no para de levantar la cubierta del libro que estoy leyendo para ver cuál es y, aunque estoy segura de que no eres tú, no puedo evitar pensarlo. ¿Eres tú? Por favor, dime que no.

Es amigo de Stacy, así que es poco probable que seas tú. A menos que las cartas sean una broma, y sé que no lo son. Me he convencido a mí misma de que no eres Martin.

Cambiamos a un tema más triste. Mis padres están discutiendo un montón últimamente. Mi padre dice que no se van a divorciar mientras su ejemplar de Grandes esperanzas esté en la Biblioteca de Cartas. Es su libro. Mi padre dice que les recuerda lo mucho que se quieren, pero no estoy segura. Ahora mismo no parece que se quieran demasiado, y no me apetece recordarles que Pip y Estella no terminan juntos.

Hasta pronto.

GEORGE

Querida George:

Siento mucho lo de tus padres. Los míos están divorciados, y yo todavía echo de menos a mi padre. Estoy pensando en pasar unos meses con él en el extranjero. La situación se pone más fácil con el tiempo, ya verás. O tal vez sea solo que te acostumbras a que sea difícil.

No, no soy Martin Gamble. Pero es un chico muy simpático. Tal vez esté intentando hablar contigo, ¿no te parece?

PITEAS

Henry

George se marcha de la librería en cuanto llega Rachel y me dice que tiene muchas ganas de alejarse de Martin. No me engaña. Mientras me estaba ayudando a arreglarme el pelo para salir, le he dicho que estoy seguro de que Martin está colado por ella y no me ha pedido que me callara.

Se lo cuento a Martin de camino a la fiesta y le pregunto qué piensa él.

—¿Siempre haces lo mismo? —me pregunta.

—¿El qué?

—Emparejar a la gente.

—Me gustaría que mi hermana fuera feliz —le respondo—. Creo que es posible que puedas conseguir restaurar su fe en la vida y en el amor.

—Sin presión —comenta.

—¿Te gusta?

—Acepté el trabajo en la librería por ella —admite—. Una de mis madres podía conseguirme un empleo de administrativo en su oficina, pero entonces vi el anuncio de este puesto en Howling Books y me lancé.

—Intenta besarla esta noche.

—No creo que sea buena idea.

—Intenta tontear con ella entonces.

—Llevo todo el año haciéndolo. Le he escrito esta semana. Le he dejado una nota en la Biblioteca de Cartas —me confiesa—. No parece que le guste mucho, pero tampoco que le disguste. Creo que voy avanzando.

Llegamos a la fiesta y veo entrar a Amy.

—¿Tengo pinta de responsable?

—Eres responsable —me responde—. Llevas una librería.

—Ayudo a llevar una librería de viejo que no gana mucho dinero —lo corrijo, dejando clara la importante diferencia antes de salir del coche.

La primera persona a la que veo al entrar es Rachel. Por la manera en que me mira, está claro que tengo mejor aspecto que normalmente.

—No estoy nada mal, ¿eh?

—No sé —me responde—. No puedo verte bien porque tu ego me deslumbra.

Lola diría lo mismo. La antigua Rachel sabría que me preocupa en secreto mi aspecto y me habría ofrecido algún comentario tranquilizador. Es otra prueba más de que las cosas no van bien entre nosotros. Ya no sé cómo hablar con ella.

Martin dice que va a buscar a George y, cuando se marcha, le cuento a Rachel lo que me ha dicho en el coche.

—Me ha confesado que le gusta.

—¿Te lo ha confesado o has insistido hasta que lo ha admitido?

—Me ha proporcionado la información después de algunas preguntas persuasivas.

—George parece bastante dispuesta a pasar de él. Deja de intentar emparejarlos.

—¿Tienes pensado discutir conmigo toda la noche?

—Solo si no dejas de decir tonterías —me responde mientras entramos al salón donde está Justin. Va vestido con traje y se ha afeitado—. No me habías dicho que era su cumpleaños, dieciocho nada menos —me dice Rachel al ver los globos—. Ni que era una fiesta formal.

—No es formal del todo —le respondo al ver pasar a una chica vestida de rosa.

—Me estoy ahogando en un mar de tafetán y perfume, Henry. —Señala al frente—. Hasta Justin ha dejado ver su cara para la ocasión.

—Lola no me dijo que fuera así, pero estás muy bien con tus vaqueros viejos —le digo, y se dirige a la cocina a por agua.

Amy y Greg parecen sacados de una revista. Él va de traje, un buen traje, he de admitir. El vestido de Amy me deja sin respiración durante un segundo.

Al igual que Rachel, yo tampoco voy formal. Si las noticias no tienen que ver con música, Lola normalmente se olvida de transmitirlos. Cojo dos aguas y llevo a Rachel hasta el jardín para que podamos apartarnos de la gente de etiqueta.

The Hollows se están preparando sobre lo que parece un escenario alquilado. Nos sentamos en primera fila y observo a Lola con total atención para evitar hablar con Rachel. Después de unos cinco minutos, dice por el micrófono:

—Deja de mirarme y ponte a hablar, me estás haciendo sentir incómoda.

—¿Pasó alguna otra cosa preocupante el viernes, aparte de lo que ya me han contado? —pregunto, intentando entablar conversación.

—Muchas —responde Rachel.

—¿Como qué?

—Cantaste —me dice.

—Madre mía. ¿Qué canción?

—*I Will Always Love You*, de Whitney Houston.

—Ay, Dios. ¿Pasó algo peor que eso?

—¿Existe algo peor que eso? —me pregunta.

—Podría haber ido vestido de cuero blanco.

—No hubo cuero. Solo unos gestos muy emotivos.

Hace una pequeña imitación que parece alarmantemente exacta.

No puedo evitar notar cuánto ha cambiado Rachel. Llevo dándome cuenta toda la semana. Antes lo sabía todo, hasta la cicatriz que tiene en la parte de atrás de la rodilla, un río que discurre

hacia el sur que se hizo cuando se arañó con un clavo al poco tiempo de empezar el instituto. Ahora parece que nos estemos conociendo por primera vez.

—Es raro volver a vernos, ¿verdad?

—Supongo —me dice.

—Va, Rachel. Lo estoy intentando. Cuéntame.

—¿Que te cuente el qué? —me pregunta.

—Chicos. El instituto. Amigos. Llevas toda la semana evitando las preguntas.

—No hay mucho que contar.

Mueve la silla hacia atrás para dejar pasar a algunas personas y, como sigo mirándola fijamente y no he dejado el tema, me dice:

—Vale. Salí con un chico, Joel Winter.

—¿Es tu exnovio?

—Más o menos. Sí. No lo sé. Dejamos las cosas en el aire.

—¿Tienes una foto? —le pregunto mientras The Hollows empiezan a tocar.

Niega con la cabeza.

—¿Ninguna, en serio?

Se rinde y saca el móvil.

—Se parece a Greg Smith —le digo, y se vuelve a meter el teléfono en el bolsillo—. No lo digo en plan insulto, sino porque es guapo.

—Tío, tienes que dejar de ser tan patético —me aconseja—. Olvídate de Amy. Deja de mirarla, deja de desearla. Para ya. Si no eres capaz, al menos finge que lo estás superando, porque no va a volver contigo si no dejas de perseguirla. No es su estilo.

Soy patético, tiene razón, pero estoy seguro de que en estas circunstancias se me permite, y mis amigos deberían aceptarlo, no echarme la bronca.

—Ahora me tienes que decir lo genial que soy.

—¿Pretendes que mienta?

La Rachel que ha vuelto es una persona totalmente diferente. Es borde. Lleva toda la semana siéndolo, y no solo conmigo. Ha sido borde con mi padre, y eso está fatal. Decido dejarle las cosas claras.

—Has insultado a mi padre e ignorado a mi madre. No respondes las preguntas de George y eres borde con Martin.

—Lo llevo a casa todos los días —se defiende.

—Porque mi madre te paga la gasolina y así te puedes marchar a las cinco. Ni siquiera lo dejas hablar. —Cojo aire—. No me has escrito, está claro que no te importo una mierda, y ahora que has vuelto me llamas patético. Y no dejas de quejarte sobre catalogar la Biblioteca de Cartas; dices que mi padre está pasando por una crisis de la mediana edad, cosa que puede que sea cierta, pero que también es comprensible, ya que va a perder la librería. Mientras tanto, a mí me ha dejado

Amy y George echa de menos a mi madre. ¿Qué has perdido tú, Rachel, aparte del sentido del humor?

Me hace una peineta.

—Qué madura —le digo, y me saca otra—. Si no quieres trabajar en la librería, déjalo. Si no quieres quedarte en la fiesta, vete. Tienes coche.

—Gracias por recordármelo, Henry —me dice, me tira lo que le queda del agua en los pantalones y se marcha.

Me quedo sentado, no estoy seguro de si me siento mal por lo que le he dicho a Rachel o si me siento bien porque me he defendido, pero de lo que sí estoy seguro es de que me siento mojado por su despedida.

Más o menos una media hora después, Martin se acerca y se sienta a mi lado.

—Gran fiesta —me dice, pero lo que quiere decir de verdad es «Es el peor sitio en el que he estado en toda mi vida. Me cago en tu vida por traerme aquí». Martin es amable incluso cuando está enfadado.

—En el coche, me dijiste que debería dar un paso con George —continúa—. Que, si lo hacía, sería bien recibido.

—Pensaba que no tenías intención de besarla.

—Y así era. Pero después he cambiado de idea porque hemos estado hablando media hora o así y la estaba haciendo reír, y de vez en cuando me ponía la mano en el brazo y tal, y parecía que no le importaría que la besara.

—Pero ¿me equivoqué?

—Sí, de pleno —me dice—. No solo es que no le guste, es que está enamorada de otra persona.

—¿De quién?

—No lo sé, de alguien que sí le gusta, imagino. —Niega ligeramente con la cabeza, como si la noche no tuviera ningún sentido para él—. «Te crees que estás muy bueno», me ha dicho. Pues no, creo que soy un empollón al que le gustan los ordenadores y quiere ser abogado.

Mientras me habla, recibo un mensaje de George en el que me dice que vuelve a casa con Rachel. Saludo con la mano a Hiroko y a Lola y le digo a Martin que lo llevo a casa.

—Es posible que la fiesta no haya sido una gran idea —admito mientras caminamos hacia la puerta y salimos al jardín delantero, donde están Greg y Amy.

—No dejan de aparecer por todas partes, creo que lo hace a propósito.

—Rachel me cae mejor que Amy —dice Martin, como si importara.

—Rachel no te deja hablar en el coche —le recuerdo.

—Me deja elegir la emisora. Me deja comer. Para si tengo que comprar algo de camino a casa. Lo único que no me permite hacer es hablar.

Antes de que me dé tiempo a responder, Greg me grita:

—¿Es que no te has podido aguantar hasta ir al baño?

—No seas tonto, Greg —le dice Amy, lo que me da la esperanza de que al final se dé cuenta de que es incapaz de contenerse, porque él es así.

—Yo no me he meado encima —responde.

Debería actuar como un adulto y alejarme de Greg, pero no soy un adulto, como demuestra mi vida. Cojo la manguera que está junto a mis pies. Tiene boquilla, lo que me viene de perlas. No lo empapo entero, le apunto al mismo sitio en el que me ha mojado Rachel. Justo ahí. Siento una gran satisfacción al pensar que probablemente le haya estropeado un traje muy caro.

Mientras Greg me increpa, Martin y yo nos dirigimos hacia la furgoneta, nos subimos y nos marchamos.

La sensación de satisfacción me dura hasta el primer semáforo. Y entonces me pongo a pensar en Rachel.

Rachel

¿Que qué he perdido? ¿Que QUÉ he perdido? Todo, pedazo de imbécil. He perdido más que tú, de eso no hay duda. He perdido a Cal; he perdido a mi madre, que ya no es la misma; me he perdido a mí misma. He perdido todo un océano. Eso es el setenta y uno por ciento de la tierra, el noventa y nueve por ciento de la biosfera. He perdido el noventa y nueve por ciento de la biosfera y tú solo a Amy.

Has perdido a la chica que, si no recuerdo mal, en vez de puntos en las íes dibujaba mini autorretratos. Una tía que mira su reflejo en los espejos a todas horas, todos los días. Una chica que te ve caerte al suelo delante de ella y no te ayuda a levantarte.

Me abro paso entre la gente, con la mente puesta en el coche, en mi vía de escape, considerando seguir conduciendo y largarme de esta ciudad, dejar atrás a Henry y a Rose, cuando George me tira de la camiseta y me pide que la lleve a casa.

Finjo no darme cuenta de que está llorando. Le digo que su hermano está en el patio de atrás y que debería ir a buscarlo porque yo no voy a casa. No sé adónde me dirijo exactamente, pero ni a la librería ni al almacén.

Parece dolida y se aleja, pasa junto a un grupo de chicas radiantes.

—¿Qué llevas puesto? —le pregunta la más alta a George cuando pasa por su lado, y después se ríe.

George parece diferente, sin duda, pero mil veces mejor que ellas, con su vestido negro y sus medias doradas y su mechón azul en medio de la oscuridad de su pelo. Les dice algo, pero la superan en número, así que, cuando la llaman bicho raro, se echa a llorar. Las chicas se ríen aún más.

Reconozco a la más alta. Cal y Tim me la enseñaron una vez en su anuario.

—Stacy básicamente es la reina —me dijo Cal—. Si no le caes bien, todos te odian.

—¿Vosotros le caéis bien? —les pregunté, y Tim respondió que por suerte no tenía ni idea de que existían.

George claramente no tiene tanta suerte. Cal me odiaría si no la ayudara. Tengo la sensación imposible de que está presente, observándome. ¿Quién eres, Rachel? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

Recorro la escasa distancia que me separa del grupo y alejo a George de las chicas. Su mano es pequeña y cálida. Me aprieta como si necesitara aferrarse a alguien, así que no la suelto mientras cruzamos el césped, dejamos atrás a Amy y a Greg y a la gente que está sentada sobre el muro. No la suelto hasta que llegamos al coche.

Cuando se sube, le manda un mensaje a Henry para decirle que está conmigo y después guarda el teléfono, en silencio.

—Cuéntamelo —le pido—. Si quieres, claro.

—Estaba hablando con Martin —me dice—. Estábamos escondidos en el baño del piso de arriba para alejarnos de la gente. Joder, Henry es imbécil. No se enteró de que era una fiesta formal. Bueno, pues estoy ahí con Martin, nuestras rodillas se tocan, y me cuenta cosas graciosas que me hacen reír. Charlamos durante mucho rato, y lo pasamos genial. No suelo hablar así con nadie, al menos, no cara a cara. Y entonces, se inclina y va y me besa.

Vuelve a poner las botas sobre el salpicadero y se pega las rodillas al pecho, como abrazándose.

—Me pilló por sorpresa, así que lo aparté de un empujón. Se dio un golpe en la cabeza y se puso raro. Me dijo que pensaba que era lo que yo quería, y me dio tanta vergüenza que le dije que no se lo crea tanto, que se piensa que está muy bueno, cosa que él niega, y entonces se marchó antes de que me diera tiempo de disculparme, y ahora seguro que se siente como un idiota cuando la idiota soy yo.

—¿Por qué eres tú la idiota? —le pregunto.

—Porque también quería besarlo, pero al mismo tiempo me gusta otro. —Me mira con los ojos cubiertos de rímel corrido—. Pero el otro no es una opción. A ver, quiero que lo sea, pero no sé si lo es.

George se parece mucho a Henry cuando se pone a hablar de algo. No resulta del todo fácil seguirle el hilo.

—El chico que me gusta me escribe en la Biblioteca de Cartas —me explica—. Me deja, o al menos me dejaba, cartas entre las páginas 44 y 45 de *Orgullo y prejuicio y zombies*.

Se abre la camisa un poco para enseñarme el 44 azul.

—¿Sabes quién es? —le pregunto, pensando que el chico que lleva sobre la piel podría ser cualquiera.

—Creo que sí, estoy casi segura. Llevaba tiempo sin recoger las cartas que le dejaba en el libro, así que ya paso de seguir escribiéndole. Pero sigo esperando que me conteste.

—¿Estás segura de que no era Martin? —le pregunto, y me dice que sí.

Es una pena. Martin me cae bien y parece que le gusta George; además, él está aquí, y el chico que escribe las cartas no.

—Me paso el rato tumbada en la cama pensando en él, ¿sabes? —me dice, y la entiendo. Hace mucho tiempo que no me siento así, pero la comprendo—. ¿Qué harías tú? —me pregunta, y entonces me doy cuenta de que seguramente George no tenga muchos amigos si me consulta eso a mí—. Si fueras tú...

Recuerdo la noche en la que estaba desesperada por que Henry me dijera algo. Cómo Lola y yo nos reímos al colarnos en la librería. Si lo pienso detenidamente, no fue mi mejor idea.

—Iría a lo seguro. Esperaría a ver qué pasa.

Como no sabe nada de la carta que le escribí a Henry, simplemente le digo que antes estaba enamorada de alguien que no me correspondía. Que después conocí a Joel, que sí me quería. Le digo lo bien que te sientes cuando alguien a quien le gustas quiere pasar tiempo contigo. Tiempo de verdad.

—¿Te acostaste con él? —me pregunta, y siento que George y yo nos parecemos.

Las dos tenemos hermanos geniales, pero ninguna hermana con la que hablar de este tipo de cosas. Esta noche, George parece joven. Es joven. Se mantiene en vilo esperando mi respuesta.

—Sí —le digo—. Después de un tiempo, cuando estuve segura.

Me pregunta más detalles, así que se lo cuento. Y casi me siento como aquella primera noche que Joel y yo pasamos juntos en su habitación. Sus padres estaban fuera. Ya lo habíamos decidido. Sus manos se movían sobre mi piel y me provocaban calambres de terciopelo. El acto en sí no estuvo mal, pero fue mejorando en las siguientes ocasiones. La parte que echo de menos era la de después del sexo, cuando nos quedábamos tumbados en la calidez de nuestros cuerpos, hablando del futuro.

—Es algo importante —le digo—. Puede que la gente te diga que no, pero mienten.

Unos chicos borrachos vestidos con esmoquin hacen piruetas delante de nosotras. Unas chicas con vestidos brillantes y sin tirantes aplauden.

—Me gusta más tu vestido —le digo a George, y arranco para marcharnos.

Mi plan es llevarla a la librería y seguir conduciendo, pero cuando llegamos, miro a través del escaparate y veo a Michael hablando con Frederick y con Frieda.

Me recuerda a las noches durante secundaria en las que nos ayudaron a Henry y a mí con los deberes de lengua. La librería siempre fue un punto de encuentro para la gente a la que le gustan las palabras y las ideas y que quiere hablar de ellas. Michael cobraba por las clases, pero me dijo que yo era como su hija y se negó a aceptar mi dinero.

Henry tiene razón. Ya no tengo sentido del humor. He perdido a mis amigos de Sea Ridge por ese motivo. Intentaron permanecer a mi lado, pero los alejé, igual que a Joel.

—¿Estás bien? —me pregunta George.

—La verdad es que no —le confieso, y la sigo adentro para charlar con Michael.

Le pregunto si puedo hablar con él a solas un momento.

—Claro, Rachel —me dice, y caminamos juntos hacia la Biblioteca de Cartas.

Pone la mano sobre los libros, como si pretendiese comprobar la temperatura.

—Hay veinte años de historia en esta estantería —comenta—. Más, si contamos la historia de cada autor.

Ya sabía todas las cosas que me ha recordado Henry antes. Sophia y Michael se habían separado. Iban a vender la librería. Pero tengo la piel muy gruesa desde que Cal murió. Toda la tristeza que siento me ha dejado impermeable a la pena de los demás.

—Siento haber sido tan borde esta semana —le digo, y acepta mis disculpas sin objeciones.

—Sé que es un trabajo difícil. Por eso te he elegido a ti.

Sus palabras me lastran, pero las acepto de todas formas.

—He terminado de ordenarlos alfabéticamente —le informo—. Me ha llevado toda la semana.

Intento buscar el tono adecuado, amable, suave, pero he perdido esas octavas de mi voz y sueño dura.

—Creo que voy a tardar más de seis meses, incluso haciendo horas extras.

—Es un trabajo de demasiada envergadura —me dice, y su voz lleva las octavas que he perdido.

Claro que lo es, pero no es eso lo que intento decirle.

—Si me das una llave de la librería, podría trabajar el doble. Podría catalogar cuando no haya nadie, así no me interrumpirán los clientes.

—Gracias —me dice, y recorre los lomos de los libros con los ojos—. En realidad, es una biblioteca de personas —me explica, y me da una llave.

George y Michael se van al piso de arriba, y Frederick y Frieda vuelven a casa. Yo me quedo y sigo trabajando, intentando ver la Biblioteca de Cartas como una biblioteca de personas. En todo caso, se trataría de personas a las que Michael no conoce. Es como la caja de Cal que llevo en el coche. Son restos que no consiguen formar nada relevante.

Pero se lo he prometido. La Biblioteca de Cartas es el corazón de la librería, y la tienda es su vida, así que lo intento. También es la vida de Henry. No sé cómo piensa vivir sin ella. No paro de imaginarme a toda la familia volviendo a la tienda, igual que mi madre y yo deambulábamos por la habitación de Cal.

Llevo una hora trabajando, introduciendo los pensamientos y las notas de la gente en la base de datos, cuando saco el ejemplar de *Prufrock y otras observaciones*, de T. S. Eliot. Voy a la página 4, pero mi carta de amor no está, claro. Saco otros libros y la busco detrás. Rebusco entre las páginas de los volúmenes que había a cada lado del de Eliot, pero no encuentro nada. Mucha gente visita la Biblioteca. Es muy probable que algún desconocido cogiera la carta sin conocer su valor.

Henry me leyó la «Canción de amor de J. Alfred Prufrock» una noche durante el primer año de secundaria. Estábamos tumbados en el suelo de la librería y le dije que no me gustaba la poesía.

—No la entiendo, así que no me hace sentir nada.

—Espera —me dijo, y se puso a buscar en las estanterías.

Volvió con *Prufrock*. El poema sonaba como una canción de amor. Mientras lo escuchaba, me quedé mirando fijamente a la marca que había en el techo, la que parecía un sol con forma de lágrima. No entiendo cómo, pero esta se mezcló con las palabras.

No sabía exactamente de qué iba «Canción de amor de J. Alfred Prufrock», pero, ahí tumbada junto a Henry, con su voz tan cerca, quería revolucionar algo. Quería revolucionarnos a nosotros, despojarnos de la imagen que Henry tenía de mí, que no me viera solo como Rachel, su mejor

amiga. Me encantó el poema porque me hizo sentir que esa revolución era posible. Y porque me dijo algo sobre la vida que quería saber pero que no entendía.

—Explícamelo —le pedí.

—¿Tienes que entenderlo para que te guste? Te parece bonito y punto —me dijo, y cerró el libro—. Eso demuestra que no odias toda la poesía.

Cerró los ojos y yo cogí el libro de entre sus dedos dormidos para volver a leer el poema.

Esta noche, observo las palabras y las frases que Henry ha subrayado a lo largo de los años. También veo que otras personas han hecho lo mismo y han marcado las ideas que les gustan. Hace años, en aquel momento, no me di cuenta de las marcas. Tampoco de la portadilla, pero, hoy, leo la inscripción:

Querida E, he dejado este libro en la biblioteca porque no puedo soportar tenerlo cerca y tampoco puedo tirarlo. F

Sin tener ninguna prueba, sé que E está muerta. Sé que algunos de los versos de la canción de amor son suyos. Ha estado en la misma página que yo, en la misma página que Henry, y le han llegado las mismas palabras que a nosotros.

Dejo de estar enfadada con Henry. Me siento en el suelo y leo el poema. Lo escucho con su voz. Pienso en cosas extrañas mientras leo. En cómo este ejemplar del libro guarda el recuerdo de aquella noche con Henry, y el recuerdo de E y F, y el recuerdo de muchas otras personas, supongo.

Decido esperar a que Henry vuelva a casa. Cojo el ejemplar de *El atlas de las nubes* del expositor, dejo cinco dólares sobre el mostrador, me lo llevo al sofá de ficción y me pongo a leer.

El atlas de las nubes

DAVID MITCHELL

Nota encontrada en la portadilla

Querida Grace, en tu primer día de universidad:

«Todos los hombres (y las mujeres) desean saber», Aristóteles (y papá). Besos.

Disfruta del viaje. Es una locura y algo confuso, pero también es increíble, o eso espero.

Henry

Mientras llevo a Martin a casa, recuerdo la pelea que he tenido con Rachel, lo que me lleva a pensar en ella en general, lo que me trae a la mente un misterio más grande: qué le ha pasado y por qué ha vuelto tan enfadada conmigo y con el mundo.

—Era una persona increíble —le digo a Martin—. Machacó a todo el mundo en las competiciones de natación. Cada año ganaba el premio de ciencias y de matemáticas hasta que llegó Amy. Puedes preguntarle lo que quieras sobre ciencia, sabe la respuesta. Quiere estudiar los animales que viven en lo más profundo del océano, los que viven en oscuridad total.

—A mí me dan mal rollo los tiburones —comenta Martin.

—¿A que sí? Pues a ella no.

Me la imagino hace tres años, agachada, preparada para saltar al escuchar el pistoletazo de salida. Al entrar al agua, se convertía en una línea suave.

—Ya no sale a nadar —le digo a Martin, que solo me escucha a medias porque mira fijamente por la ventana, sin duda pensando en George.

—¿Qué? —me pregunta.

—Antes iba cada mañana —le explico—. Pero ahora nunca tiene el pelo mojado.

Asiente, pero no lo entiende. Rachel fuera del agua no es Rachel.

Cuando nos acercamos, Martin me da indicaciones para llegar a su casa, que está junto al río en una avenida bordeada de árboles. Es una casa de madera con una higuera enorme en el patio delantero. Detrás del árbol, veo a dos mujeres sentadas en el porche.

—Mis madres —me dice, y las saludo con la mano mientras él baja del coche.

Echo de menos ver a mis padres así.

Esta parte de la ciudad me recuerda a Amy por la manera como hablaba de ella. Nunca se ha acabado de acostumbrar a vivir en mi barrio, y ahora veo por qué. Me encanta donde vivo, pero las calles no tienen tanto encanto como estas.

Pienso en ella durante todo el camino de vuelta por el puente. Pienso en la posibilidad de que se dé cuenta de que Greg es un idiota y en la manera en que me tocó el brazo antes de marcharse de la librería. Pienso en que, hasta ahora, siempre ha vuelto conmigo. Y así, de camino a casa, me desvíó un momento por su calle.

No me siento en la escalera de entrada a su edificio a esperar. En cambio, le dejo una nota en el buzón:

Creo que no es lo suficientemente bueno para ti, nada más.

Me encuentro a Rachel al llegar. Está leyendo *El atlas de las nubes*, esforzándose por ver en la penumbra.

—Creía que no leías ficción —le digo al encender la luz para que pueda ver mejor.

—Tal vez esté cambiando.

El atlas de las nubes es una antología de relatos en diferentes momentos, y Rachel me pregunta si están conectados.

—¿Cómo encaja todo?

Rachel siempre hace lo mismo con la ficción: lee primero la última página y después me pide que le destripe la historia, o busca en internet el significado.

—¿Es una novela o un conjunto de historias cortas? Dime solo eso.

—No —me niego, y, en vez de discutir, marca la página con un trozo de papel.

—¿Vienes a dar un paseo conmigo? —me pregunta, y salgo con ella a la noche.

Seguimos el mismo recorrido que cuando estábamos en secundaria y hacía tanto calor que no podíamos dormir: bajamos por High Street, damos la vuelta a una manzana enorme y regresamos a la librería. Volvíamos a recorrer el mismo camino si nos apetecía seguir andando, lo que ocurría casi siempre.

—Lo siento —me dice—. Por lo de la fiesta. Me he puesto a catalogar. Voy a intentar terminarlo todo. —Me sonrío—. Perdona por lo del agua.

Le cuento lo de Greg y la manguera y se ríe.

—Debería haberme quedado. ¿Sabías que antes le daba por dislocarse cosas para impresionar a las chicas? A mí me dijo que podía dislocarse el pene.

—Pero si no tiene hueso. ¿Verdad?

—El cuerpo humano adulto tiene doscientos seis huesos y ninguno de ellos está ahí, Henry.

—Entonces ¿qué se dislocaba?

—Es un misterio que no necesito resolver —me responde, y pulsa el botón cuando nos paramos junto al semáforo—. No he sido yo misma últimamente —me dice, balanceándose sobre los talones—. Cal murió hace diez meses. Se ahogó.

La luz del semáforo cambia y cruzamos la calle.

Pienso algo estúpido, que debería estar lloviendo cuando me lo dice. Debería ser otro tipo de noche. No debería haber estrellas. Debería ser deprimente. Son las peores noticias que he oído en la vida y no consigo creérmelo.

Recuerdo la última vez que lo vi, cuando vino a buscar libros sobre el mar. Compró uno que había encontrado en una tienda benéfica: *Por el mar de Cortés*, de John Steinbeck. Yo no lo había leído. Lo compré porque me gustaron *De ratones y hombres* y *Las uvas de la ira*.

Cal me contó que el libro iba de una expedición al golfo de California que Steinbeck había

hecho con su mejor amigo, Ed Ricketts. Fueron a recoger y a observar la vida marina en la costa y, aunque nunca llegué a leer el libro y se me ha olvidado casi todo lo que me contó, se me quedó grabada la parte sobre la amistad entre un escritor y un científico. Me pareció apropiado el equilibrio entre esas dos profesiones. No sé mucho sobre Steinbeck ni sobre Ricketts, pero podía imaginarme a un científico y a un poeta recogiendo especímenes, dibujándolos, observándolos desde dos polos diferentes de la vida. Me los imaginé inspirándose mutuamente.

Me los imaginé sentados en el barco al atardecer, quemados por el sol, repasando sus pensamientos. Hablando hasta altas horas de la noche, entendiendo el mundo un poco más con la ayuda de la ciencia y de la literatura. Como si se complementasen y siempre hubieran estado destinados a ser amigos.

Me parece una tontería contarle a Rachel una conversación insignificante que mantuvimos Cal y yo cuando ella tenía un millón de historias con él que sí importaban, pero se la cuento de todas formas porque, ¿qué otra cosa nos queda?

Rachel traga, se seca los ojos y me da las gracias, como si la hubiera ayudado, aunque no me puedo imaginar cómo.

He leído sobre la muerte, obviamente, pero no se me ha muerto nadie. Ahora me siento como un imbécil por no parar de quejarme de que Amy me ha roto el corazón. Si perdiera a George, no me importaría nada más, no consigo concebir no tenerla a mi lado. No sé cómo imaginar algo así.

Rachel está llorando más y parece avergonzada.

—No estoy deprimida —me dice, como si fuera lo peor del mundo, pero después añade—: No, lo retiro. Estoy muy deprimida, Henry. Muchísimo. Estoy tan deprimida que mis amigos empezaron a evitarme. Lo dejé con Joel porque no era capaz de sentir nada. Voy a terapia. Hoy mismo he ido. Joder, Henry, hasta he suspendido el bachillerato. Todo está patas arriba.

Le ofrezco mi manga para que se seque los ojos y se suene la nariz, pero ya está usando la suya. Se ríe, sorbe los mocos e intenta limpiarse el rímel.

—¿Estoy limpia?

—Más o menos —le digo—. Estás bien. Se te ve bien. De todas formas, para que lo sepas, creo que es normal que estés deprimida. La depresión es lo razonable en estos casos, es la reacción más apropiada dada la situación.

—Ha pasado casi un año —me contesta, pero no me parece tanto tiempo. Si George muriera, la echaría de menos para siempre.

—¿Por qué no me llamaste? Habría ido. Te habría acompañado en el entierro.

Niega con la cabeza, como si ni ella misma lo entendiera.

Llegamos al final de la manzana y decidimos, sin decir una palabra, que vamos a dar otra vuelta. Rachel me cuenta un montón de cosas mientras caminamos. Su madre se ha encerrado en sí misma desde el entierro y no ha vuelto a ser la de siempre desde entonces. Me cuenta que a ella le pasó lo mismo. Que la Navidad fue horrible; prepararon una cena con los platos favoritos de Cal,

pero nadie probó bocado. Que hay una caja llena de cosas de su hermano en el maletero de su coche.

Empieza a caer una tormenta de verano. Rachel mira al cielo y después a mí.

—No se lo he contado a nadie en Gracetown. Por favor, guárdame el secreto. He vuelto para poder olvidarme del tema durante un tiempo.

Me pregunto cómo va a poder dejar atrás algo así. Y me pregunto cómo va a poder seguir viviendo si no lo hace.

Rachel

Es un alivio contárselo a Henry, soltarlo todo: la muerte de Cal, mis fracasos, cómo todo se ha ido a la mierda. Es un alivio llorar y que Henry me diga qué es lo que debo hacer y que me ofrezca su manga para sonarme.

Después, me siento agotada. Estoy casi tan cansada como los días que vinieron después de haber arrastrado a Cal fuera del agua e intentado reanimarlo sobre la arena. Me siento en un banco y le digo a Henry que no estoy segura de poder levantarme. A veces me dan ganas de correr y a veces quiero nadar, otras solo me apetece quedarme sentada en el mismo sitio para siempre porque no tengo fuerzas para vivir otro día sin mi hermano.

La historia que me contó sobre *Por el mar de Cortés* es perfecta. Me imagino a Cal junto a la caja registradora, cogiendo caramelos del bol y haciéndolos rodar de un lado a otro del mostrador mientras charlaba con Henry. Lo idolatraba. Le encantaba contarle datos científicos extraños cuando venía a casa a cenar pizza los domingos.

Empieza a llover ligeramente. Se ven chispas en el cielo húmedo.

—Tenemos que volver —dice Henry, que no es muy fan de las tormentas eléctricas.

—Igual me quedo aquí un rato —le comento—. Dejará de llover pronto.

—No —me responde, y se agacha delante de mí dándome la espalda para que pueda subirme.

Se levanta, le rodeo la cintura con las piernas y apoyo la barbilla en su cuello, como hacía de pequeña cuando echábamos carreras en la escuela.

—Mucho mejor —digo cuando empezamos a caminar.

—No me cabe duda, sobre todo cuando eres la que va a la espalda —comenta él.

—Yo te salvé la otra noche —le recuerdo—. Así que estamos en paz.

—En paz o no, no me importa llevarte durante el tiempo que necesites.

La lluvia empieza a calarnos la ropa.

—No me acuerdo de cómo iba el tema. ¿Hay que ponerse debajo de un poste en una tormenta? —me pregunta Henry, que acelera por High Street.

—Claro, y mejor aún en mitad de un charco —le digo.

—No hay que colocarse debajo de un poste —me dice.

—No hay que colocarse debajo de un poste —le confirmo.

Es agradable sentirme ligera y estar en movimiento. Cuento los segundos entre el rayo y el trueno y le digo a Henry que la tormenta aún está al menos a seis kilómetros.

—No es que no te crea, pero voy a echar a correr —me dice.

Recorremos el último tramo hasta la librería al trote y, al llegar, se inclina para que pueda abrir

la puerta con mis llaves.

Me deja en el suelo y sube al piso de arriba a buscar toallas. Mientras tanto, le envió un mensaje a Rose para decirle que me quedo a dormir en casa de Henry. No quiero volver al almacén. Prefiero tumbarme en el suelo en una cama de colchas, como las que hacía Henry cuando éramos niños, y hablar hasta que nos quedemos dormidos.

Se lo comento a Henry cuando vuelve a bajar y parece aliviado de tener algo práctico que hacer. Prepara una cama con tres colchas más otra para taparnos. Pero, como hace calor, no necesitamos abrigarnos, así que nos tumbamos sobre las cuatro; es un colchón muy cómodo.

Nos quedamos tumbados escuchando los sonidos de la tienda: los pasos de alguien en el piso de arriba que va al baño y vuelve. Miro la lluvia que cae a través del escaparate, la luz de las farolas define cada línea de agua.

—Soñé que Cal me decía que podía ver el mundo desde arriba —le cuento a Henry—. Me dijo que podía ver cómo los segundos se derramaban de la gente, como puntos diminutos y brillantes que caen de su piel, solo que nadie puede verlos.

—Un sueño precioso —comenta Henry.

—¿Sí? ¿No sería mejor si se sumaran? Cuando nacemos, ¿tenemos una cantidad establecida de segundos que vivir o un número desconocido?

—Un número desconocido —responde Henry.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé. Lo creo. —Se vuelve para mirarme—. Creo que voy sumando para algo que merece la pena.

—No quiero llorar más —le confieso—. A veces creo que he terminado, pero entonces me doy cuenta de que no. Esta noche, aún me quedaba más.

—¿Has subido a lo alto de la colina esa en Sea Ridge y has gritado hasta cansarte? —me pregunta.

—Sí.

—¿Has nadado hasta quedar agotada? —me pregunta.

Lo miro directamente porque no me importa que vea lo triste que estoy.

—Ahora odio el agua.

Le digo que soy capaz de mirar el mar, pero no puedo soportar la idea de sumergir la cabeza.

—El agua se lo llevó —le digo—. Me metí una vez y lo único que pude sentir fue el recuerdo de aquel día, el agua en mi boca, su peso. Lo arrastré hasta la orilla sabiendo que estaba muerto.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? —me pregunta.

—Distráeme —le pido, porque no puede hacer nada más.

—Sin problema. Se me da muy bien distraer.

—¿Qué plan tienes para después de vender la librería? —le pregunto.

—Hay varios. Podría ir a la universidad. Podría estudiar para ser abogado. O tal vez profesor de literatura.

—Nunca has querido ser profesor de literatura. Tu sueño siempre ha sido trabajar en la librería.

—Sería pobre, como mi padre.

—Tu padre tiene dos hijos increíbles y una librería. Puede que no sea rico, pero no es pobre.

—Mi madre lo ha dejado. Trabaja mil horas al día intentando encontrar primeras ediciones para que podamos sobrevivir. Me parece una vida muy dura. —Cambia de postura—. Con los libros no le puedes pagar a tu novia una buena cita.

Se refiere a Amy.

—¿Sabes cuál es la mejor noche que he pasado? ¿La mejor sin duda? Cuando me leíste «Canción de amor de J. Alfred Prufrock».

—Creo recordar que me dijiste que odiabas la poesía —me dice—. Dijiste algo como que la poesía era inútil. Que podrían desaparecer todos los poetas del mundo y a nadie le importaría. De hecho, que miles de personas se pondrían muy felices.

—Estás tergiversando mis palabras.

—¿Qué dijiste, entonces? No me acuerdo.

—Dije que los poemas no cambian el mundo real.

—¿El mundo real?

—No pueden salvar a la gente del cáncer o devolver a alguien a la vida. Las novelas tampoco. No tienen un uso práctico, a eso me refería. Me encantó que me leyeras el poema aquella noche, pero el mundo no cambió.

—Y, aun así, no crees que deba vender la librería.

—Mi teoría no es perfecta —admito, sintiendo que me voy dejando vencer por el sueño.

Me despierto a primera hora de la mañana, con el brazo de Henry encima de mí. Al escuchar los golpes de Lola llamando al escaparate, abro la puerta y veo que sigue vestida con la ropa de ayer. Ha venido a ver a Henry, pero se emociona al encontrarme aquí.

—Parece que hay cotilleos.

—Ninguno en absoluto —le digo cuando nos sentamos en la cafetería de Frank.

Son las siete de la mañana. Hace muchísimo tiempo que no me despertaba tan pronto. Hace fresco, pero el sol promete calentar más tarde. Pedimos café, tostadas y un zumo de naranja grande para compartir.

—¿Gran noche? —le pregunto, y señalo su ropa.

Se echa un montón de azúcar en el café y lo remueve.

—Tocamos hasta las tres. Después, Hiroko y yo fuimos a picar algo. Nos quedan dos actuaciones y se acabó.

—Deberíais grabar un CD —le digo cuando Frank nos trae la comida—. Así tendrás todo lo que has escrito y tocado, de principio a fin.

—No sé si quiero registrar el final —me dice al untar mantequilla en la tostada—. Me lo pensaré. He visto que Henry y tú estabais tumbados juntos en el suelo.

—Volvemos a ser amigos.

—Vosotros dos nunca fuisteis solo amigos —me dice—. Eráis inseparables hasta que apareció Amy.

—¿Y tú y Hiroko? —le pregunto—. Vosotras también sois inseparables.

—No somos novias —me responde—. Es la única persona con la que puedo escribir. Somos como Mick Jagger y Keith Richards, Hervey y Goodman, Sleater-Kinney. O, bueno, lo éramos. Ahora no somos nada.

Le vuelvo a sugerir que graben sus canciones. Se lame un poco de mermelada del pulgar y me dice:

—Tal vez.

Voy a casa para ducharme y cambiarme. Rose me ha dejado una nota sobre el banco de la cocina.

Te vi ayer cuando ibas hacia urgencias. Iba a acercarme, pero entonces vi a Gus. ¿Va todo bien? Llámame si necesitas que vuelva a casa.

P. D.: Ha llamado tu madre. Tienes un mensaje suyo en el contestador.

Pulso el botón y escucho a mi madre hablando sobre mi abuela y Sea Ridge y sus nuevas clases. Comenta que tiene pensado venir a la ciudad pronto. «Te echo de menos», me dice, en una voz plana y triste. Borro el mensaje y me doy una ducha.

Cuando vuelvo, Henry está detrás del mostrador. Cojo la taza de café que me ofrece y me siento con él a tomármelo. Poco después, Michael se une a nosotros, junto con Martin, George, Frederick y Frieda. Llega Sophia con cruasanes para mi segundo desayuno del día.

Le pregunto a Michael si podemos cerrar la Biblioteca de Cartas mientras la catalogamos.

—Cuesta mucho registrar los comentarios si la gente no para de coger los libros —le explico, y en ese momento me queda claro que Sophia no tiene ni idea del trabajo que me ha encargado su ex.

—¿Por qué? —le pregunta.

—Mis motivos ya no son asunto tuyo —le responde, y me da permiso.

Pego un cartel en el escaparate y me pongo a trabajar: «La Biblioteca de Cartas está cerrada. Estamos trabajando en su catalogación. Howling Books siente mucho las molestias».

Perdería toda noción del tiempo si no fuera por George y Martin, que no paran de acercarse para dejarse notas en *La costa maldita*. He decidido que la restricción de la Biblioteca de Cartas

no se aplica al personal, así que no les digo nada. Al principio, George coloca sus cartas en el libro con timidez, pero al rato la veo cabreada.

Para darle algo de intimidad, me concentro en registrar las notas que hay en *Prufrock y otras observaciones*. Tardo bastante en catalogar todo lo que la gente ha escrito y, al final, tengo que optar por ignorar las anotaciones más escuetas.

Por lo que veo, el poema que Henry me leyó aquella noche es la canción de amor de alguien que no se tiene en mucha estima. Es un hombre que se debate entre confesarle o no a una mujer lo mucho que la quiere. Las notas en los márgenes son básicamente de gente a la que le preocupa que se les esté escapando la vida. O, para citar a Henry, de gente que se siente un poco como una mierda.

—¿Por eso te gusta? —le pregunto a Henry en un descanso.

—Creo que te acabarás dando cuenta de que a la gente le gusta T. S. Eliot por otras razones, no solo porque se sienten como una mierda. Léelo. Es precioso.

—Pero, básicamente, es él pensando en sexo, ¿no?

—Creo que trata de un debate entre si correr el riesgo o no.

Henry pasa la tarde conmigo para ayudarme y seguir hablando sobre Eliot. Hay tantos comentarios en el libro que se me cansan las manos y acabo dictándoselos a Henry. Por fin, llegamos al último y él vuelve al mostrador.

Estoy demasiado cansada para empezar a catalogar otro libro. Reviso lo que he escrito hoy y le doy formato. Después, guardo la base de datos y apago el ordenador. Martin no está listo para marcharse, así que me entretengo mirando los libros.

Hay uno que tengo muchas ganas de mirar: *Sea* de Mark Laita. Me fijé en él el primer día. Es uno de los libros más bonitos que he visto en la vida y no me puedo creer que alguien haya dejado una copia en la Biblioteca de Cartas para que cualquiera pueda garabatearlo.

Lo cojo de la estantería. Las criaturas son hipnóticas, brillan en las páginas como si se fueran a escapar. Me siento en el suelo y lo examino. Me detengo cuando llego a la página del pulpo gigante del Pacífico Norte, una criatura roja espectacular cuyos ojos no puedo ver; el extremo de su cuerpo es una boca abierta en una especie de gesto maravillado ante algo oculto. Me quedo mirándola fijamente durante mucho tiempo antes de darme cuenta de que hay una pequeña flecha dibujada a mano en un margen que apunta a la criatura. Hay una palabra junto a ella, escrita en letras pequeñas, con la letra de Cal: «Este me encanta».

Antes de que me dé tiempo a pensar en otra cosa, sé que lo ha escrito Cal. Lo sé por la manera en que la cola de la «e» se levanta hacia arriba, por la forma de la flecha, como un pequeño arco tumbado bocarriba. Lo sé porque le encantaba este pulpo, porque adoraba este libro. Lo sé, aunque no tenga manera de probarlo.

No dejo de pensar en esa flecha durante el resto de la semana, en las palabras que la acompañan,

en el pequeño arco. Al llegar el domingo, decido que lo que me hace sentir no es tristeza exactamente. Es demasiado complicado para darle un nombre sencillo. Tiene algo que ver con que Cal estuviera en la librería junto con otras personas que ya no existen. Sus restos están escondidos, son pequeñas líneas en libros de una biblioteca en la que nadie puede tomar nada prestado.

La costa maldita

PETER TEMPLE

Cartas dejadas entre las páginas 8 y 9

16 - 22 de enero de 2016

Hola, Martin:

Te escribo para explicarte algunas cosas de anoche. Me equivoqué, eres buen tío. Me gustó mucho hablar contigo en el baño. Me moló que me hablaras de Rufus, que no es de ninguna raza en concreto que tú sepas. Me gusta que lo eligieras porque era el perro más extraño de la perrera y pensases que nadie más querría adoptarlo. Lo que te dije iba en serio, me encantaría conocerlo. También me gustaría conocer a tus madres y a tu hermana pequeña. Creo que serás un gran abogado de derechos humanos. Me gusta que te gusten los misterios. Me gustas tú.

Y el beso, lo que duró, estuvo bien.

Pero está el chico del que ya te he hablado. Ahora estoy segura de que ha dejado de escribirme porque se ha marchado de viaje, así que voy a esperar a que vuelva. Ojalá podamos ser amigos. Si no, el verano en la librería se nos hará muy largo.

GEORGE

Querida George:

Gracias por tu carta. Me siento como un idiota, pero tu explicación ayuda. (¿Mi beso estuvo bien? Qué alegría me das, gracias, George.) Tienes mi palabra de que no volveré a intentar besarte y, sí, podemos ser amigos. Me encantaría. También me gustaría que siguiéramos llevándonos tan bien cuando volvamos a clase. Sería un verano muy largo si no somos amigos, pero el curso lo sería aún más.

MARTIN

Querido Martin:

Gracias por tu respuesta. Es un gran alivio. Quería decir que el beso estuvo más que bien, estuvo muy bien. Bueno, no es que tenga mucha experiencia, pero creo que se te da genial. Claro que podemos seguir siendo amigos cuando empiecen las clases, pero igual te causa problemas con Stacy y su grupo.

GEORGE

Querida George:

Seremos amigos. Tienes que dejar de preocuparte por lo que piensa la gente. Es parte de tu problema.

MARTIN

Martin:

¿Tengo un problema? Y me lo dices tú, un amigo de Stacy, una chica a la que le gusta llamar bicho raro a los demás.

GEORGE

Querida George:

Lo siento. Te escribí la última carta entre prisas al final del descanso para comer. No me refería a que tuvieras un gran problema, solo a que sueles estar sola en clase, y sé de al menos una persona que ha intentado hablar contigo (¡yo!) y no fuiste demasiado simpática que digamos. Solo pretendía decir que eres genial y que tal vez el chico que te gusta te habría dicho quién era si hubieras sido un poco más amable.

MARTIN

Martin:

Vete a la mierda y no vuelvas a escribirme.

GEORGE

Querida George:

No me pienso ir a la mierda. Soy tu amigo. Los amigos no se van a la mierda. Y, por cierto, los amigos tampoco les dicen a sus amigos que se vayan a la mierda.

MARTIN

Martin:

Vete. A. La. Mierda.

GEORGE

Henry

Martin se me acerca más o menos sobre las cuatro del viernes 22. Sé que es el 22 de enero porque estoy mirando fijamente el calendario mientras Tom, el cliente que prácticamente vive en la sección sobrenatural, me intenta enseñar a pasar la página con la mente. Dejo de probar mis habilidades psíquicas cuando me doy cuenta de que Martin está más cerca de enfadarse de lo que nunca lo he visto.

—Tu hermana —me dice mientras me enseña una nota— me acaba de mandar a la mierda.

—A mí también me manda de vez en cuando. No te lo tomes a pecho.

Comparto con él la verdad que todo el mundo en mi familia reconoce: que se nos da fatal el amor, y él me responde:

—No intento quererla, solo trato de ser su amigo.

Se marcha para desahogar su frustración catalogando.

Yo mismo llevo unas semanas de mala racha con las chicas. Amy me respondió a la nota que le dejé en el buzón la semana pasada con un mensaje críptico: «Gracias. Me hacía mucha falta saberlo ahora mismo, Henry».

No me ha enviado nada más desde entonces y no dejo de preguntarme a qué se refiere con «ahora mismo».

También me he pasado las últimas semanas intentando animar a Rachel, pero no sé qué decirle. No puedo hacer nada obvio porque no puedo contarle a nadie lo de Cal. Lo único que se me ocurre es intentar hablar con ella, pero me ha dicho directamente que las palabras no cambian nada y que no quiere tocar el tema.

Ya no está borde. Ahora ha pasado a la faceta que yo llamo obsesiva. Ya se había vuelto loca con el registro antes de encontrar la nota de Cal en el ejemplar de *Sea*, pero ha ido un paso más allá. Trabaja sin descanso. Aunque no me lo ha dicho, sé que está buscando algún otro escrito de su hermano.

Frederick se acerca al mostrador para preguntarme por la búsqueda de Walcott. No tengo ninguna noticia nueva que darle, pero, ya que está aquí, le hago una pregunta hipotética.

—Si tuvieras un amigo que está deprimido por, digamos, una muerte en la familia, pero ves que no quiere compasión, ¿qué harías? Tú crees que necesita hablar del tema, pero él no quiere.

—Creo que tienes que respetar sus deseos. Si no quiere hablar del tema, no puedes obligarlo. —Mira a Rachel y después a mí—. Puedes intentar hacerla reír.

Es muy fácil decirlo, pero bastante más difícil llevarlo a cabo. Antes se reía a todas horas. He estado mirando fotos nuestras de hace unos años y en todas tiene una sonrisa en los labios. Hay

una sonrisa clavadita dibujada en la cara de Cal.

Anoche me quedé mirando una foto durante mucho tiempo. Cada vez que la dejaba, la volvía a coger. Cal y Rachel en la playa. Es del verano entre segundo y tercero de secundaria. Es un primer plano, ella le rodea los hombros con el brazo. Puedo ver todas las pecas de la piel de Rachel, también la arena que se le ha pegado después de bañarse en el mar. Cal lleva las gafas puestas y hay gotas de agua en los cristales. Es su cercanía lo que resulta tan fascinante. Estaban muy unidos.

Decido que es demasiado difícil hacerla reír y además me parece una falta de respeto, así que, en cambio, opto por escribirle una carta para contarle cómo me siento. No sé si es buena idea, pero, al menos, es la verdad.

Cuando termino, espero a que vaya al baño y me acerco rápidamente a la Biblioteca de Cartas. Quería ponerla en el *Prufrock*, pero ahora que estoy aquí he cambiado de idea. Ha dejado su ejemplar de *El atlas de las nubes* junto a su bolso, así que la meto entre las páginas 6 y 7. Coloco el libro sobre la silla para que tenga que cogerlo.

Voy a la cafetería de Frank a por un bollo de celebración y, cuando vuelvo, su ejemplar de *El atlas de las nubes* está en la estantería de la Biblioteca de Cartas, con la portada mirando hacia fuera. Espero a que se haya marchado y entonces me acerco, con la esperanza de encontrar una respuesta.

El atlas de las nubes

DAVID MITCHELL

Cartas dejadas entre las páginas 6 y 7

22 - 29 de enero de 2016

Querida Rachel:

Espero que no te importe que te escriba esta carta. Sé que has vuelto a la ciudad para olvidarte de Cal, pero todavía piensas en él, cada segundo de cada día. Es lógico.

Esto probablemente te parecerá una tontería, pero me cuesta mucho creer que haya muerto. Tal vez podría ser más consciente si hubiera ido al entierro o si hubiera visto su cadáver. Pero, en mis recuerdos, sigue vivo, así que no consigo que mi cerebro procese la información de que no voy a volver a verlo nunca.

Esto no es compasión, Rachel. O, bueno, tal vez un poco, pero sobre todo es una observación. La mayoría del tiempo te veo triste, pero a veces pareces confundida, como si tú tampoco pudieras procesar la información. Odio pensar que puede que estés olvidando y recordando, olvidando y recordando. Debe de resultar agotador.

Ojalá hubiera podido ir al entierro. Ojalá hubiera sido un buen amigo. Tienes mi número. Utilízalo si necesitas hablar o que te lleve a caballito a casa en medio de una tormenta. Utilízalo cuando quieras.

Ya sé que me has dicho que las palabras no pueden devolverte a Cal, y es cierto. Pero si quieres escribir, déjame una carta en El atlas de las nubes (hay otro ejemplar en la Biblioteca de Cartas) entre las páginas 6 y 7. Siempre te responderé.

HENRY

Querido Henry:

Gracias por la carta. Te agradezco mucho que me escribas y tu proposición de hablar. Pero, sinceramente, la gente no para de decirme que hable, y no ayuda demasiado. Por mucho que hable de mi hermano, no voy a recuperarlo.

RACHEL

Querida Rachel:

Lo entiendo, de verdad. Ya sabes dónde encontrarme si cambias de idea.

HENRY

Querida Rachel:

Vale, ya sé que te he dicho que lo entiendo, y es verdad, pero no estoy de acuerdo contigo. Estoy sentado en la librería, es de noche, todo el mundo se ha ido a casa y no dejo de pensar en qué sentido tienen las palabras. Para serte sincero, llevo dándole vueltas desde hace tres años, desde el día que me dijiste que toda la poesía era inútil, cuando despreciaste a todos los poetas.

«Te quiero, vamos a besarnos, vamos a acostarnos.» Estas palabras me han sido muy útiles a lo largo de los años. Seguramente le dijiste a Joel que lo querías, por lo que a ti también te han resultado útiles estas palabras. Sé que le has dicho a Cal que lo quieres. Las palabras tienen significado, Rachel.

HENRY

Querido Henry:

Sí, le dije a Joel que lo quería, y también a Cal, por supuesto. Todavía se lo digo, cada día, pero me refería a que las palabras resultan inútiles en lo que importa de verdad en la vida.

RACHEL

Querida Rachel:

¿Acaso el amor no ocupa un lugar importante en la vida? ¿Es que no es lo más importante?

HENRY

Querido Henry:

Ya sabes a qué me refiero. Quiero decir que las palabras no evitan nuestra muerte. No nos devuelven a los que se han ido. La muerte es la parte más importante de la vida.

RACHEL

Querida Rachel:

Creo que has entendido la idea de la vida al revés. La vida es lo más importante, la muerte no es más que una pequeña parte al final.

Creo que esta noche deberíamos salir de fiesta. Es viernes, el final de la semana. Podemos invitar a George y a Martin.

HENRY

Querido Henry:

La muerte no es algo pequeño. Si crees eso, entonces es que no la has visto de cerca. Pero, vale, saldré contigo de fiesta. Vamos a algún sitio donde nadie nos conozca (te he visto bailar). Voy a cenar con Rose. Nos vemos delante del Laundry a las nueve. Podemos ir a ver a The Hollows y después a algún otro sitio.

RACHEL

Henry

Me encuentro con Martin en la puerta de Shanghai Dumplings. Me pregunta dónde está George y le digo que no va a venir.

—Al final vamos a ser solo tú y yo.

—Pensaba que era una tradición familiar.

—Yo también —le respondo, e intento no sonar desanimado.

Martin me cae bien, pero no compensa la falta de mi familia.

Mientras esperamos a que Mai Li nos siente, recuerdo la conversación que he tenido antes con mi padre. Rachel y Martin se habían marchado, y George tampoco estaba. Me dijo que la cena se cancelaba.

—Tu madre y yo no estamos de muy buen humor —me comentó—. George ha ido a cenar con ella. Yo voy a comer con Frederick y Frieda.

Cogió algo de dinero de la caja para que pagara la cena de Martin y me lo dio junto con un libro que había comprado aquella semana.

Se trata de una edición de Penguin Classics de varios relatos de Jorge Luis Borges. En la cubierta hay mariposas amarillas con las alas de forma ligeramente cuadrada combinadas para formar un hexágono. Algunas mariposas se separan de la masa principal.

—Lee «La memoria de Shakespeare» —me sugirió mi padre, y le prometí que lo haría.

Mi padre me descubrió los relatos de Borges una noche al final de la secundaria cuando buscaba algo que leer. Había terminado *The Wrong Grave*, de Kelly Link, y me encantó lo extrañas que eran sus historias. Después, pasé a leer Karen Russell y también me encantaron sus relatos; fue entonces cuando mi padre me vio en la librería buscando algo que leer a continuación.

Me pasó un ejemplar de los relatos de Borges y me recomendó «La biblioteca de Babel». Lo leí con el diccionario a mano. Solo llegué a entenderlo a medias. Estaba lleno de referencias matemáticas y científicas que quería comentar con Rachel, pero para entonces ya se había marchado. Decidí que trataba de gente que necesita encontrar respuestas al mundo, al universo, y que se vuelve loca en el proceso.

Mai Li se acerca y le explico que esta noche solo somos dos, así que nos sienta en una mesa diminuta junto a los baños. La gente no para de darle a mi silla con la puerta. No hay sitio en la mesa ni siquiera para poner los codos. Apenas podemos abrir el menú, que miro por primera vez en mi vida porque tengo que decidir qué pedir.

No me parece apropiado hablar de libros sin mi familia presente, pero tampoco no hacerlo, así que le comento a Martin que mi padre me ha dado un libro de Borges. Se lo paso para que pueda

echarle un vistazo. Intento explicarle «La biblioteca de Babel», pero no consigo expresarlo como es debido.

—Trata de un universo en forma de biblioteca, lleno de todas las obras posibles, incluso las que no tienen sentido. Rachel podría habértelo explicado mejor.

—La conoces desde hace mucho tiempo —me dice.

—Diez años, si contamos los tres que ha pasado fuera. —Yo los cuento—. Sigue siendo mi mejor amiga.

No estoy seguro de si la palabra «amigos» refleja con exactitud lo que somos. No sé qué palabra podría definirnos. Somos nosotros. Ahora que ha vuelto, me siento más yo.

—¿Alguna vez habéis...?

—¿Con Rachel? No, nunca. La gente nos lo pregunta a todas horas, pero ella no... Yo tampoco... La única para mí es Amy.

—¿Cómo va ese tema? —me pregunta.

—No sé nada de ella desde que me mandó el mensaje —le digo.

La verdad es que no he pensado mucho en ella esta semana. No me había dado cuenta. Me he centrado en Cal. En cómo me seguía a todas partes cuando era niño, haciéndome preguntas, y después, cuando cumplió doce, creo, se convirtió en un cerebritito y la dinámica cambió. Lo echo de menos y, como lleva fuera de mi vida mucho tiempo, siento un poco como si hubiera desaparecido una parte del mundo.

—¿Se te ha muerto alguien cercano? —le pregunto.

—Mi abuela —responde Martin—. Estábamos muy unidos. La echo de menos.

Dejamos la conversación a medias para pedir y después me acerco a él y le hago la pregunta que me lleva rondando por la cabeza desde que Rachel me contó lo sucedido.

—¿Adónde van? Un momento están aquí y al siguiente no. No consigo que me entre en la cabeza.

—¿Ha muerto alguien de tu entorno? —me pregunta, y quiero hablar del tema con él.

Me encantaría escuchar una explicación de una persona tan lógica como Martin, pero le he prometido a Rachel silencio absoluto, así que no puedo.

—Mejor cambiamos de tema —y le pregunto cómo le va con George.

Me sorprende que me diga que las cosas van mejor, porque no lo parece.

—La semana pasada a estas alturas te había mandado a la mierda.

—Y yo le respondí que había decidido no hacerlo.

Una táctica interesante.

—¿Qué te dijo ella?

—Que, si no me iba a la mierda yo, me llevaría ella.

—No entiendo muy bien por qué dices que las cosas están mejor.

—He sido simpático con ella toda la semana y esta tarde hemos conseguido avanzar. Creo que volvemos a ser amigos.

Antes de que me dé tiempo a preguntarle por el avance, Mai Li viene a pasar su descanso con nosotros y el tema se centra en su último recital de poesía y en la carrera que va a empezar en la universidad y en si los *wanton* fritos están mejor que los hechos al vapor.

Es agradable charlar con Martin, así que, cuando salimos del restaurante y señala un póster que anuncia Pavement, una discoteca que no queda muy lejos, accedo a ir con él un rato. Tenemos tiempo antes de ir al Laundry y, además, Pavement no es el tipo de sitios a los que Martin debería ir solo.

Queda cerca de Shanghai Dumplings, tardamos unos diez minutos. Cuando llegamos, hay una cola de gente con pinta de enfadada a la puerta. Una vez, vi el local incluido en una lista de los sitios más violentos de Gracetown.

La fila avanza. La entrada es gratis porque nadie pagaría por venir aquí, y se nos pegan los zapatos al suelo mientras caminamos hasta el extremo opuesto de la discoteca. Hay un grupo tocando en directo que amenaza con comerse gatitos sobre el escenario y todo el mundo aplaude la sugerencia.

—Pega la espalda a la pared —le sugiero a Martin, que mira a su alrededor como si buscara a un amigo.

Observa a dos tíos pasar por delante de nosotros, uno arrastra al otro con una cadena.

—Martin, mejor no te quedes mirándolos embobado —le aconsejo.

Se acerca a mí y me grita:

—¿Cuándo va a venir George?

—¿Qué? —le pregunto también a gritos.

—George. ¿Cuándo va a venir?

—George no vendría a un sitio como este ni muerta —le respondo—. Ha ido a cenar a casa de mi madre y ahora probablemente ya habrá vuelto a la librería y estará jugando al Scrabble y tomándose un chocolate caliente.

Martin asiente.

—Ah, claro —me dice, como si algo acabara de encajarle.

Yo también lo pillo de repente.

—¿George te dijo que vendría aquí? ¿Ese ha sido el avance de la tarde?

—Llevo toda la semana invitándola a café y a los donuts que le gustan. ¿Es tan raro pensar que si los acepta volvemos a ser amigos?

—No, es muy lógico —le digo.

—Esta tarde le he preguntado si quería que fuéramos a algún sitio y me ha dicho que igual venía al Pavement.

Una cosa es que George le hubiera dado plantón en el Laundry, pero pretender que se quede esperando solo aquí es una putada.

Miro la hora y veo que son poco más de las siete.

—Ven conmigo al Laundry. Te invito a una cerveza mientras esperamos a Rachel.

Parece decepcionado por lo de George, así que me dice que prefiere volver a casa en taxi. No tengo intención de dejarlo aquí solo, así que le rodeo los hombros con el brazo y lo acompaño hasta la puerta.

Salimos de la discoteca y nos dirigimos hacia el Laundry.

—¿Cuánto tiempo tendré que cumplir condena? —me pregunta Martin—. ¿Cuánto se lo tiene que currar un tío para ser amigo de tu hermana?

Yo me empiezo a preguntar lo mismo. Sé que George ha tenido problemas en el instituto que no han sido culpa suya, pero está desaprovechando la oportunidad de tener a un amigo a su lado durante el último año de bachillerato. Me encantaría poder explicarle a Martin cómo funciona la mente de mi hermana, pero no puedo, porque ni yo mismo la entiendo.

Mientras lo pienso, veo a Amy. Está apoyada contra la pared no muy lejos de la librería. Se me acelera el corazón. Solo tiene que aparecer delante de mí para que yo vuelva a sentirme como el primer día.

—Estoy esperando a Greg —me informa.

Vuelvo a pensar en su mensaje y lo primero que quiero preguntarle es «¿Qué quisiste decir con “ahora mismo”?». Porque «ahora mismo» suena esperanzador. Pero antes de que me dé tiempo a abrir la boca, aparece Greg. Llega en coche, se baja y se coloca entre los dos.

—Deja de molestar a Amy —me increpa.

Doy un paso a un lado para poder ver a Amy y hacerle mi pregunta.

—¿Qué quisiste decir con «ahora mismo»?

—¿Es que no me has oído? —me pregunta Greg, pero lo ignoro.

—¿Estás bien? —le pregunto a Amy—. ¿Va todo bien?

—Deberías irte —me responde—. Podemos hablar después.

—Estamos hablando ahora.

—¿Es que no me has oído? —repite Greg, esta vez en voz alta con la boca pegada a mi oreja.

—No muy bien, porque no hablo el idioma de los gilipollas —le digo, me doy la vuelta y veo a cuatro chicos que conozco del instituto, todos ellos gilipollas.

—Pues tal vez tendrías que aprender a hablarlo —me dice Greg, y Amy y yo nos reímos, cosa que lo cabrea aún más.

Les dice a sus amigos que nos cojan, así que no nos queda mucho tiempo para escapar, solo lo justo para empujar al tío que ha agarrado a Martin.

—¡Corre! —le grito cuando el tipo lo suelta, pero Martin se queda donde está.

Es un gesto valiente. Estúpido, sin duda. Pero valiente.

Primero lo empujan contra el coche, lo tiran en el asiento de atrás y cierran la puerta de golpe. Después, me cogen a mí y me meten en el maletero. Lo último que veo antes de que cierren es a Amy, mirándome.

El coche se pone en marcha y siento el ritmo de la carretera. Sería un eufemismo decir que la noche no está saliendo como había planeado. Ojalá pudiese controlar el pánico, pero no es así. Resulta que soy de los que se cagan de miedo. No nos van a matar, pero seguro que nos hacen algo horrible, y me parece que es mejor no intentar imaginar qué puede ser.

Mientras estoy encerrado, intento descubrir qué ve Amy en este tío. Trato de interpretar su expresión antes de que me metieran en el maletero. ¿Está enfadada con Greg? ¿Tiene miedo? ¿Le doy pena?

Es imposible que esté ni siquiera un poco enamorada de Greg. ¿De qué podría enamorarse? Parte de mí se alegra de que me haya hecho esto porque es imposible que quiera seguir con él. El amor es ciego, pero no es imbécil.

Intento descifrar adónde vamos basándome en la velocidad del coche. Primero, avanzamos despacio, así que imagino que estamos en High Street con el tráfico de un viernes por la noche. El coche acelera durante un rato, supongo que estamos avanzando por Melton Street, lo que significa que estamos cruzando la ciudad. Despacio, rápido, despacio. Trazo un mapa mental, pero en realidad no tengo ni idea. Mi instinto me dice que nos llevan al puerto.

Pasan unos quince minutos hasta que paran. Uno de ellos abre el maletero, pero Martin se está resistiendo con todas sus fuerzas en el asiento trasero, así que vuelve a cerrar para ayudar a su amigo. Sujeto la puerta para que no se cierre del todo. Soy libre, pero no puedo escapar. No pienso dejar a Martin y, además, no tengo adónde ir. Había acertado. Estamos en la carretera que rodea el puerto.

Hay cajas de transporte a nuestra espalda y una carretera de dos carriles se extiende frente a nosotros. Hay varios almacenes a lo largo de la carretera, en el otro lado, pero nada más. No se ve ni un alma.

Tengo tiempo suficiente para enviarle mi ubicación a Rachel junto con un «¡Ayuda!» mientras espero a que vuelvan. Por respeto, cierro los ojos cuando empiezan a desnudar a Martin. Oigo cómo se resiste con todas sus fuerzas, así que tardan un rato en quitarle toda la ropa. Abro los ojos cuando le están atando a un poste con cinta adhesiva. Tienen un par de rollos, así que no escatiman en cantidad. Cuando terminan, está bien amarrado.

Después me toca a mí.

Entre todos me sacan del maletero y me tiran al suelo. Me ordenan que me desnude y me dan patadas porque no les hago caso. Admito que me rindo muy pronto.

—Si tienes tantas ganas de verme desnudo, Greg, no voy a ser yo quien te arruine la velada.

El comentario me granjea unas cuantas patadas más, y entonces se oye una sirena de fondo, paran de pegarme y dejan que siga desnudándose. Siempre he creído que no me favorece la desnudez, y normalmente resuelvo el problema no mirándome al espejo. Hoy no tengo ningún espejo en el que mirarme, pero sí he de aguantar al novio de mi exnovia grabándome para subirlo a YouTube.

—Cabrón —digo cuando lo veo coger la cinta adhesiva.

Me envuelve con ella y después sigue dándole vueltas alrededor del poste y de mi cuerpo, una y otra vez, y me doy cuenta de que algunas partes de mí no volverán a ser iguales cuando me despegue.

Cuando Greg queda satisfecho, me graba un rato más y me dice que puedo buscarme en YouTube como «gilipollas». Le sugiero que gilipollas es sin duda la persona que desnuda a otra y la deja atada a un poste. Claramente, yo soy la víctima del gilipollas.

—Joder, qué mal me caes —dice Greg.

—El sentimiento es mutuo.

Está a punto de largarse con nuestras carteras, nuestros móviles y las llaves de la librería, pero le grito que, si se los lleva, esto se convierte en un robo, no solo en una broma de mal gusto.

—¿Puedes estudiar derecho si tienes antecedentes?

Se me acerca mucho y me graba un poco más antes de tirar nuestras pertenencias al suelo y marcharse con el coche. Estoy seguro de que Greg tiene un muy buen plan de datos en el móvil, así que estaremos en internet a la vista de todos antes de que den la próxima curva.

—¿Qué tipo de persona le hace esto a otra? —le pregunto a Martin cuando nos quedamos solos.

—Es una venganza por destrozarle el traje.

—¿Te parece equivalente? Creo que esto es mucho peor. —Bajo la vista para mirarme—. Muchísimo peor.

Martin inspira hondo y suelta el aire despacio.

—Estás enfadado.

—Estoy desnudo y pegado con cinta adhesiva a un poste. Así estoy. No es culpa tuya. No estoy enfadado contigo. Te ayudé a empapararlo con la manguera. Quiero concentrarme en cómo salir de esta, nada más.

—Le he mandado nuestra ubicación a Rachel —le digo—. Solo tenemos que esperar.

Algunas personas pasan con el coche, pero no paran. No tocan la bocina, así que creo que ni nos han visto.

—Al menos no hace frío —comento.

—Eres un optimista —dice Martin un rato después.

—Me parece importante serlo, dado lo jodida que es la vida la mayoría del tiempo.

—Ya, pero no entiendo por qué George no lo es. Hay un chico que lleva tres años escribiéndole en la Biblioteca de Cartas y está bastante segura de que sabe quién es y de que le gusta, así que no entiendo por qué no ha hecho nada al respecto.

—¿Qué chico? —le pregunto, y me recuerda que es el que me comentó en la fiesta, alguien que le ha dejado cartas en *Orgullo y prejuicio* y *zombis*.

—Lleva escribiéndole tres años, y ella está casi segura de saber quién es, así que, ¿por qué no ha hecho nada?

Tres años es mucho tiempo. Es un compromiso. Es un gesto romántico. Imagino a George

sentada frente al escaparate de la librería, mostrando su visión cínica sobre el amor, cuando en realidad está enamorada de un admirador secreto.

—Es posible que ni siquiera sea quien cree que es —comenta Martin—. Puede que se trate de un psicópata.

—Todos los psicópatas están en internet —le digo.

—¿Por qué?

—Es más fácil encontrar víctimas, supongo.

—No, digo que por qué George no quiere quedar con él si tan segura está de saber quién es.

—Tiene miedo —le respondo—. Es tímida.

—No parece tímida. Parece hostil y agresiva.

—Es una tapadera —le digo, y me doy cuenta de ese detalle sobre mi hermana cuando lo digo.

—Pues es una tapadera perfecta —comenta Martin, pero creo que él también acaba de darse cuenta, porque su voz ha perdido parte del enfado.

Miro a mi alrededor en busca del Volvo de Rachel, y empiezo a cuestionarme si le ha llegado mi mensaje.

—Con un poco de suerte, puede que Amy haya llamado a la policía —dice Martin.

Quiero a Amy, con sus defectos y todo, pero sé sin lugar a dudas que no ha llamado a la policía. Sé que no ha hecho nada después de ver cómo me metían en el maletero. No ha apuntado el número de matrícula como habría hecho Rachel. No se ha subido a un taxi y ha dicho: «Siga a ese coche».

Estamos esperando a Rachel. Le he enviado un mensaje a ella. Rachel va a venir a salvarnos.

Orgullo y prejuicio

JANE AUSTEN

Notas escritas en la portadilla

¿Dónde está mi señor Darcy?

Nació en el siglo XIX, así que seguro que está muerto, ¿no crees?

Es el personaje de una novela. No puede estar muerto.

Si es el personaje de una novela, es triste que te guste.

Vete a la mierda.

No puedes escribir «vete a la mierda» en *Orgullo y prejuicio*. Es un clásico.

¿Quién eres?

¿Y tú quién eres? Quiero decir, además de una desesperada.

Tú eres el que escribe en el libro. Tú eres el que contesta. ¿Quién está desesperado?

El libro me da igual. A mí solo me importa que alguien piense que el personaje de una novela es el hombre ideal.

Yo no he dicho que sea perfecto. Tiene defectos.

¿Y buscas a alguien con defectos?

Puede ser. ¿Quién eres?

Albert Finnegan. Según mis ex, tengo un montón de defectos.

Yo soy una de tus ex, Albert. Sé perfectamente que tienes un montón de defectos.

¿Jennifer?

La única e irrepetible. No me dijiste que habías leído este libro.

He leído muchos libros. Si me hubieras dejado hablar, lo sabrías.

Martes 7 de agosto de 2010. Cafetería del instituto. A las 2.

¿Para hacer qué?

Para hablar de Orgullo y prejuicio.

Rachel

Catalogar dejó de resultarme aburrido en cuanto me puse con *Prufrock*. Incluso los versos más pequeños que no me dicen nada deben significar algo para alguien, así que lo registro todo con atención. Cuando siento la tentación de saltarme una nota, pienso en las de Cal en *Sea* y la registro.

Esta semana, he encontrado a mucha gente en la Biblioteca de Cartas. Incluso en las frases más indescifrables, leo historias. Alguien ha repasado *Los versos del capitán* de Pablo Neruda con un boli de color rosa brillante y no me di cuenta hasta que iba por la mitad de que todo lo que habían marcado eran referencias sexuales. Al menos, eso creo. Tal vez solo esté pensando eso porque tengo a Henry metido en la cabeza otra vez.

Las cartas de *El atlas de las nubes* de esta semana no son románticas. Sobre todo, tratan sobre la muerte, pero, por raro que parezca, me hacen sentir como esas frases subrayadas de rosa. Me encanta recibirlas. Tomo descansos para poder encontrar alguna carta a la vuelta. Si me levanto y no encuentro ninguna, me quedo decepcionada.

A medida que pasan las semanas, tengo más y más ganas de hablar con Henry. No sé si me gusta otra vez o si lo que busco es una distracción o si las cartas de amor que he encontrado en la librería me han llevado a la locura. He decidido que Henry es un tipo de locura.

Mientras espero a que me escriba, he empezado a buscar las cartas de amor. Ya no trabajo en orden alfabético. Salto de un libro a otro en busca de notas interesantes.

El lunes, leí varias cartas de A para B en *Bajo la misma estrella*. Al principio, no se llaman A y B. Al principio, solo son frases en una página, escritas con bolígrafos de diferentes colores. A utiliza el azul; B, el negro. Escriben uno debajo del otro: «Qué gracia» pone A cerca de una frase en particular. «Muy gracioso», responde B debajo. Al llegar a la página 50, empiezan a contarse cuáles son sus frases favoritas. En la página 100, A dice que es un chico y B responde que él también. En la página 105, está claro que se gustan. Según la última página del libro, quedaron enfrente de un bar llamado Hush el 2 de enero de 2015.

Cada noche de esta semana, he vuelto a casa pensando en A y B, en las frases subrayadas en rosa del libro de Pablo Neruda. Le doy vueltas a qué le paso a F cuando murió E. Esos pensamientos me llevan a Henry y me impiden dormir. Es como si hubiera vuelto atrás en el tiempo. Henry ocupa mi mente mientras conduzco hacia el trabajo, mientras vuelvo a casa. Me pasan cosas y tengo ganas de contárselas a él.

He vuelto a pensar en él por la noche. La única manera en que consigo conciliar el sueño es distrayéndome con *El atlas de las nubes*. Cada vez que imagino besar a Henry, leo una página.

Tiene 544 páginas. Casi me lo he terminado.

El viernes, estoy relejendo la carta en la que Henry me ha pedido que salgamos de fiesta.

—Quiero decirle que sí, pero ya he vivido todo esto —le comento a Lola, que está tumbada a mi lado en el suelo mientras catalogo, distraída en sus propios pensamientos sobre la marcha de Hiroko.

Se incorpora y estira la mano para coger la carta, pero Henry está en la librería y nos puede ver, así que niego con la cabeza.

—Entonces ¿no quieres hablar del tema? —me pregunta.

—Sí que quiero, pero finge que estamos hablando de otra cosa.

—Ese es el problema —me comenta.

—¿El nuestro?

—El de todo el mundo. Nadie dice lo que quiere de verdad.

—Yo no sé lo que quiero.

—Claro que sí; de lo contrario, no querrías hablar de ello mientras finges que estamos comentando otra cosa.

—Amy volverá con él —vaticino—. ¿No crees?

—Seguro —comenta Lola, y señala la carta con la mirada—. Pero tal vez Henry haga algo diferente esta vez.

Llevo a Martin a casa y le doy permiso para hablar durante el trayecto porque me cae bien y porque Henry y él ahora son amigos y quiero descubrir si hablan de Amy o de mí. No puedo preguntarle directamente, pero espero que se le escape algo sin querer.

Al principio, hablamos del trabajo. Martin también está encontrando cosas en los libros, pero no las mismas que yo. Él se topa con objetos que la gente se olvida por error, las historias accidentales de los demás.

De camino a casa esta tarde, hablamos sobre todo de George. Me cuenta lo que pasó después de la fiesta, que hicieron las paces y que después metió la pata al decirle que tenía un problema. Lleva toda la semana llevándole café a modo de disculpa, y hoy ha conseguido un pequeño progreso. Martin tiene la costumbre de hacer el gesto de dar un puñetazo doble al aire que me recuerda a Cal.

—Hoy me ha sonreído cuando le he dado el café; le he preguntado si le apetecía quedar esta noche y me ha dicho que sí. Vamos a salir, pero solo como amigos, claro.

—Claro —le respondo.

Se le ve tan emocionado que siento que tal vez debería decirle algo. Si fuera Cal quien estuviera a punto de salir «como amigos» con una chica que le gusta mucho, le diría que fuera con cuidado. Pero me callo. Yo tampoco estoy siendo muy cauta con mis sentimientos por Henry.

Entro al restaurante sonriendo, es un italiano que no queda muy lejos del almacén. Tengo muchas ganas de ver a Rose. Lleva toda la semana trabajando y no hemos tenido apenas ocasión de charlar. Tengo muchas ganas de ver a Henry. Me ha gustado ayudar a Martin. Casi estoy saboreando el pan de ajo y sonriendo cuando veo a mi madre sentada a la mesa con Rose.

—¡Sorpresa! Te echaba mucho de menos, así que me he cogido un día libre en el trabajo —me dice, con una falsa alegría.

Cuando le doy un beso en la mejilla, me dice que huelo bien. Me siento culpable por haber tenido la energía suficiente para ponerme el maquillaje y el perfume de Rose esta mañana.

—Se te ve feliz —me comenta mi madre.

—He tenido un buen día —respondo, y ella me sonrío y me dice que se alegra.

Me da la sensación de que no es verdad, pero me pregunto si son imaginaciones mías. Cojo el pan y se lo ofrezco, y Rose llena el silencio que se hace después diciendo que ha oído muy buenas críticas sobre el restaurante.

—Perdonadme un momento —dice mi madre en voz baja antes de salir a fumarse un cigarro.

—Está enfadada conmigo —le digo a Rose, que se sorprende.

—¿Por qué? No ha parado de hablar de ti desde que ha llegado. Pero ha cometido el error de quedar conmigo en urgencias.

La miro por la ventana. ¿Conseguiremos avanzar, dejar todo esto atrás, y ser felices? ¿Vamos a pasar el resto de la vida volviendo atrás? Mi madre ha cambiado radicalmente desde que Cal murió. Antes estaba delgada y fuerte, con los músculos torneados por el agua.

—¿No te afecta? —le pregunto a Rose—. ¿No piensas en Cal a todas horas rodeada de máquinas y de gente muriendo?

—No, no pienso en Cal en el trabajo.

—¿Te has acostumbrado a la muerte entonces? —le pregunto.

Se sirve una copa de vino.

—Supongo que la clave es que no hay dos muertes iguales. Sería terrible si así fuera.

Rose cambia de tema rápidamente y me pregunta sobre la librería. Me centro en sus preguntas para no mirar fijamente a mi madre cuando vuelve a la mesa. Les cuento que Michael quiere que catalogue la Biblioteca de Cartas antes de que vendan.

—Se venderá enseguida —dice mi madre, y Rose comenta que el edificio es estupendo, pero mi madre niega con la cabeza y dice—: No se van a quedar el edificio. Lo derribarán para construir apartamentos. Están haciendo lo mismo por todas partes. Justo detrás de tu almacén hay otra parcela.

No es culpa de mi madre que el plan pueda ser derribar la librería. Tiene razón, pero ahora no puedo dejar de pensar en que es posible que la librería desaparezca. Estoy casi segura de que a Henry no se le ha pasado por la cabeza esa idea. Habla de ella como si fuera a pasar a manos de otra persona, como si fuera a cuidarla alguien que también adore los libros.

—¿Le has contado a alguien lo de Cal? —me pregunta mi madre.

—Solo a Henry. No tengo pensado contárselo a nadie más, por si acaso alguna de las dos os encontráis con Sophia.

Esperaba que Rose me dijera que era hora de airearlo, pero me confiesa que ella tampoco es capaz de pronunciar las palabras.

—Es una tontería, pero solo se lo he contado a mi jefe. No quiero tener que pensar en eso en el trabajo.

Llega la comida y mi madre me dice que la abuela quiere saber si le he echado un vistazo a la caja de cosas de Cal que me dio antes de que me marchara.

—Aún está en el coche —le digo—. Ya lo haré.

Pienso en la familia a la que vi en la sala de espera. Se las describo a Rose y se acuerda de ellas.

—El padre de la chica tuvo un accidente de coche —nos cuenta.

—¿Y? —le pregunto.

—Está bien —responde Rose, y mi madre respira aliviada.

Me reconforta que a mi madre le importe una familia desconocida. Significa que, aunque la muerte de Cal nos haya cambiado, no ha modificado nuestra esencia. Ambas estuvimos presentes en el momento en el que mi hermano murió, y a veces me preocupa que verlo haya alterado la parte más fundamental de las dos, me preocupa que aquel día perdiéramos una pizca de nuestra humanidad y que no vayamos a recuperarla.

Hacia el final de la cena, recibo un mensaje de Henry:

¡Ayuda!

Lo acompaña una ubicación.

Me alivia tener un motivo para marcharme pronto. Y también me alegra poder decirle a mi madre que es una emergencia y que se trata de ir de fiesta con Henry.

—Se ha metido en un lío —le digo, y les doy a ella y a Rose un beso de despedida.

Llamo a Lola cuando salgo a la calle porque no pienso ir hasta el puerto yo sola. Antes de que me dé tiempo a saludarla, me dice que tenía razón.

—Tu idea es perfecta. Hemos juntado el dinero de las dos y mi abuela ha puesto algo también para que podamos alquilar el estudio de un amigo por buen precio para grabar todas nuestras canciones, de la primera a la última. Las venderemos en nuestro último bolo y tal vez después.

Coge aire rápidamente, pero no me da tiempo a hablar.

—¿Estás buscando a Henry? Lo he visto antes con Amy y Martin, cerca de la librería.

El hecho de que haya estado hablando con ella no significa nada necesariamente y, aunque así fuera, Henry no ha hecho nada malo. No es ningún secreto que sigue colado por ella. Va a vender la librería para que vuelva con él. Eso lo sé.

Aun así, pienso durante un segundo en borrar el mensaje de Henry y volver a casa, pero es mi

amigo, y los amigos se ayudan cuando tienen problemas y no puedo dejar de ayudarlo solo porque tenga un gusto terrible en cuanto a chicas.

—¿Rach, sigues ahí? —me pregunta Lola.

Le cuento a toda prisa lo que ha pasado, y el tono de su voz cambia de emocionado a preocupado. Se aparta el teléfono de la boca y habla con Hiroko.

—Dile que cancelamos el concierto en el Laundry y que vamos con ella —dice Hiroko de fondo, pero a Lola no le parece buena idea.

—Pide a George que vaya contigo —me dice Lola por teléfono—. Si no puede, vuelve a llamar y te acompañaremos.

Me dirijo hacia la librería y le mando a George un mensaje para decirle que necesito que me ayude con Henry. No es muy tarde, pero ya lleva puesto el pijama (el azul con nubes) y no se molesta en volver a cambiarse.

Me coge el teléfono, mira la ubicación que ha enviado Henry y me da indicaciones para atravesar Gracetown en dirección a la ciudad. Ni siquiera nos da por poner música, estamos demasiado tensas. Estoy preocupada por Henry, y George está más callada de lo habitual, así que imagino que siente lo mismo.

—Después del semáforo, gira a la izquierda —me indica, y de repente nos encontramos con el denso tráfico de un viernes por la noche.

Observo a un grupo de chicas que pasa por delante del coche; son de mi edad, van preparadas para salir con vestidos cortos, botas altas y la piel resplandeciente. George me suelta de sopetón que Martin le preguntó si quería ir de fiesta con él y que ella le sugirió que se encontraran en el Pavement.

—¿Dónde?

—El Pavement —me repite.

Es lo que pensaba que había dicho, pero esperaba, por el bien de Martin, no haberla oído bien.

—¿El Pavement sigue siendo igual que hace tres años?

—Es la peor discoteca de la ciudad —me dice, y después intenta defenderse—. Me dijo que tenía un problema, no me dejaba en paz.

No seré yo quien la juzgue. He pasado tres años resentida con Henry. Pero podía haberle dicho que iría al Laundry y después no presentarse, sin más.

—Henry estaba con Martin —le digo—. Fueron a cenar juntos.

—Vale —me responde, pero por la manera en la que me da indicaciones, está claro que está nerviosa.

Cruzamos el centro, pasamos por la estación principal y nos dirigimos hacia el puerto. Nos incorporamos a una larga carretera de color azul oscuro cuando George me dice que vaya más despacio.

—Está por aquí cerca.

Empezamos a preocuparnos de verdad cuando llegamos al punto indicado en el mapa, pero no

lo vemos. Paro el coche y George mira el mapa, lo aumenta deslizando con dos dedos. Cojo el teléfono y le doy la vuelta.

—Es una carretera de doble sentido —digo—. Está al otro lado.

Doy la vuelta y veo a Henry antes que ella. Brilla en la oscuridad, con los brazos hacia atrás como un Caravaggio urbano.

—Joder —suelta George al ver a Martin.

Paro el coche cerca de ellos y nos bajamos. Henry Jones desnudo no está nada mal, así que intento disimular lo mucho que disfruto de este momento.

—Hola —nos saluda.

—Hola —le contesto—. Parece que os habéis metido en un buen lío.

—Estáis desnudos —comenta George.

—¿En serio? —pregunta Henry—. No nos habíamos dado cuenta.

—¿Por qué vas en pijama? —pregunta Martin, mientras ella se acerca a su lado del poste.

—No me ha dado tiempo de cambiarme, tenía que venir corriendo a salvarte.

—Tal vez no tendrías que haber venido a salvarme si alguien no me hubiera dicho que iba a estar en el Pavement esta noche.

—Te dije que igual me pasaba por allí.

Decido que lo mejor para todos es desatar a Henry y a Martin lo antes posible. En el asiento de atrás no encuentro nada con lo que podamos cortar la cinta, así que abro el maletero. Junto a la caja de Cal hay unas tijeras y, quién sabe por qué, un cuchillo de carne.

Los cojo y me quedo mirando la caja fijamente. Mis manos tocan el cartón por instinto. Repaso el signo de interrogación con el dedo, pero no la abro. George se me acerca y cierro el maletero.

—Tú libera a Martin con las tijeras —le digo—. Yo desataré a Henry con el cuchillo de carne.

—¿Tienes buen pulso? —me pregunta Henry mientras estoy cortando.

—Bastante —lo tranquilizo—. Iré con más cuidado cerca de las zonas más sensibles.

—Es mi piel, todo es sensible.

Asiento y corto despacio.

—¿Qué te parezco desnudo? —me pregunta un momento después.

—No estás tan mal —le respondo.

—¿Significa que estoy algo bien?

—Cierra los ojos —le pide Martin a George—. Deja ya de mirarme.

—Estoy cortando cerca de unas zonas un tanto sensibles. ¿De verdad quieres que cierre los ojos?

—Me alegra que te parezca divertido. Si Rachel y tú estuvierais desnudas y Henry y yo no dejásemos de gastar bromas, sería otra historia muy distinta.

—Relájate —le pide George.

—¿Que me relaje? —repite él—. Si no querías que fuéramos amigos, podrías haberme dicho que no y ya está. ¿Tengo que suplicarte todos los días? Ni siquiera te has molestado en

disculparte.

Grita la última parte, y George no responde hasta pasado un buen rato. Al final dice en voz muy muy baja:

—Lo siento.

—¿Qué? —pregunta Martin—. No te he oído, tendrás que hablar más alto.

—Lo siento —repite George casi gritando.

—Acepto tus disculpas —dice Martin.

—Cuidado con mis partes íntimas, por favor —me pide Henry y, de repente, la situación me parece de lo más graciosa.

Hace diez meses que nada me hace gracia. Normalmente finjo reírme e intento hacer bromas.

—No te rías mientras estás cortando —me suplica, lo que hace que me ría aún más—. Estás temblando —comenta, y George también se echa a reír, y después Martin, y Henry dice—: Me alegro de que mi culo al aire os haga tanta gracia a todos.

Pero entonces él también suelta una carcajada y se alegra de que todo el mundo esté feliz, porque Henry es así.

Nos subimos al coche y Henry y yo escuchamos que Martin le cuenta lo ocurrido a George, quien lo interrumpe cada cinco segundos más o menos para repetir que lo siente. Llega a la parte en la que Henry habla con Amy, cuando aparece Greg, y lo observo; va en el asiento del copiloto.

Henry mira fijamente por la ventana, se ha puesto un jersey viejo que siempre llevo en el coche encima de las piernas.

—Venga, suéltalo.

Me muero de ganas de decirlo. ¿Cómo es posible que Amy no haya llamado a la policía cuando el imbécil de su novio ha metido a la fuerza a dos chicos en su coche y se ha largado? ¿Qué tipo de persona se queda mirando fijamente el maletero sin hacer nada?

—No es asunto mío, Henry —le digo, porque no tiene sentido hacerle sentirse peor todavía.

No tengo ganas de conducir hasta la otra punta de la ciudad, así que Henry y George convencen a Martin de que pase la noche en la librería.

—Puedes usar mi cama —comenta Henry—. Yo dormiré en la tienda con Rachel.

Martin y Henry se visten, y después nos sentamos todos detrás del mostrador para ver su vídeo en YouTube.

—La verdad es que no se ve mucho —comenta Martin.

—A ti —dice Henry—. Pedazo de primer plano que me ha hecho a mí. —Poco después, deja su teléfono sobre el mostrador—. Vale, nos van a ver desnudos, ¿y qué?

—Cuando vuelva a clase, me espera una buena ración de ridículo —se queja Martin.

—Yo estaré contigo —se ofrece George, y él la mira con una expresión que sugiere que su oferta es un gran premio de consolación.

Los dos suben al piso de arriba, y Henry yo nos tumbamos sobre las colchas delante de la Biblioteca de Cartas. Apaga la luz y solo quedan nuestras voces en la oscuridad.

—Me dejó tirado —dice un rato después—. No llamó ni a mis padres ni a la policía. — Levanta su teléfono—. Ni siquiera me ha mandado un mensaje.

—En su defensa, imagino que es un mensaje difícil de redactar.

—A veces, antes de que empezáramos a salir de verdad —comenta—, me preocupaba que otros chicos besaran mejor que yo. Creía que por eso Amy y yo no éramos pareja oficial.

—Como chica que te ha besado, puedo confirmarte que no tienes nada de qué preocuparte.

—Siento no acordarme de más detalles de esa noche. ¿Beso mejor que Joel?

—Besas diferente.

—¿Te acostaste con él?

—Es una pregunta demasiado personal. ¿Te acostaste con Amy?

—Tienes razón. Es una pregunta personal —me responde.

—Quizá deberíamos cambiar de tema.

—Nuestra relación ha cambiado —comenta, pero no dice qué es diferente, y no estoy segura de si se refiere a Amy y él o a él y a mí—. Cuéntame qué cosas buenas te han pasado en los últimos tres años —me pide—. Solo me has hablado de las malas.

No he pensado en las cosas buenas desde hace tiempo, pero ocurrieron muchas antes de la muerte de Cal.

—Gané el premio de ciencias y el de matemáticas. Nadaba dos kilómetros casi cada día con mi madre. Mi padre vino a visitarnos y nos llevó a Cal y a mí a hacer windsurf. Fui capitana del equipo deportivo en primero de bachillerato. ¿Y tú qué?

—Gané el premio de lengua y literatura en primero de bachillerato. Segundo se me dio bastante bien. Fui al baile de final de curso con Amy. Lola e Hiroko me escribieron una canción. Gané un concurso de relatos.

—Buena lista —le digo.

—¿Podemos intentar salir de fiesta otra vez? —me pregunta.

—Sí —le respondo de nuevo.

Se queda dormido y yo sigo despierta, disfrutando de estar junto a él.

La costa maldita

PETER TEMPLE

Cartas dejadas entre las páginas 8 y 9

1 - 5 de febrero de 2016

Querida George:

Te agradezco mucho todas las disculpas, pero, en serio, no hace falta que sigas. Seguramente todo el mundo me haya visto desnudo, pero el que más sale en el vídeo es Henry.

Si de verdad quieres compensarme, podrías hablarme sobre el chico de las cartas. ¿Quién crees que es?

MARTIN

Querido Martin:

Ya sé que me has dicho que pare, pero tengo que decírtelo una última vez: lo siento. Para compensarte, vale, te voy a decir quién creo que es: Cal Sweetie.

No estoy del todo segura, pero antes de que llegara su primera carta, pasaba mucho tiempo en la librería y no venía solo a hablar con Rachel. Se pasaba gran parte del tiempo rebuscando en la Biblioteca de Cartas.

Intentó hablar conmigo en clase, pero yo no le hice demasiado caso. Tienes razón. Siempre estoy a la defensiva, pero es que no encajo en el instituto. Soy la chica que lee libros de segunda mano cuando todo el mundo tiene el último modelo de smartphone. Llevo ropa del rastro. Mi padre proclama a los cuatro vientos que no se puede permitir mandarme a los campamentos.

Una cosa te quiero dejar clara: no me importa que no tengamos un duro, la librería lo vale. Pero no sirve para allanar el camino hacia la popularidad. Es más fácil ignorar a la gente que oírlos llamarme bicho raro.

Pero Cal no es así. Perdí la oportunidad de hablar con él y después se mudó a Sea Ridge. Las cartas siguieron llegando, pero entonces vi a Tim Hooper con nuestro libro en las

manos. Es el mejor amigo de Cal, eso me convenció aún más de que quien me escribía era él.

Podría haberle contado que sabía quién era, pero no estaba segura de que me gustara hasta que dejó de escribirme. Al principio, pensaba que era un poco empollón y raro, pero después empezó a parecerme mono. Es un chico dulce. Y amable. Y quiero verlo cara a cara para que podamos hablar.

GEORGE

Querida George:

Conozco un poco a Cal y es tal como lo has descrito. Espero que puedas hablar con él y que la cosa funcione.

Entiendo que pienses que lo mejor es mantenerte alejada de la gente, pero si no fueras tan solitaria, creo que tendrías un montón de amigos. Eres interesante y graciosa. Me gusta mucho tu ropa. Me gusta mucho todo de ti, George.

MARTIN

El atlas de las nubes

DAVID MITCHELL

Cartas dejadas entre las páginas 6 y 7
30 de enero de 2016

Querida Rachel:

Muchas gracias por salvarme ayer. ¿Sabías que roncas? No es un sonido desagradable, es más bien como un suave ronroneo. ¿Cuándo quieres que vayamos de fiesta?

HENRY

Querido Henry:

No hay problema, te salvaré siempre que haga falta. ¿Sabes que acaparas las mantas? Esta noche no ha hecho frío, así que te salvas, pero que no vuelva a pasar. ¿Cuándo te apetece ir?

RACHEL

Querida Rachel:

Tú te acurrucas, pero es cómodo y relajante, así que no me importa. Parece que George y Martin se vuelven a llevar bien. Si esperamos una semana, se llevarán incluso mejor y puede que hasta vengan con nosotros. ¿Quieres que salgamos el próximo sábado?

HENRY

Querido Henry:

Estoy bastante segura de que eras tú el que se arrimaba a mí. Sí, quedamos el sábado. Me parece genial.

RACHEL

Henry

Decidimos salir de fiesta el sábado y vamos a Bliss, una discoteca con un DJ que, según Lola, pincha bastante bien. Mucha gente del instituto ha empezado a ir allí, así que nos parece la opción perfecta. Rodeo con un gran círculo el sábado 6 de febrero en el calendario de la librería.

La discoteca deja entrar a menores. Si enseñas el carné en la entrada, te dan una pulsera amarilla. Sin pulsera, no hay alcohol, pero así George y Martin pueden acompañarnos. No he tenido que convencer a Rachel, le pregunté si quería venir y me dijo que sí.

Bliss se encuentra en la parte norte de la ciudad, cerca de Parliament Station, así que hemos dejado los coches en casa. El tren está lleno. Rachel y George se sientan juntas. Martin se coloca detrás de ellas. Lola y yo nos quedamos de pie en mitad del vagón.

—Te has puesto guapo esta noche —me dice Lola, y me toca el borde de la camisa—. ¿Crees que te vas a encontrar con Amy?

—No lo sé. Tal vez. No me arreglo solo para ella.

Lola pone cara de que no me cree, pero, sinceramente, ni siquiera he pensado en Amy cuando me estaba arreglando para salir. Rachel y yo nos hemos preparado en la librería, así que estaba demasiado ocupado hablando con ella.

—Amy no me ha llamado ni una vez para ver si estoy bien desde que el capullo de su novio me dejó atado a un poste. Puede que esta vez no acepte volver con ella —digo, y miro a Rachel, que se está riendo con George—. Tiene una sonrisa muy bonita, ¿verdad?

—¿Amy?

—Rachel —le respondo.

Mira por encima de mi hombro y después a mí.

—¿Estáis...?

—He dicho que tiene una sonrisa bonita, nada más. Rachel y yo solo tenemos una relación platónica.

Pero sí que es verdad que está muy guapa. Estaría mintiendo si dijera que no me había dado cuenta de lo preciosa que es. Creo que es muy razonable que un chico reconozca eso de su mejor amiga. Es guapísima, es valiente y se le da muy bien escribir cartas.

Lola mueve la mano delante de mi cara y repite lo que obviamente ya me ha dicho una vez.

—Le he pedido a Hiroko que se quede.

Es muy mala idea.

—Es una idea muy mala, horrible —le digo, pero me responde que a ella le parece genial y después empieza a explicarme los motivos.

Cuanto más avanzan en la grabación de sus canciones, más convencida está Lola de que The Hollows podrían llegar a triunfar. Tienen otra oferta de un concierto pagado.

—Ya van tres —me cuenta—. No necesita seguir estudiando si nos pagan para tocar, seremos profesionales.

—Pero ella quiere estudiar música. No puedes pedirle que no se vaya.

—Pero sí puedo plantar la idea —dice Lola cuando el tren se para y se abren las puertas.

Avanza delante de mí, acelera el paso para alcanzar a Hiroko y para alejarse de lo que le estoy diciendo.

—¡Es un buen consejo!

—¿Qué es un buen consejo? —me pregunta Rachel mientras avanzamos hacia la discoteca.

Le cuento el plan de Lola de pedirle a Hiroko que se quede y su expresión me indica que está de acuerdo conmigo.

—No es buena idea —comenta—. Es una idea horrible.

—Intenta convencer a Lola —le digo cuando llegamos a Bliss y nos ponemos en la cola.

Intento no mirarla porque es raro fijarse así en tu mejor amiga, pero no puedo evitar darme cuenta de algo que me parece increíble no haber visto durante todos estos años. Sus orejas tienen el tamaño perfecto. Su cabeza tiene la forma perfecta. Huele muy bien.

—¿Qué? —me pregunta.

—Tu cabeza —le respondo—. Tiene una forma muy bonita.

—La tuya también —me dice, y sonrío.

La música suena a todo volumen. Nos dirigimos a la pista de baile y empezamos a movernos. Martin y George se quedan sentados y nos observan, Lola está a un lado hablando con Hiroko, así que estamos solos Rachel y yo.

Me encanta bailar. Es verdad que no se me da muy bien, pero tampoco me importa. Rachel y yo nos pegamos cuando ponen *Sister Midnight* de Iggy Pop. El DJ tiene los mismos gustos que Lola, pincha todas las canciones que hemos bailado en su habitación y en el garaje de su casa.

Suena canción rápida tras canción rápida, y Rachel y yo nos movemos en círculos el uno alrededor del otro, nos decimos cosas a gritos de vez en cuando, pero las palabras no nos llegan entre tanto ruido. Cada vez que me acerco bastante a ella quiero quedarme a su lado más tiempo. De repente, me doy cuenta de que estoy dándole vueltas a cómo será el tal Joel, a si ella todavía piensa en él.

Al final, suena una canción lenta de Radiohead, Rachel y yo nos miramos un poco incómodos durante un par de segundos, pero entonces pienso que qué más da. Somos amigos. Puedo bailar pegado a ella si me da la gana.

Así resulta más fácil hablar, porque mi boca está muy cerca de su oído. Le digo que la he echado de menos y ella me pregunta qué es lo que he echado en falta exactamente.

—Para empezar, todo lo que sé sobre ciencia me lo has enseñado tú. Soy un cerebritito gracias a la información que me has dado. Pregúntame lo que quieras. Te lo demostraré.

—Nombra los nueve planetas —me pregunta.

Me observa mientras pienso.

—Parece que te está costando.

—Esta es mi cara de genio. ¿Tú no tienes una?

—Espero que no —me responde.

—Pues entonces es que no eres una genio. Vale. Nueve planetas: Mercurio, Venus, Tierra, Marte, Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno.

—Van ocho.

—Gracias a la información que me diste una vez, sé que es una pregunta trampa. Solo hay ocho planetas. Plutón es un enano.

—Impresionante —comenta—. Deberías besarme.

—Debería nombrar los planetas más a menudo. ¿Te he oído bien? —le pregunto—. ¿Quieres que te dé un beso?

Asiente y doy un paso atrás para verle la cara, la boca, las orejas, las pecas y el cuello, y me doy cuenta de que no me parece tan mal besarla. De hecho, me parece todo lo contrario.

—¿No crees que complicaría las cosas? —le pregunto, y en vez de contestar señala por encima de mi hombro.

Miro en la dirección que apunta su dedo y veo a Amy; entiendo que Rachel no me ha pedido que la bese por las razones que yo creía, y me siento decepcionado y aliviado a la vez.

—¿Quieres que vuelva contigo? —me pregunta, pero no espera a que le responda. En cambio, me rodea el cuello con los brazos—. Relájate. Solo la estamos poniendo celosa —me dice.

Y entonces me besa. Durante mucho tiempo.

Rachel

Desde que tengo memoria, llevo muriéndome de ganas de besar a Henry y me he cansado de esperar. En cuanto veo a Amy entrar en la discoteca, me doy cuenta de que esta podría ser mi única y última oportunidad.

Lleva un vestido impresionante, el pelo perfecto. No veo a Greg con ella, así que imagino que ha venido para asegurarse de que Henry sigue pegado a sus faldas. Mi otra suposición es que él le ha dicho dónde iba a estar.

No es una coincidencia que Amy haya venido, y eso significa que volverán pronto. Nuestra correspondencia terminará, o irá cada vez a menos. Las veladas en la librería se acabarán, igual que las noches de fiesta.

—¿Quieres que vuelva contigo? —le pregunto a Henry, y su cuerpo me da la respuesta.

En cuanto la ve, se vuelve de nuevo hacia mí. Me acerco más a él y parece preocupado y sorprendido, así que le pido que se tranquilice.

—Relájate. Solo la estamos poniendo celosa.

Tengo los ojos cerrados, pero parece que las luces se me han colado debajo de los párpados porque veo un espectáculo centelleante en la oscuridad y mis pensamientos dan vueltas en un caleidoscopio sin orden aparente: ¿por qué Amy no para de dejar a alguien que besa así? Cal debería haber vivido lo suficiente para besar a una chica. ¿En qué estará pensando Henry? ¿Cuándo debería parar?

Me aparto yo primero. Intento leer la expresión de su cara: ¿está confundido, preocupado, emocionado? Tal vez las tres cosas a la vez.

—¿Sigue mirándonos? —le pregunto.

—Sí —me responde, y noto su aliento cuando me habla.

—Volverá contigo antes de que termine la semana —le digo, e intento no sonar demasiado triste.

También le digo a Henry que el plan funcionará mejor si nos marchamos ahora, juntos. No quiero quedarme aquí y ser testigo de cómo la mira sin cesar, sobre todo después del beso. No veo a Lola ni a George ni a Martin por ninguna parte, así que les mandamos un mensaje para decirles que nos vamos y después arrastro a Henry hacia la salida.

Decidimos volver caminando. Estamos a menos de una hora de casa y, si nos cansamos, podemos coger un taxi. Hay un montón de gente en la calle. La ciudad me encanta a estas horas, con el calor suave. La odio durante el día cuando el sol rebota sobre el asfalto.

Callejamos sin hablar, el beso nos ha puesto un poco incómodos. Decido poner fin a la

tortura.

—No ha significado nada, Henry. Solo quería ayudarte. No hay que sentir vergüenza por una tontería así.

Intento explicarle lo que se siente al ver a tu hermano tirado sobre la playa, con aspecto de estar vacío, como me pasó con Cal.

—Después de eso, nada te parece importante. O, bueno, al menos las cosas sin importancia —le digo, e intento convencerme a mí misma al mismo tiempo.

—No estoy de acuerdo —me rebate.

—Tú no sabes lo que yo sé.

—No estoy de acuerdo en que el amor y el sexo sean asuntos sin importancia. No necesito ver un cadáver para saber que tengo razón.

Atajamos a través del parque. El sistema de riego está encendido, nos paramos a descansar cerca de uno de los aspersores y colocamos las piernas sobre la suave bruma de agua. Henry señala las polillas que vuelan alrededor de una farola.

—¿Qué tiene la luz? —pregunta, y le digo que las polillas son fototácticas.

—Significa que algo se mueve en relación con la intensidad de la luz. Las polillas tienen fototaxia positiva, es decir, las atrae la luz.

—Pero ¿por qué? —insiste.

—Nadie lo sabe con seguridad. Hay quien cree que las polillas migratorias utilizan el cielo nocturno para guiarse, siguen las luces que ven.

—Pero están volando alrededor de la farola.

—Utilizan la luna como guía, vuelan hacia ella aunque no esperan alcanzarla nunca, así que cuando ven una farola o una llama, se confunden. Creen que puede tratarse de la luna.

—Pero si no se parece en nada —comenta.

—Eso ellas no lo saben.

Nos quedamos ahí sentados durante un buen rato. Henry se quita los zapatos y los calcetines para sentir el agua en los pies. Observamos las polillas. Henry comenta la sombra del agua sobre la hierba, el mirlo que canta, las luces encendidas en los edificios. Elige partes del mundo y me las enseña, diciéndome: «¿Ves? Es precioso».

Volvemos a la librería sobre las dos. George, Martin y Lola cogieron un taxi, así que han llegado antes que nosotros. George y Martin están hablando en el jardín de lectura. Lola está tirada sobre el sofá de la zona de ficción. Según George, a Hiroko no le sentó muy bien que Lola le ordenase que no se marchara del país.

—Lola ha bebido un montón, y muy rápido —comenta.

Coloco un vaso de agua junto al sofá y la dejo dormir.

Le mando un mensaje a Rose para decirle que pasaré la noche aquí, y ella me responde con un

guiño. Pienso en el beso y en que Henry no ha mencionado a Amy ni una vez desde que nos marchamos de la discoteca, tengo esperanzas. Luego recuerdo todas las veces en las que me ha hablado de ella en el pasado y mis esperanzas se desvanecen.

Henry ya está tumbado en el suelo cuando dejo el teléfono. Me acomodo a su lado.

—¿Te acuerdas de cuando tu padre nos decía que la librería estaba encantada? —le pregunto, y nos quedamos escuchando los sonidos de la tienda.

—Según él, todas las librerías de viejo están encantadas. Hay fantasmas entre las páginas.

—Tú crees en ellos —le digo.

—No, no creo en ellos. «Existen más cosas entre el cielo y la tierra que las que sueñas en tu filosofía.»

—¿*Hamlet*? —le pregunto.

—Muy bien. —Me aplaude, y yo le confieso que lo sé porque está subrayado en la Biblioteca de Cartas.

—Entonces tal vez sea relevante —dice.

—Tal vez —comento, pensando en la flecha de *Sea*—. He visto a Cal después de muerto —le confieso—. Es una alucinación, pero parece muy real. Puedo hasta oler su chicle de manzana.

—¿Es posible? —me pregunta, y le respondo que sí.

—Es posible alucinar imágenes y olores.

—Y ¿estás segura de que no es un fantasma? ¿Nunca se te ha ocurrido pensar que tal vez lo sea?

—Sé que no, pero no puedo evitar desear que lo sea. A veces, están echando una serie de televisión que le gustaba y me pongo muy triste porque nunca sabrá cómo ha terminado. Pienso que si es un fantasma, al menos podrá ver *Juego de tronos*.

—Tal vez, allá donde esté, echen *Juego de tronos* a todas horas.

—Eso es lo que nos decimos porque somos incapaces de imaginar cómo es no existir.

Estira el brazo para que pueda tumbarme cerca de él y eso me hace sentir menos aterrorizada ante la no existencia.

—Desprendes calor —comenta.

—Hace calor —le digo.

—Cal creía en ellos —me cuenta, y volvemos a la conversación de los fantasmas.

—Cal creía en un montón de cosas —le respondo, y él se ríe, como si de repente se acordara de las cenas de los domingos en nuestra casa—. Le encantaba volverme loco contándome teorías sobre el tiempo. Como la del universo de bloque creciente. Todavía no la entiendo.

—La teoría del universo de bloque creciente afirma que el pasado y el presente ocurren de manera simultánea —le explico, y pienso en Cal, en la noche en la que nos lo contó.

Leía todo tipo de libros, como *Objective becoming*, de Bradford Skow. En esa obra, se le pedía al lector que imaginara el tiempo como otra dimensión, similar al espacio. Decía que se lo imaginara como si pudiera ver el universo desde arriba, como si fuese capaz de salir del universo

y observarlo desde fuera. Si conseguía hacer eso, entonces podría ver los sucesos de su vida igual que se puede observar el espacio. Yo me imaginé el tiempo como el paisaje visto desde un avión.

—Cal creía en el universo de bloque creciente. En la teoría que dice que el pasado y el presente son reales pero que el futuro no ha ocurrido todavía —le digo—. Estaba convencido de que el pasado es un lugar.

—¿Tú no? —me pregunta Henry.

—Nunca he estado fuera del universo, no te lo puedo decir con seguridad.

Cal estaba completamente seguro. «Míralo así —me dijo en una ocasión—. La casa en la que estamos no deja de existir solo porque salgamos de ella; lo mismo ocurre con el pasado.»

—Es reconfortante que las cosas que nos importan sigan existiendo en algún lugar —le digo a Henry.

—También me habló sobre una teoría del tiempo en la que el futuro también existe, al igual que el pasado —comenta él.

—Se llama la teoría del universo de bloque. El pasado, el presente y el futuro existen al mismo tiempo. Nosotros solo avanzamos hasta el siguiente suceso que nos está esperando.

—Si mi futuro ya existe en algún lugar, no quiero saberlo. Prefiero vivir con la ilusión de que tengo un control completo sobre mi vida, así que me decanto por la teoría del universo de bloque creciente —declara Henry.

—Yo también.

Esta noche, quiero un montón de cosas. Quiero tocar la cicatriz que acabo de ver en la barbilla de Henry. Quiero besarlo otra vez, pero porque me apetece. Creo que cuando volví a la ciudad sabía que este momento llegaría. El momento en el que no me sentiría sobrepasada por la tristeza de lo que le ocurrió a Cal, sino por mis sentimientos por Henry.

—Si nuestras vidas están ahí, en el futuro, ya delineadas —plantea Henry—, ¿quién las escribe? Porque, si el futuro está decidido, tiene que haber alguien que lo planee y, con siete mil millones de personas en el mundo, es imposible. Solo por pura logística, es inviable.

—Entonces crees que es cosa del azar.

—Estoy convencido.

—Yo también quiero creerlo, porque, si no, entonces Cal estaba destinado desde siempre a morir, y eso significa que nació con un futuro terrible.

Henry me rodea con el brazo con más fuerza y me dice que podríamos volvernos locos buscando las respuestas a la vida. Me cuenta que leyó un relato de Borges sobre gente en busca de respuestas, en busca de un libro que las tuviera.

—¿Las encontraron?

—Ya sabes que no existen.

Le cuento a Henry los últimos días de Cal, las razones por las que me sentí engañada por la vida. Al echar la vista atrás, los días anteriores a su muerte fueron preciosos, llenos de

significado. La luz parecía diferente, de un dorado lechoso. Los dos nos pasamos más tiempo hablando del futuro que nunca.

Recuerdo que una noche vino a mi habitación. Me mandó callar y me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Fuimos hasta el agua y caminamos por el borde, vimos un pez plateado demasiado grande para estar en la orilla, así que lo empujamos hacia el agua. El color plata en contraste con el azul oscuro aterciopelado ahora me parece irreal, pero pasó de verdad.

Cal me contó después que aquella noche no pudo dormir porque no dejaba de pensar en todas las cosas que quería ver: el sol de medianoche y su opuesto, la noche polar. Quería ver el sol permanecer en el horizonte. Quería ver la luz reflejada sobre el mar y la nieve, todo envuelto en una capa azul.

Le cuento a Henry que hablamos de todo el mundo, de los lugares en los que queríamos bucear: Alaska, el golfo de México, Malasia, Japón, la Antártida.

—Más tarde, durante el entierro, pensé que era muy cruel que, durante el mes antes de su muerte, pensara tanto en la vida que quería tener.

Levanto la vista y veo el sol en forma de lágrima. Estamos exactamente en el mismo sitio. Perfectamente alineados.

—No sé cómo hablarte de este tema —confiesa Henry—. Nunca he estado en tu situación, pero lo estaré en algún momento, porque es imposible evitarlo. Me parece que estás mirando las cosas mal.

—Solo hay una manera de verlas —le digo, para que sepa que quiero que deje de hablar.

—Escucha —me pide, y me coge de la mano.

Me dice que cree que Cal tal vez tuvo suerte. Que sus últimos días suenan preciosos, envueltos por una luz dorada.

—Tal vez el universo no se la jugó. Tal vez intentaba meter todo lo posible en sus últimos días.

—No es una explicación muy científica —le reprocho.

—A veces, la ciencia no es suficiente —comenta—. A veces, hacen falta poetas.

Es en ese momento, en ese momento exacto, cuando vuelvo a enamorarme de él.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 4 y 5

2 de enero de 2015

Querida George:

¡Feliz Año Nuevo! ¿Has hecho algo especial? Yo pasé la noche en la playa con mi hermana, viendo los fuegos artificiales. Hicimos una lista con nuestros deseos para este año (mi lista secreta incluye intentar confesarte quién soy). Le dije que me gustaría tener novia, lo que es cierto, pero solo si mi novia eres tú. Sé que no puedes decirme que sí sin saber quién soy, estoy intentando reunir el valor para confesártelo.

Mi mayor temor es revelártelo y que te decepcione tanto que no vuelva a saber de ti. Mi segundo mayor temor es que te rías.

Tengo que contártelo pronto porque mi amigo se va a mudar y él ha estado dejándote mis cartas y recogiendo las tuyas. Hace tiempo que me marché de la ciudad, pero no te lo dije porque pensé que descubrirías mi identidad.

Bueno, mi hermana no tiene que pedirle un novio al Año Nuevo porque ya tiene uno. Su deseo es conseguir el siguiente nivel de su licencia de buceo. Ese es otro de mis deseos. He visto una foto de unos cañones submarinos en California en los que había un montón de criaturas brillantes. A tanta profundidad, tienen que crear su propia luz porque no hay nada, no llega ni un milímetro de claridad del sol. William Beebe, un explorador, lo describió como un lugar tan profundo como el espacio exterior. Tal vez por eso tenga tantas ganas de ir. Me parece muy bonito, tanta oscuridad, la ausencia de luz.

PITEAS (PRONTO REVELARÉ MI NOMBRE)

Querido Piteas:

Me gustaría saber quién eres, no creo que me decepcione. No me reiré. Te lo aseguro. Me encanta recibir tus cartas.

Las espero con ganas.

No he visto a tu amigo, él también debe de ser muy escurridizo, pero me alegro de que se mude: eso significa que me tienes que decir quién eres.

A mí también me gustaría ser tu novia. Mi miedo es que no te guste cuando nos veamos en persona.

GEORGE

Querida George:

¿Que no me gustes? Eso. Es. Imposible.

PITEAS

Henry

Esta semana está cargada de distracciones y confusión. La he pasado pensando en Rachel y esperando a que Amy vuelva conmigo. Rachel me asegura cada día que es solo cuestión de tiempo. «El beso va a funcionar, Henry. Confía en mí.» El caso es que creo que sí que ha funcionado, pero conmigo. No he olvidado a Amy, pero me ha hecho pensar mucho en Rachel.

Me distraigo torturando a Martin para que me dé información de cómo van las cosas con George.

—No hay nada entre nosotros —me asegura una y otra vez, pero no es verdad.

Me he dado cuenta de que están tonteando un montón. También se escriben muchas cartas.

—Todavía le gusta el otro chico —me dice Martin, agachado delante de la estantería de no ficción—. Prácticamente no hablamos de otra cosa.

—Eso no mola nada —lo compadezco.

—Pues no, Henry, no mola nada.

He estado buscando en la Biblioteca de Cartas alguna pista para descubrir quién es el chico misterioso de George, pero, hasta ahora, no he encontrado nada. El catálogo de Rachel está bastante avanzado, así que el martes me distraigo echándole un vistazo a la base de datos. Hay un montón de gente en la librería, muchas personas que han dejado partes de sí mismos en las páginas a lo largo de los años. Algunas tardes, me tumbo en el suelo al lado de Rachel y comparto con ella las frases que me gustan, casi todas subrayadas por desconocidos. «Has estado presente en cada proyecto desde aquel día, en el río, en las velas de los barcos, en los marjales, en las nubes», leo. Es parte del discurso de Pip a Estella, y sé que fue mi padre quien lo subrayó. El ejemplar que tengo entre las manos es el que le regaló a mi madre. Le escribió una nota en la portadilla.

—El discurso trata únicamente sobre Pip, ¿verdad? —me pregunta Rachel—. Ella es parte de él, no se habla de ella en realidad.

—Pero el amor de mi padre por mi madre no trata solo sobre él —respondo, y Rachel me dice que no se refería a eso.

—Era una reflexión en voz alta.

—El amor siempre trata sobre uno mismo, ¿no? —le pregunto—. Bueno, más o menos.

—Tal vez. Estaría bien que no fuera así —me dice, y pienso en Amy.

Me doy cuenta de que estoy de acuerdo. Estaría muy bien que no fuera así.

El miércoles, intenté distraerme de Amy y Rachel y Martin y George y las grandes esperanzas

truncadas de mi padre, retando a Frederick y a Frieda a una partida de Scrabble. Ellos dos contra mí, sentados al mostrador por si acaso llega algún cliente.

Resulta que George les ha contado que Rachel me besó, así que mi plan de distracción se viene abajo nada más empezar la partida. Frieda me pregunta si estamos saliendo.

—No estamos juntos, pero estoy confundido porque fue un buen beso y no sé qué significa.

—A veces, los besos son buenos y ya está —dice ella—. No significan nada.

Frederick estudia las fichas.

—Sí. Sin embargo, en este caso, Henry conoce a Rachel desde hace mucho tiempo.

Discuten en voz baja antes de colocar «cuenta» sobre el tablero.

—Pero a mí me gusta Amy —digo.

—A mí no —comenta Frieda.

Frederick no toma partido.

Miro a Rachel. Si no me hubiera besado, básicamente todo seguiría igual. Tengo que olvidarme del beso y ya está.

Para no pensar en ello, le pregunto a Frederick si mi padre le ha dado alguna información sobre la venta. Son buenos amigos. Es probable que mi padre lo comente con Frederick antes de hablar con nosotros.

—Hay cierto interés, pero creo que tus padres no se ponen de acuerdo.

—¿Porque no es suficiente dinero? —pregunto, y deletreo «ciego».

—No estoy seguro. Creo que él se niega a vender a ninguna promotora.

—Mi madre tampoco lo haría —digo, y en ese momento llegan algunos clientes, así que dejo la partida de lado.

Frederick y Frieda siguen jugando sin mí. Cuando he terminado con los clientes, ellos ya están en el jardín de lectura y Lola ha ocupado su puesto en el mostrador.

Es la primera vez que la veo desde el domingo por la mañana. No nos contó mucho entonces, pero básicamente Hiroko cree que es muy egoísta por haberle pedido que se quede. «Obsesionada con la música», así es como la definió.

—¿Crees que estoy obsesionada con la música? —pregunta Lola—. Bueno, hasta el punto de que me importa más la música que la gente.

Hago un gesto con la cabeza para evitar responder.

—¿Has hablado con ella desde entonces? —desvió el tema, y Lola niega con la cabeza—. ¿Ni siquiera para pedirle perdón?

—Si me hubiera contado que iba a solicitar plaza, igual yo me habría planteado ir con ella.

—Tú nunca has querido seguir estudiando.

Desde que conozco a Lola, siempre ha tenido un sueño: subirse a un escenario y tocar a su manera.

—Lo ha tirado todo por la borda —me dice.

Ya, claro, si cambiáramos los papeles, Lola me diría que me estaba comportando como un

capullo egoísta. Pero no me jodas, el sueño de Lola se ha hecho añicos, no pienso decirle eso.

—Hiroko quiere cancelar el concierto de San Valentín. Nuestra última actuación ya ha pasado.

En un esfuerzo por distraer a Lola para que deje de pensar en Hiroko, le cuento lo que yo estoy intentando ignorar.

—¿Sabes que Rachel me besó la otra noche?

La sorpresa la distrae de su infelicidad durante un instante.

—No tenía ni idea. Espera. ¿Por qué no me ha contado nada?

—Porque no significó nada —le digo, y miro al triángulo de piel que queda al aire cuando Rachel se estira para alcanzar un libro—. Me dijo que lo hacía para ayudarme a poner celosa a Amy.

Como ya he comentado, a Lola se le da fatal mentir. Puede guardar un secreto, pero su cara la delata.

—¿Crees que el beso significó algo?

Se mete un caramelo de menta en la boca y lo mastica para ganar tiempo. Se come otro para ganar un poco más de tiempo todavía.

—Suéltalo —le digo, pero se pone de pie para marcharse.

—No te lo puedo contar —me responde—. Lo tienes que pensar tú solo.

El atlas de las nubes

DAVID MITCHELL

Cartas dejadas entre las páginas 6 y 7

10 de febrero de 2016

Querida Rachel:

Creo que no te he agradecido lo suficiente lo del beso. Es lo más bonito que han hecho por mí.

Esta semana, he estado buscando más Derek Walcotts. He pedido algunos, pero no creo haber encontrado el ejemplar de Frederick.

Estoy leyendo las obras de teatro de Tennessee Williams. Me terminé Un tranvía llamado deseo anoche. Muy sexy. Muy triste. Me hizo sentir que el amor es un objeto que puede descomponerse entre mis manos. El deseo, por otro lado, goza de buena salud. Pero, como estás muerta por dentro como tú dices, sé que no te interesan ninguna de esas cosas.

El caso es que no creo que estés muerta por dentro. Me parece que lo intentas para no pensar en Cal. ¿Por eso no le has contado a nadie lo ocurrido excepto a mí?

HENRY

Querido Henry:

No creo haberlo descrito con esas palabras. No estoy muerta por dentro.

No sé por qué no le he contado a nadie más lo de Cal, pero no es para no pensar en él, porque no me lo saco de la cabeza.

Últimamente, repaso una y otra vez la semana antes de su muerte. Te he contado parte de lo que pasó, pero no todo. Llegó un pájaro gigante al pueblo. Cal y yo estábamos sentados en la playa. Acabábamos de comer pescado rebozado con patatas fritas y nos estábamos lamiendo la sal de los dedos cuando el pájaro se posó delante de él.

Cal le ofreció su última patata frita, pero el ave no parecía interesada. Se lo quedó mirando fijamente, sus ojos eran diferentes de los de cualquier otro pájaro.

No me gustaba cómo lo contemplaba, ni que nos siguiese a casa como un largo látigo

gris en el cielo. Tampoco me moló encontrármelo allí cuando llegamos.

A mi madre le encantan las aves, así que sacó sus libros para intentar descifrar de qué especie era. Observó con atención los ojos, el pico y las patas, pero no conseguimos averiguarlo. Le brillaban las alas en la oscuridad, como una perla con destellos azules y verdes que se pueden ver bajo cierta luz.

La noche anterior a la muerte de Cal, lo vi afuera con el pájaro. Le recorrió el pecho con un dedo y el animal no se movió.

Mientras se dirigía hacia la playa había algo extraño en su sombra sobre el césped, en la manera en la que el pájaro volaba por encima de él, como una luna alada. Los tonos azules y morados de la noche parecían estar ahogándolo, y cuando echo la vista atrás ahora, me doy cuenta de que incluso la luz me advertía de lo que estaba a punto de pasar. Creo que fue una señal. Creo que recibimos muchas señales pero las ignoramos porque no creíamos en ellas.

Me pregunto si el futuro nos envía pistas para prepararnos, para que el dolor no acabe con nosotros cuando llegue.

RACHEL

Querida Rachel:

Creo en muchas cosas en las que tú no, ya sabes que soy supersticioso.

Pero no creo que el futuro nos envíe señales. Pienso que echamos la vista atrás y leemos el pasado con el filtro del presente. Me parece que es lo que estás haciendo. Tal vez lo que necesites sea mirar hacia delante, empezar a leer el futuro.

HENRY

Le mando un mensaje a Rachel después de cenar para asegurarme de que está bien. Las cartas que hemos intercambiado esta tarde parecían importantes. La llamaría, como en los viejos tiempos, pero me ha dicho que el almacén no tiene paredes y Rose trabaja muchas horas, así que, cuando está en casa, necesita dormir.

¿Qué haces?

Terminar *El atlas de las nubes*. Me ha gustado, pero creo que no lo he acabado de entender.

No eres la única.

Creo que es una novela. Me parece que las historias están conectadas. Todos los personajes tienen la misma marca de nacimiento y alguien

ha escrito una nota en mi ejemplar sobre la transmigración del alma. Quien haya escrito la nota cree que la marca de nacimiento significa que el libro trata sobre la reencarnación. ¿Crees en ella?

¿Qué es exactamente?

La transmisión de un alma a otro cuerpo tras la muerte.

No sé si creo en eso. ¿Y tú?

Yo no, pero es una idea muy bonita.

Siempre pareces estar segura de todo. ¿Qué se siente al saber algo con certeza?

Tú estás seguro de que quieres a Amy. Estás seguro de que vender la librería es lo correcto.

Estoy seguro de que es la decisión más rentable.

En vez de volver a escribirme, Rachel decide llamarme. Empieza por soltarme lo que quiere decir directamente en lugar de saludar.

—Esto es importante, Henry —me dice a bocajarro—. Muy importante. Quiero que te imagines, que te lo plantees de verdad, que Howling Books ya no existe. ¿Te lo estás imaginando?

—Me lo estoy imaginando.

—Muy bien. Ahora, quiero que te imagines que vas a trabajar cada mañana a un curro normal con horario de oficina. En ese mundo no existen ni Frederick ni Frieda. No existen George, ni Martin, ni Michael, ni los libros, ni yo.

—Vale.

—¿Qué ves? —me pregunta.

—Estoy sentado en mi despacho, tecleando en el ordenador.

—¿Qué estas escribiendo?

—Una carta para ti.

—En este trabajo no puedes cartearte conmigo. No te permiten escribir, ni leer, ni soñar despierto porque ya no tienes tiempo libre. Al menos, no como ahora —me dice, y la oigo mover los pies, deslizarlos entre las sábanas—. Ahora, imagínate que te pagan un sueldo decente. Amy te está esperando en casa cuando llegues. Vives en un apartamento. Duermes en una cama normal. Tienes poco espacio para los libros.

Dejo de imaginar.

—Todo esto ya lo sé, Rachel. Sé que la vida no será increíble sin la librería, pero también sé que este negocio no durará para siempre. No puedo pelear contra el futuro.

—El futuro no está escrito —me dice, y me remite a mi última carta.

Rachel

Ha sido una semana extraña. Henry ha reemplazado a Cal en mis sueños. No creo que sean imaginaciones mías que me mira en la librería. Siento sus ojos posados en mí, pero, cuando me doy la vuelta, tengo la sensación de que llego un segundo tarde. Cada día, temo que Amy entre en la librería y ponga fin a sus miradas. Pero Amy no aparece.

Henry se ha estado distraendo para no pensar en ella hablando conmigo y escribiéndome cartas. Pensé que no era mala idea, así que, el martes, me dio por mandarle un mensaje a Joel para preguntarle cómo estaba, para distraerme de Henry. Me respondió:

Estoy bien. Mejor ahora que tengo noticias tuyas.

Me siento mal por utilizarlo, aunque no estoy del todo segura de que fuera eso lo que pretendía. Lo echo de menos de verdad. Empecé a añorarlo esta semana, después de besar a Henry. Echo de menos estar con alguien que me quiere.

No tiene sentido, pero, cuando leo los mensajes de Joel, puedo sentir las olas en ellos. Sé que estaba en la playa, mirando al mar, mientras me escribía, y, por primera vez desde que llegué a la ciudad, ansí el ritmo del océano.

Lo he deseado alguna otra vez desde que Cal murió. Por eso me sentaba junto al océano; mi madre sentía lo mismo, creo. Atraídas hacia el mar por Cal, alejadas de él también por Cal. Pero esta noche me imaginé adentrándome en el agua. Sentía los pies en la orilla, con los dedos tocando la sal y el frío.

Llamé a mi madre después de contestarle a Joel. Quería decirle que echaba de menos el sonido de las olas. Tras pronunciar las palabras, esperaba oírla llorar, o que se sintiera dolida o enfadada. Cauta, al menos. Pero se apartó el teléfono de la oreja y lo enfocó para que escuchara el agua; yo me acerqué el mío a la cara como una concha.

—¿Estás bien? —me preguntó un momento después.

—Sí y no —le respondí—. ¿Y tú?

—Sí y no —me dijo ella.

—¿Cuándo será solo sí? —le pregunté, pero no hay respuesta para eso, así que volvió a dirigir el teléfono hacia el mar y juntas escuchamos el suave vaivén de las olas.

Henry me ha mandado un mensaje esta noche. Casi no le respondo. Hablar con él es peligroso porque me produce adicción. Apago el teléfono y lo vuelvo a encender. Me quedo mirando el

mensaje durante un rato y al final me rindo y contesto.

Le digo que me he terminado *El atlas de las nubes*. Le cuento que creo que todas las historias están relacionadas. Me quedo mirando la cubierta, a las páginas que se elevan al cielo, cuestionándome la transmigración del alma. No quiero plantearme esas cosas yo sola.

Dejo de mandarle mensajes y lo llamo cuando empieza a sonar inseguro sobre la librería, porque sé que se va a arrepentir de vender. Quiero convencerlo sin decírselo directamente. Lo único que consigo al final es cabrearlo. Dice que no puede cambiar el futuro, y pienso en él y en Amy y en lo mucho que lo quiero.

—El futuro no está escrito —le digo, y espero que se lo crea.

Escucho en su voz que no es así. Pienso en el futuro, en el momento en el que vuelva con Amy y la librería ya no exista. No consigo imaginarme dónde quedaré yo.

—Henry —le digo antes de colgar—. Quiero una segunda oportunidad.

—¿Una qué?

—Una segunda oportunidad —repito—. El 14 de febrero, este domingo por la noche, quiero otra última noche en el mundo. Esta vez, me gustaría pasarla contigo. Quiero que me prometas que, pase lo que pase con Amy, no me dejarás plantada por ella. El fin del mundo tendrá lugar a las seis de la mañana del 15 de febrero. Antes, me apetecería escuchar a Lola y a Hiroko tocar su última canción. Quiero ver el amanecer.

—¿Por qué? —me pregunta, y en su voz se intuye que ya sabe el motivo.

—Porque me debes un apocalipsis.

—Es verdad —responde—. Y siempre pago mis deudas. ¿Puedo pedirte una cosa?

—Depende de lo que sea —le digo, aunque sé que le daría lo que me pidiera.

—Mañana por la noche no vamos a comer *dumplings*. Hay reunión del club de lectura. Quiero que vengas conmigo. Tal vez sea la última.

—Hecho —le respondo, y colgamos.

Las palabras «la última» se quedan colgando en el aire.

Grandes esperanzas

CHARLES DICKENS

Cartas dejadas entre las páginas 508 y 509

11 de febrero de 2016

Michael:

Sé lo mucho que te está afectando que vayamos a perder la librería. A mí también. Pero ignorar la venta no va a cambiar la situación. Por mucho que los dos deseemos que el negocio vaya mejor, sabemos que no es la realidad. ¿Podemos hablar, por favor?

Varias promotoras nos han hecho ofertas muy generosas. (Échales un vistazo a los documentos que te he dejado en tu escritorio.) También podríamos ir a una subasta.

Si no quieres hablar, ¿me das permiso para que tome todas las decisiones?

SOPHIA

Sophia:

Frederick y yo hemos estado hablando de la venta. ¿Crees que podrías darnos algo de tiempo para que podamos comprar tu parte?

MICHAEL

Querido Michael:

Ojalá pudiera decirte que sí. Sé lo feliz que te haría. Pero ¿has visto lo que vale el edificio? ¿De dónde vas a sacar tanto dinero? No quiero que pidas un préstamo tan grande, porque afectaría también a los niños. Esto también es muy difícil para mí, pero, por favor, acepta la realidad por el bien de George y Henry.

SOPHIA

Henry

El club de lectura empieza a las siete el segundo viernes de cada mes. Mi padre, mi madre, George y yo siempre acudimos. Pero esta noche mi padre nos dice que pidamos la comida que queramos y que la paguemos con dinero de la caja.

—Voy a salir. Vuestra madre tampoco va a venir.

Antes de que pueda decirle nada, se marcha por la puerta, se sube al coche y arranca.

Esta noche, la tienda parece vacía sin él. Yo me siento vacío sin él. Últimamente, parece estar siempre deprimido. Deprimido y perdido. Vuelvo a pensar en el futuro que Rachel me hizo imaginarme el otro día. Mi padre también le habrá dado vueltas a las diversas situaciones posibles, supongo. Intento imaginármelo en cualquier sitio que no sea la librería, pero no puedo.

—¿Dónde está papá? —me pregunta George cuando baja.

—No estoy seguro —le respondo.

Se queda a mi lado un rato, colocando las copas de vino y los platos, y al cabo de un momento me dice:

—Necesito tu ayuda con un asunto.

George no me pide nunca ayuda ni consejo sobre nada, ni siquiera para los trabajos de lengua.

—Tiene que ver con Martin —me dice—. Y con el chico de *Orgullo y prejuicio y zombies*.

Qué interesante. George tiene una pregunta, lo que claramente significa que está considerando la opción de que Martin sea la persona adecuada para ella en lugar del chico que le escribe. Rachel vuelve de llevar a Martin a casa. Le pido que se encargue de poner el queso y el vino sobre la mesa para poder hablar con George.

—Son un buen grupo —le digo—. Cuando lleguen, sírveles todo el vino que quieran y déjalos a su aire. George está a punto de confesarme que está enamorada de Martin.

Sigo a mi hermana hasta el jardín de lectura. Nos sentamos y, antes de que me dé tiempo a darle algún consejo, se lanza directa al problema.

—Ya sé que crees que debería salir con Martin —me dice—. Ya sé que te cae muy bien.

—Le gustas mucho.

—No estoy tan segura —me responde—. Hablamos a todas horas. Ayer por la noche fui a su casa y conocí a sus madres, a su hermana pequeña y a su perro, *Rufus*.

Me cuenta todas las cosas que han hecho juntos, de las que yo no tenía ni idea. Han ido a ver la nueva película de Tarantino y una reposición de *Alien: el octavo pasajero* al viejo cine en Meko Street. Han ido al garaje de Lola y ella les ha tocado una canción.

—Todo eso está genial —le digo—. Está muy bien.

Estoy a punto de aconsejarle que claramente debería elegir a Martin, pero no me da tiempo.

—Pero está ese otro chico —continúa George—. Sé que me vas a decir que no está aquí y que no es real, pero sé quién es, y hace mucho tiempo que me gusta. —Me doy cuenta de que está tratando de decidir si puede confiar en mí o no y se decanta por el sí—. El otro chico es Cal —me confiesa.

—¿Cal? —le pregunto.

—Cal. El hermano de Rachel.

Me lo explica porque yo me he quedado sin palabras. Ha debido de pensar que no sabía a quién se refería. Lo he adivinado en cuanto ha dicho su nombre, solo intentaba ganar algo de tiempo.

George me cuenta lo mucho que le gusta Cal, lo inteligente y raro y dulce que es, y durante todo ese tiempo yo intento buscarle sentido a sus palabras.

—Lleva fuera de la ciudad tres años —le digo—. ¿Cómo te dejaba las cartas en el libro?

—Tim Hooper traía las cartas de Cal y se llevaba las mías —me responde.

—¿Estás segura de que el admirador no es él? —le pregunto.

—Tim se ha mudado y las cartas dejaron de llegar cuando se marchó.

—Eso no demuestra que no sea Tim.

—Henry, es él —me dice con gran énfasis—. Es Cal.

—Pero ya no te escribe —digo con cuidado de no desvelar nada.

—Porque está en Francia con su padre y Tim ya no vive aquí, así que es complicado. Quiero que le pidas a Rachel su dirección. Necesito mandarle esta carta. —Me enseña un sobre sellado—. Si, por alguna razón, no quiere dármele, se la puede enviar ella misma.

Cojo el sobre sellado y me lo meto en el bolsillo. Pesa demasiado para ser un simple trozo de papel.

—¿Puedo preguntarte qué dice?

Sin dudar, me lo cuenta.

—Dice que le quiero.

Mierda. Me entran ganas de llorar. Podría estallar en llanto ahora mismo. Ha llegado demasiado tarde. Cal nunca leerá su carta. Es un paso enorme para George escribir algo así. No hace la típica broma de que es una verdad universalmente conocida que a todos se nos da fatal el amor. Se está arriesgando por primera vez en su vida, y lo peor es que formarían la pareja perfecta. Quizá más incluso que con Martin.

Me siento un poco trastocado cuando volvemos a entrar. George está enamorada de un chico muerto y no puedo hacer nada al respecto.

—¿Qué te pasa? —me pregunta Rachel, y quiero contárselo porque ella siempre me hace sentir mejor.

Aunque no haya nada que hacer, su simple presencia a mi lado mejora la situación. Pero soy incapaz de expresarlo con palabras. Es demasiado triste. Tu hermano estaba enamorado de una chica, y la chica también lo quería, pero murió antes de que pudiera decírselo. Fin de la historia.

—No pasa nada. George está algo confundida sobre Martin. ¿Puedes quedarte aquí un momento? Necesito tomar el aire.

Salgo de la librería, y mi madre me llama mientras intento respirar hondo.

—Estás raro —me dice cuando respondo.

No puedo contarle lo de George, así que le hablo de mi padre. Le comento que creo que lo he machacado al votar para vender la librería.

—No sé adónde ha ido y tengo la sensación de que lo he empujado a marcharse.

—Yo también estoy preocupada por tu padre —me dice—. Pero él mismo sería el primero en decirte que no es tu culpa. Has tomado la decisión acertada, Henry. No puedo hablar ahora, pero te prometo que te volveré a llamar y que todo irá bien.

Cuelgo y estoy a punto de volverla a llamar inmediatamente para preguntarle si podemos bajar el ritmo en la venta de la librería, pero entonces me doy la vuelta y veo a Amy.

Va vestida de verde, con los hombros al aire, como dos perlas bajo la luz de la farola. Es el vestido que llevaba cuando me dijo que me quería por primera vez, y al verla la imagen me transporta de nuevo a ese momento.

Intento que no parezca que me alegro de verla, porque no hemos hablado desde la noche en la que me ataron desnudo a un poste. Pero me alegro de verla. No puedo evitarlo, me alegro mucho.

—Siento lo de Greg —me dice.

Estoy a punto de responder: «No te preocupes, no pasa nada», pero sí que pasa, tenemos que hablar del tema.

—Han pasado dos semanas desde que viste a tu novio meterme en el maletero. ¿No se te ha ocurrido llamarme hasta ahora?

—Quería llamarte —me responde—. Pero Greg y yo lo estábamos dejando.

En cuanto lo dice, se me olvida que estoy enfadado. Lo está dejando con el gilipollas. Mira a través del escaparate de la librería y me hace un gesto para que la siga. Me quedo paralizado durante unos cinco segundos y después, como si estuviera hechizado, la sigo.

—No puedo continuar así, Amy —le digo—. No deberías jugar conmigo de esta manera. No quiero seguir esperando a que vuelvas conmigo.

—No volveré a dejarte. Esta vez, estoy segura —afirma.

Suena muy segura.

—¿La venta de la librería sigue en pie? —me pregunta, al ver llegar a la gente del club de lectura.

—Sí, es cuestión de días.

—¿Todavía tienes el billete?

—Sí —le respondo.

Algunas personas me saludan al pasar, y yo les devuelvo el gesto intentando parecer que estoy bien, cuando la realidad es todo lo contrario. Entran los últimos asistentes y volvemos a quedarnos solos en la calle. El club de lectura está a punto de empezar y debería unirme a ellos.

—Bésame —me dice, y obedezco.

La beso con una seguridad renovada, la seguridad de un chico que acaba de descubrir que, en realidad, besa muy bien.

El beso dura mucho tiempo. Cuando acabamos, no tenemos casi nada que decir, así que volvemos a besarnos. Pasa el tiempo, pero no me doy ni cuenta. Amy ha vuelto conmigo. El gilipollas ha desaparecido.

Se marcha y entro en la librería, un poco aturdido pero feliz, hasta que veo a Rachel, y entonces me siento aturdido e inquieto.

El club de lectura ha terminado de hablar del libro que tocaba y están listos para empezar con las sugerencias individuales. Josie habla primero. Empezó a venir hace unos ocho años, la primera vez para comprar un ejemplar de *James y el melocotón gigante*. Yo tenía diez años, era un experto en Roald Dahl, y mi padre me mandó a buscar el libro con ella. Charlamos sobre la obra de Dahl, le dije que el que más miedo daba era *Las brujas* y recuerdo que se rio cuando le miré los pies. Le comenté a Josie que teníamos todos los libros, pero ella me respondió que solo quería ese.

«Gracias de todas formas», me dijo.

Cuando se marchó, mi padre me explicó que su hijo había muerto y que era un detalle que yo hubiera pasado un rato con ella. Recuerdo haberme sentido algo culpable. Había charlado con ella porque se sabía cada frase de los libros de Roald Dahl, mi intención no había sido ser simpático.

El libro que Josie sugiere esta noche al grupo es *Un lugar al que volver*. Nos enseña un ejemplar para que veamos la cubierta y me doy cuenta de que va a hablar de la muerte de su hijo. Quiero avisar a Rachel, pero se lleva un dedo a la boca para pedir silencio. Como no le hago caso, porque necesita saber que esta historia puede ponerla muy triste, me tapa la boca. Le tapo los oídos sin pensar.

—¿Qué estás haciendo? —me susurra.

—Va a hablar de la muerte —le susurro.

—No pasa nada, Henry —me dice, y me quita las manos de sus orejas.

Aparto la suya de mi boca.

Estamos cara a cara, muy cerca, con las narices pegadas, cogidos de la mano. No parece triste; al menos, no tanto como cuando llegó.

—Quiero escuchar a Josie —me dice, y mira al frente, sin soltarme la mano.

Cuando a Rachel le interesa algo, se inclina, y casi puedo oírla tararear. Es la chica más inteligente e ingeniosa que conozco. Le aprieto la mano con más fuerza porque Josie está hablando de su hijo. Conozco la historia de cómo murió, y es horrible, la bici, el coche, cómo estaba allí un segundo pero no al siguiente.

Rachel está hipnotizada. El grupo también. Josie ha comenzado la ronda en la que la gente habla de su vida, a veces relacionada con los libros que han traído y a veces no. Todos y cada uno tocan el tema de la muerte.

—Estoy bien —me dice Rachel, porque la estoy mirando fijamente, a la espera de alguna señal que me indique lo contrario.

Señala al grupo para indicarme que tengo que prestar atención. Cuando miro, veo a Frederick de pie muy formal, como siempre.

—Mi mujer Elena murió hace veinte años —dice. Reina el más absoluto silencio—. Teníamos una tienda.

Le habla al grupo sobre la noche en que murió, cuando se sentó a su lado y le leyó un pasaje de su libro favorito. Me lo puedo imaginar, hablando de esta manera tan suave y cuidadosa tan típica de él, pronunciando cada palabra despacio antes de pasar a la siguiente.

Rachel me mira.

—El Walcott —decimos a la vez.

Rachel

Esta noche soy una mezcla extraña de cosas. Soy una chispa por el tacto de las manos de Henry y por el recuerdo de su beso. Soy calidez, rubor ante su mirada y calma, porque estoy casi segura de que él es mío y yo soy suya. Ha entrado y me ha cogido de la mano de una manera que me lo ha dejado claro. Me parece imposible y al mismo tiempo siempre he sabido que iba a ocurrir. Soy todas esas cosas buenas, pero también soy dolor y tristeza, porque Josie está hablando de su hijo.

—Tenía siete años —nos cuenta—. Estaba montando en bicicleta. Yo lo animaba. Entonces, un coche giró la esquina y se subió a la acera. Lo mandó volando por los aires —continúa, y parece sorprendida, como si todos estos años no hubieran atenuado la intensidad del momento.

Está mirando fijamente al vacío, y sé que, en ese lugar, está su hijo. En ese momento puede que esté tumbado en el suelo, como lo vio aquel día. Pero estoy segura de que, en otras ocasiones, su hijo estará en ese mismo sitio, sonriéndole.

Me doy cuenta de que estoy llorando, pero no me importa.

Después, Frieda habla de su hermano, que falleció en un accidente de avión. Otra mujer nos cuenta que su primo tiene cáncer y probablemente muera pronto. A mi lado, Henry está alterado, pero le aprieto la mano para indicarle que estoy bien. Él me devuelve el apretón y de nuevo siento dolor. Vuelvo a sonreír; la muerte me ronda la cabeza, y el amor me recorre la piel.

Frederick es el último en hablar. Se pone de pie para compartir su historia y resuelve algunos misterios que Henry y yo teníamos.

—Mi mujer Elena murió hace veinte años. Teníamos una tienda.

Nos dice que está buscando un ejemplar en concreto porque era el favorito de su esposa.

—Elena lo leyó en nuestra noche de bodas, y yo se lo leí años más tarde, mientras agonizaba.

—El Walcott —decimos Henry y yo a la vez.

Noto cierta neblina en mi pecho, un silencio que no he sentido desde hace un año. Nunca seré capaz de ponerlo en palabras, pero yo lo entiendo. La historia de Frederick es diferente, así que solo puede ser suya, pero, de todas formas, me identifico con ella.

Estoy segura de que los F y los E de las páginas del *Prufrock* son Frederick y Elena. Mientras habla, siento su presencia. Pienso en la flecha que Cal dibujó en *Sea* y en todas las otras líneas en los libros, en las páginas en las que las notas son las mismas, los pensamientos son iguales, y las palabras están escritas tan cerca las unas de las otras que los trazos de las letras se cruzan. Ojalá mi madre estuviera aquí para poder escuchar lo que se habla en el club de lectura, para leer las notas de la Biblioteca de Cartas, para sentir lo que siento y saber lo que empiezo a descubrir.

Ayudo a Henry a limpiar y a recoger las sillas mientras espero a que Frederick se quede solo. Cuando tengo la oportunidad, me acerco hasta él y le cuento que mi hermano ha muerto.

—Lo siento muchísimo —me dice.

—Ya no puedo salir a nadar. Ni siquiera me acerco al mar.

Al decirlo, me pregunto si es cierto. Me cuestiono si ese tiempo presente debería ser pasado. ¿Qué sentiría ahora si estuviera allí, mirando al agua? Tal vez me metería, puede que no del todo, pero lo suficiente para sentir las olas en las piernas, para imaginarme cómo sube la marea, despacio.

Cuando todo el mundo se ha marchado, Henry y yo nos sentamos juntos delante de mi ordenador en busca del Walcott. Los dos estamos desesperados por encontrarlo y nuestras manos no paran de chocar con alegría cada vez que encontramos un ejemplar cerca.

Hago una lista con las ubicaciones porque me gusta hacer listas.

—Eres muy ordenada —me dice Henry, mirando lo que he escrito, y tengo la sensación de que ha dicho algo sexy.

—Y tú todo lo contrario —le respondo.

—Sí, y aun así, soy el único que ha aprobado el bachillerato —me chincha.

—Eres insoportable —le digo con una sonrisa.

—Y tú muy sexy —comenta, como si fuera algo que no pudiera contener y sintiera la necesidad de exteriorizar.

—Tú también —le digo.

—No me lo suelen decir mucho —comenta.

—Esta noche es un tanto rara.

Terminamos la lista de los vendedores del Walcott y decidimos que, ya que esta es una noche fuera de lo normal, puede que sea justo en la que encontremos el libro. Henry le echa un vistazo a la lista y dice que deberíamos elegir un sitio y visitarlo durante la última noche del mundo.

—Ese es el momento en el que lo encontraremos —afirma.

—Yo elijo la librería —le digo, y selecciono inmediatamente Beach Side Books.

—Beach Side —comenta Henry.

—Sé leer, Henry.

—Está junto a la playa —insiste.

—Sí, ya me lo imaginaba.

—¿No te importa?

—No —confirmo.

O tal vez sí, no estoy segura. Pero quiero descubrirlo. La librería está en la costa, pero en

dirección contraria a Sea Ridge, así que no se me ocurre mejor manera que ir con Henry para comprobar si estoy lista para volver a ver el agua.

Nos metemos en la cama, mi brazo toca el de Henry.

—¿Por qué crees que Frederick se deshizo del libro si era tan importante para él? —pregunta Henry.

—Puede que lo perdiera. O, tal vez, le resultara imposible mirarlo —le respondo.

Nos quedamos tumbados en silencio durante un rato y entonces Henry se acuerda de que hay un relato que su padre quiere que lea. Saca el libro de su mochila y se tumba a mi lado, con el ejemplar colocado sobre nuestras cabezas. «Podrían llover palabras sobre nosotros», pienso. Nos imagino bebiéndonoslas. Henry me ha cambiado. Ha modificado la manera en la que lloro por Cal, mi forma de ver el mundo.

El relato se llama «La memoria de Shakespeare» y trata sobre un experto en Shakespeare alemán al que le han ofrecido los recuerdos de la niñez del dramaturgo en 1616. El estudioso los acepta, pero no entiende que estos son extraños y caóticos. Se siente como si le hubieran regalado el océano y, al aceptarlo, no entendiera qué es lo que ha recibido. Los recuerdos emergen como sonidos e imágenes y sensaciones, y para adoptar la memoria de otra persona, tendrá que perder partes de sí mismo.

Henry termina de leer y cierra el libro. No me dice qué le pasa, pero está claro que algo le preocupa. Dice que tiene ganas de dormir, pero se queda mirando al techo fijamente. De vez en cuando, vuelve la cabeza hacia un lado y mira la librería.

—Estás pensando en qué va a pasar después de que vendáis.

Asiente, pero no tiene ganas de hablar. Cree que me he quedado dormida, así que se levanta y camina por la librería, pasando la mano por los lomos mientras avanza.

Un rato después vuelve con un libro, se pone a leer y se queda dormido. Ahora me ha despertado y estoy inquieta. Salgo en silencio de la librería y me dirijo al coche.

Saco la caja del maletero y la coloco en el asiento del copiloto antes de arrancar. Empecé a pensar en la caja mientras Frederick hablaba de Elena. Busca el Walcott desesperadamente. Daría lo que fuera por tener una caja llena de las cosas de su mujer, y yo tengo escondidas las pertenencias de Cal. Si yo soy mis recuerdos, Cal también será los suyos. Esta noche no puedo mirar el contenido de la caja, pero me resulta agradable tenerla cerca.

Mantengo la mirada fija en el horizonte, pero me da la sensación de que, si me volviese, podría ver a Cal sentado junto a mí. Podría decirle que tenía razón y que he perdonado a Henry. Podría hablarle de nuestra madre y de que su muerte nos ha cambiado para siempre. Creo que así debería ser. Una muerte ha de cambiarte para siempre. Dos muertes no deberían ser iguales.

Llego a casa de Lola. Es tarde, así que le mando un mensaje. Me contesta que está en el garaje. Atravieso en silencio el jardín hacia la puerta.

Está en el sofá, sentada con las piernas bajo el trasero. Me acomodo a su lado.

—¿Habéis terminado de grabar la última canción? —le pregunto, y me responde que el plan

era acabar en su último concierto, el día de San Valentín.

—El problema es que Hiroko no me ha perdonado. En su defensa, no le he pedido perdón. — Me dedica una sonrisa triste—. Cada vez que voy a llamarla o a mandarle un mensaje, pienso que tal vez esté pensando en quedarse y que, si no le digo nada, conseguiré lo que quiero.

Apoyo la cabeza sobre su hombro.

—Sé que no se puede quedar.

—No, no puede —le confirmo.

—No te conozco tan bien como Henry, pero sé que algo va mal. No me has contado absolutamente nada de lo que pasó con Joel. No has hablado ni una sola vez de la clase de ciencias. No has ido a la piscina desde que has llegado. No soy tonta. Me he dado cuenta. Solo estoy esperando.

Miro los pósteres de todos los grupos que le gustan a Lola: The Waifs, Warpaint, Karen O, Magic Dirt. Recuerdo que Henry y yo nos pasábamos aquí las tardes, tumbados en el sofá, mientras Lola e Hiroko nos tocaban sus canciones.

Lola me toca con el dedo gordo del pie, como para recordarme que sigue aquí. Le cuento lo de Cal. Las palabras todavía me duelen, pero menos que cuando se lo confesé a Henry y a Frederick, tal vez me duelan un poco menos cuando se lo diga a la siguiente persona.

—Estaba intentando ponerme en lo peor —comenta Lola—. ¿Qué es lo peor que te podría haber pasado? Hiroko y yo intentamos imaginarnos qué sería para poder ayudarte. No se nos ocurrió que fuera eso.

Se acerca un poco más y me rodea con los brazos. Nos quedamos dormidas así.

La costa maldita

PETER TEMPLE

Cartas dejadas entre las páginas 8 y 9
14 de febrero de 2016

Querida George:

He estado hablando con Henry hoy y me ha dicho que ha llegado el fin del mundo. ¿Te has enterado? Sé cuánto te gusta Bradbury, por eso quería saber si te gustaría pasar la última noche del mundo conmigo. Podemos ignorar el hecho de que es el día de San Valentín. Iremos como amigos, nada más, nos haremos compañía mientras esperamos a que llegue el apocalipsis. ¿Qué te parece?

MARTIN

Querido Martin:

Me encantaría.

GEORGE

Henry

El último día del mundo amanece radiante y soleado, pero la sensación del sueño que tuve la otra noche todavía me acompaña. Ayer también la tuve durante todo el día.

Me pasé el día esperando a que Amy viniera a la librería, y me sentí aliviado cuando me mandó un mensaje al mediodía para decirme que no me vería hasta el día de San Valentín, que me esperaba en el Laundry.

Le he prometido a Rachel una segunda oportunidad. Vamos a
celebrar otra vez
la última noche del mundo, así que
nos vemos el día 15.

¿Se lo has contado?

¿El qué?

¡Que hemos vuelto!

No he podido, estoy muy ocupado,
pero lo haré.

Miré a la Biblioteca de Cartas, donde Rachel estaba trabajando. Pensé en el sueño; me acordé de lo de George, de que Cal había muerto sin saber que le gustaba; pensé en lo mucho que Rachel quería que tuviéramos una última noche y decidí contarle que había vuelto con Amy después del apocalipsis.

Tras tomar la decisión, Frederick y yo echamos una partida de Scrabble para pasar el rato. Le dije que no dejaría de buscar el Walcott.

—Aunque vendamos la tienda, no dejaré de buscarlo.

Entonces me di cuenta de que Frederick es uno de mis mejores amigos. Edad aparte, Frieda y él forman parte de mi día a día, y los echaré de menos cuando no sea así.

—Esta tienda era tuya —le digo.

—Sí —me responde, mientras estudia el tablero.

—Vendré a visitar al próximo dueño, igual que tú a nosotros.

Hizo su jugada y fue como un jaque mate. Me había dejado KO con una puntuación de setenta.

—Henry —me dijo antes de marcharse, pero no terminó la frase.

El tono de su voz, la manera en la que me habló, me hizo sentir que volvíamos a estar juntos en el sueño, arrancando la hiedra.

Me meto en la ducha e intento quitarme de encima la mala sensación que se ha apoderado de mí. No puedo. Sigue ahí cuando salgo de la ducha, cuando me visto. Está ahí mientras me afeito.

George llama a la puerta y entra cuando ya casi he terminado.

—Feliz día de San Valentín—me dice, y coge su cepillo de dientes.

—¿Dónde has dejado tu pesimismo constante?—le pregunto.

—Por primera vez en seis años, tengo un amigo en el instituto. Ya no me importa lo que piense Stacy. Me da igual que me llame bicho raro. Tengo a alguien con quien pasar la última noche del mundo y casi tengo novio. Ya no necesito el pesimismo —me dice—. ¿Le has dado la carta a Rachel?

—Sí. —No—. Mierda.

—¿Mierda?

—Nada, no te preocupes. Todo va bien.

—Todo va muy bien, Henry —puntualiza.

Antes de que pueda corregirla, alguien llama a la puerta: es Martin.

—Tu padre me ha mandado a buscar a George. Tiene que salir y necesita que te ocupes de la tienda.

—Voy en un momento —responde mi hermana, y se vuelve hacia mí—. ¿Qué pasa, Hen?

No me ha llamado Hen desde que éramos niños.

—He vuelto con Amy —le digo.

—Qué bien —exclama—. Me alegro mucho. Todavía podéis ir de viaje.

—¿No te importa que vayamos a vender la librería? ¿No quieres que me quede al mando del negocio para que tú puedas esconderte aquí arriba y ser feliz?

—Me encanta este sitio —responde—. Quiero que nos lo quedemos, pero si no podemos, pasará a manos de alguna otra persona y podremos venir a visitarlo. No te martirices —añade, y sale del cuarto de baño.

Me miro en el espejo. Debería ser el chico más feliz del mundo, pero solo puedo pensar en que hay una situación de mierda a la vista que va ganando impulso.

Cuando llego al almacén, Rachel me está esperando delante de la puerta. Lleva un vestido de algodón color limón y me sorprende a mí mismo pensando si debe de llevar puesto el bañador debajo. Es muy valiente por venir conmigo a la playa, y lo sería aún más si nadara. Qué narices, Rachel es valiente. «Por favor, no vuelvas a marcharte» es lo que pienso mientras abre la puerta de la furgoneta y se sube.

En la radio, suenan los Lucksmiths. Tengo que contarle a Rachel que Cal es el admirador secreto de George, pero decido dejarlo para después del fin del mundo, junto con lo de Amy. Prefiero que ambos disfrutemos de este día. Rachel parece feliz. Yo estoy feliz con ella. Quiere una segunda oportunidad y no voy a estropearlo.

—¿Estás segura de que te parece bien adonde vamos? —le pregunto.

—Deja de preocuparte, Henry. Todo va a salir bien, o no, pero no pasa nada.

La miro durante un segundo. Ahora es una especie de híbrido. La antigua Rachel y la nueva Rachel y probablemente algunas otras Rachels del futuro todas mezcladas en un único cuerpo. Baja la ventanilla y el día entra a raudales: sol y polvo. Subo el volumen de la música para que inunde el coche.

—Gracias —comenta—. No me siento triste.

—Me alegro de inspirarte tal emoción.

Llegamos a las afueras de la ciudad. El cemento desaparece y deja paso a los árboles, y el cielo crece, se extiende en un azul pálido. La carretera vibra suavemente a través de la furgoneta y mece a Rachel hasta que se queda dormida.

Cuando se despierta, estamos en un pueblecito. Mira a su alrededor y sonrío al percibir el aroma azul del océano. Se abraza el torso y me sigue hasta la librería de viejo.

El dueño no está, nos dice la chica de detrás del mostrador. Tampoco nos ha dejado ningún mensaje sobre el Walcott.

—Le mandamos un correo electrónico —le digo, y ella responde que apenas los mira.

—Pero tengo la base de datos al día, así que, si en la web pone que tenemos uno, estará en la sección de poesía.

Me dirijo hacia allí y empiezo a buscar.

—No creo que lo tengan —digo, mientras busco entre las W.

Rachel está de rodillas a mi lado, sacando libros, leyendo los títulos y las contraportadas. También mira en su interior, hojea en busca de notas, de su historia. Levanta la mirada y me pillá observándola, así que me apresuro en sacar un libro para fingir que también estoy buscando. Vuelve al lío.

Poco después, se levanta. Saco algunos libros y le enseño los títulos que me gustan, ella los estudia con atención.

—Eres una conversa de los libros —comento.

—Tal vez —me responde, y veo la tira azul de un bañador junto al cuello del vestido.

La toco sin pensar.

—¿Vienes a nadar conmigo? —me pregunta.

—No me he traído el bañador —le respondo.

—Te he visto en ropa interior muchas veces —comenta.

—Me has visto hasta desnudo —puntualizo.

Se me queda mirando fijamente, de una manera que casi me deja sin aliento.

—Tienes unos ojos muy grandes —le digo.

Es una de esas cosas que siempre he sabido sin saberlo.

—Son para verte mejor —comenta.

Estamos muy cerca y, si no hubiera vuelto con Amy, si no tuviera novia, sé que le preguntaría a

Rachel si podría volver a besarla. No creo que aquel beso fuese solo para poner celosa a Amy. No sé por qué me lo creí entonces. Conozco a Rachel. Aunque haya cambiado. Todavía la conozco. Si no quisiera besarme, no lo habría hecho.

—¿Qué? —me pregunta.

—¿Qué de qué? —respondo.

—Estás sonriendo.

—¿En serio? No lo sé. Acabo de darme cuenta de una cosa.

Antes de que me dé tiempo a añadir nada más, señala y dice muy emocionada:

—Has encontrado un Walcott.

Ni siquiera me había percatado de que lo tenía en la mano.

Comemos en una cafetería de la ciudad. Pedimos y nos quedamos mirando fijamente el Walcott.

—Creo que es una señal —comento.

—Yo también —dice Rachel, pero ninguno de los dos revela de qué cree que es la señal.

No dejamos de sonreírnos el uno al otro, de sonreírle al libro, y yo no puedo dejar de pensar en besarla.

—Deberíamos hacernos preguntas que siempre hemos querido hacer —sugiero mientras comemos.

—¿Sobre qué? —me pregunta.

—Sobre nosotros.

—Lo sé todo sobre ti —comenta.

—Imposible. Siempre hay verdades ocultas. Te lo demuestro. Te voy a hacer preguntas sobre mí, a ver si aciertas.

—¿Qué te parece si llamamos al juego Narcisismo?

—El juego se va a llamar Henry. Primera pregunta: ¿A quién le di mi primer beso?

—A Amy —responde.

—Incorrecto.

—¿A quién entonces?

—A ti. Te besé en la boca con siete años.

—¿En serio?

—Sí, formaba parte de un juego. ¿No te acuerdas?

—No me acuerdo de nada —responde—. Pero es un efecto secundario típico de un trauma.

—Segunda pregunta: ¿Cuál es mi color favorito?

—Rojo. El color del pelo de Amy.

—Incorrecto. Antes sí, pero ahora es el azul —respondo mirándola a los ojos.

Seguido de cerca del amarillo limón. Me devuelve la mirada. No estamos incómodos. Ni extraños. Así es Rachel. Me tira un trozo de pan cuando llega el momento de dejar de mirarnos.

—¿Pasamos ahora al juego de Rachel? —le pregunto.

Mira por la ventana, en dirección al océano. Me dice que sí, pero el suyo hay que jugarlo en la playa.

Rachel

No dejo de repetirme que debe de haber una intención oculta en el juego en el que Henry quiere que participe, alguna otra lectura para la manera en la que me miró en la librería. Pero mis ojos son azules. Yo fui su primer beso. Es la última noche del mundo, y Amy está lejos, muy lejos. Los dos pensamos que el Walcott es una señal.

—¿Pasamos ahora al juego de Rachel? —me pregunta.

Cuando me lo planteo, sé que tenemos que jugar en la playa.

Estamos en la península, a menos de dos horas de la ciudad, en dirección contraria a Sea Ridge. El mar que voy a mirar será diferente y olerá diferente. Tendrá un nombre distinto. Pero será igual de impredecible.

—¿Estás segura de que quieres ir? —me pregunta Henry, y tengo muy claro que no lo estoy.

Llevo dándole vueltas desde que nos bajamos del coche. He pasado demasiado tiempo lejos de él. Lo pensé en la librería antes de comer mientras observaba a Henry recorrer con los dedos los lomos de los libros, deteniéndose en los que adora. Pensé en su vida sin la librería, y al mismo tiempo en la mía sin el mar. Un mundo seco y sin libros. Sería demasiado deprimente.

Escucho el océano mientras nos acercamos, su murmullo que se aleja y se acerca. Cuando aparece ante nuestros ojos, estoy preparada. Es una extensión de agua larga y dolorosamente plana, no como las duras olas que rompen sin parar en Sea Ridge.

Henry y yo nos sentamos en la arena y nos quedamos mirando al agua fijamente durante un buen rato. Es el mar de mis sueños y de mis pesadillas. A veces, es el agua que se llevó a Cal, arrastrándolo en su corriente, y a veces es el agua que me lo trajo de vuelta, blanco como un zifio. A veces, si tengo suerte, está vivo y persigue peces plateados.

Le hablo a Henry de las tres capas del océano: la del día, la del crepúsculo y la de la medianoche, llamadas así por la cantidad de luz que llega hasta ellas. En la zona de la medianoche, las criaturas tienen que crear su propia luz. Antes de que Cal muriera, esa noche era mi favorita. La idea de la ausencia de luz me fascinaba.

—Quería bucear, ¿te acuerdas? —le pregunto, y Henry responde que no entendía cómo podía ser tan valiente.

No era cuestión de valor. No me había imaginado nunca que pudiera ocurrirme algo terrible, ni a mí ni a las personas a las que quería. Daba por sentado que siempre estaríamos bien.

Pienso en los animales que quería ver: las orcas, el pez hacha, el calamar vampiro. Recuerdo cómo estudiaba cada palabra de los libros fascinada por el pez dragón, metal y volantes, dientes y

ojo; fascinada también por criaturas hermosas, de colores que no he visto nunca en la superficie de la tierra, eléctricos y pálidos, criaturas que brillan como la nieve recién caída en la oscuridad.

—Me da miedo, pero lo necesito —le digo a Henry.

—No te culpes, es normal —me responde, y me pregunto si era eso lo que necesitaba oír, que se me permite volver a quererlo—. ¿Quieres nadar? —me pregunta.

—Sí, pero no estoy lista todavía.

Nos quedamos sentados durante una hora más. Observo el océano y a Henry. Hace un castillo de arena y pone un círculo de conchas alrededor de las almenas. Antes de marcharnos, se acerca a la orilla para lavarse las manos. Creo que lo hace a propósito para poder volver y salpicarme, para que sienta el agua sobre mi piel.

Cuando Henry me deja en el almacén para que me cambie de ropa hay un tenue brillo rosa en el cielo. Me acuerdo de algo que me dijo Gus.

—La sensación de que estás bien otra vez te llegará. Si haces todo lo que te he aconsejado, llegará.

Lo dijo como si fuera algo físico, tan real como un paquete que trae el cartero.

Al bajar de la furgoneta, veo brevemente mi reflejo en la ventanilla. No soy mi antigua yo ni la versión de mí que he sido durante los últimos once meses. Soy otra yo. Todavía no llego a reconocerla. Si tuviera que describirla, diría que parece expectante.

Cuando vuelvo a la librería, el cielo se ha encapotado.

—Va a llover antes de mañana —le digo a Henry.

—Esperemos que no —me responde, y me sonrío nervioso.

Caminamos hasta Shanghai Dumplings, donde nos reuniremos con sus padres y con George, Martin y Lola.

—Como es la última noche del mundo, han aceptado venir a cenar —comenta Henry, y después guardamos silencio.

Estoy esperando a que diga algo, a que vuelva a tontear conmigo, a que aclare la situación. Sopeso si debería decirle que la carta que le escribí hace tres años no era de despedida.

Mai Li nos da unos menús y nos acompaña hasta la mesa, le dice a Henry que sus padres están discutiendo otra vez.

—No sé de qué va la cosa, pero no parece nada bueno. Tu madre está llorando.

Subimos las escaleras y vemos que Mai Li tiene razón. Sophia tiene los ojos rojos y una pequeña mancha de rímel bajo el derecho. Henry parece preocupado. Pone una mano sobre el hombro de su madre, y ella le sonrío.

Nos sentamos, Lola llega poco después que nosotros, y luego George y Martin. Cuando estamos

todos sentados, un silencio incómodo cae sobre la mesa.

—¿Qué pasa? —pregunta Henry.

—Nada —responde Sophia—. Ya lo hablaremos luego.

—Tu madre ha vendido la librería —aclara Michael.

—Fue decisión de todos —replica Sophia—. Votamos sentados a esta misma mesa. Después, me llamaste y me dijiste que buscara compradores.

—Compradores para el negocio, no promotores que quieran derribar el edificio —comenta Michael, y se vuelve hacia nosotros—. No quedará ni rastro. Lo ha comprado una empresa para derruirlo, pero han pagado una fortuna por él. Somos ricos —dice, y después parece avergonzarse por su tono cortante.

—Lo siento —comenta Sophia, mirándonos a Lola, a Martin y a mí—. Somos unos maleducados. Deberíamos tratar el tema más tarde.

—Cancélalo —comenta George, dirigiéndose a Sophia—. Diles que no hay trato.

—No puede —dice Michael en voz baja, esta vez controlando el tono—. Está hecho. Se acabó.

—No puede acabarse. Es nuestro hogar —se queja George—. Yo no voté para que la derribaran.

—Tú no votaste nada —puntualiza Sophia en tono amable—. No dijiste nada.

—Entonces no, pero ahora sí —dice George—. Tal vez habría hablado antes si no me hubierais puesto entre la espada y la pared. ¿Henry? —lo invita a intervenir George.

Él parece estar en *shock*. Le cojo la mano y la aprieto.

—¿Qué estáis leyendo? —pregunta Sophia para cambiar de tema, pero nadie responde.

El silencio es insoportable, así que le digo que acabo de terminar *El atlas de las nubes*.

—Henry también se lo ha leído.

—Es un buen libro —comenta George sin muchas ganas.

—Estoy de acuerdo con George —dice Sophia—. Es un gran libro. Todos los personajes comparten la misma marca de nacimiento, ¿verdad? ¿No son todos la misma persona?

Sus ojos revolotean entre nosotros y se posan en Michael, que guarda un silencio sepulcral.

—No son la misma persona —comenta Henry—. Pero tienen la misma alma.

—¿No significa eso que son la misma persona? —pregunta George, mirando a su padre.

Niega con la cabeza, pero no responde.

—Trata sobre la transmigración del alma —explico—. Yo creo que va sobre la posibilidad de que un alma pueda pasar a otro cuerpo tras la muerte.

—¿Alguien cree de verdad que las almas son capaces de transmigrar? —pregunta Martin, hablando para George.

—Yo —responde ella—. Y también pienso que los libros pueden tener alma.

Le he dado muchas vueltas, pero no he cambiado de opinión sobre las almas, la transmigración o los fantasmas. No obstante, lo que sí ha cambiado es cuál quiero que sea mi opinión. Me gusta la idea de que el alma de Cal pudiera encontrar una manera de transmigrar. En la playa, cuando me

di cuenta de que ya no estaba con nosotros, habría sido mucho más fácil de haber sabido que su núcleo, lo que lo convertía en Cal, se había marchado a algún otro lugar, desaparecido, pero no del todo. Que se había transformado en otra cosa, incluso en nubes habría sido mejor que en ceniza.

—Transmigrar viene del latín *transmigrare* —dice Michael por fin—. Significa transportar de un lugar a otro. *Trans* significa «que cruza» o «más allá».

—O «a través» —añade Henry—. «Al otro lado.»

—Exacto —dice su padre—. ¿Has leído ya «La memoria de Shakespeare»? Trata también sobre una especie de transmigración. Una transmigración de la memoria.

—Lo he leído —contesta Henry, que parece muy triste.

Sabía que se sentiría así cuando perdiera la librería. Una cosa es imaginarte que algo que quieres va a desaparecer. Otra muy distinta es que ocurra de verdad.

Todo el mundo sigue hablando para ocultar el terrible silencio.

Lola dice que ha leído *50 sombras de Grey*, y Henry se tapa los oídos y se excusa para ir al baño. George dice que ella también lo quiere leer, y ahora es su padre el que no quiere oír nada. Martin comenta que ha leído un libro de Peter Temple que le sugirió George, y la conversación se desvía hacia la literatura policiaca. Durante todo este tiempo, yo solo escucho a medias.

Pienso en la transmigración de la memoria. No la que plantea Borges en el relato, sino la que tiene lugar todo el tiempo, la que salva a las personas de la única manera de la que somos capaces; los muertos permanecen aquí a través de sus experiencias, de las marcas que dejan en las páginas, de sus historias. Es una idea muy bonita y decido que también es completamente posible.

Henry

Quiero llorar cuando mi padre nos dice que van a derribar la librería. Solo tengo ganas de llorar y de volver atrás en el tiempo hasta hace un mes, para cambiar mi voto. Me doy cuenta de que renunciaría a mi billete de avión para dar la vuelta al mundo, renunciaría incluso a Amy, si pudiera salvar la librería. No tenía ni idea de cómo me sentiría cuando pasara de verdad. De repente, se ha abierto un agujero en mi interior, un vacío en el futuro.

Pienso en el mañana, miro al camino que se extiende frente a mí y me veo pasando por delante de un bloque de apartamentos horrible y diciéndoles a mis hijos que ahí, justo en ese lugar, una vez se elevó un edificio precioso, la casa en la que yo crecí.

—¿Y qué ha sido de él? —me preguntan, y yo les cuento que lo sacrifiqué para estar con una chica a la que no le gustaba cómo me ganaba la vida, una chica que estaba un poco enamorada de otra persona, una chica que solo volvía conmigo cuando se sentía sola. En resumen, niños, vuestro padre la cagó de lo lindo. Si Amy me quiere, tiene que aceptarme también si trabajo en una librería. No me puedo creer que no le haya pedido eso nunca.

No soy capaz de mirar a mi padre. Me muero de vergüenza. Estoy demasiado triste. Estudio el mantel, cada milímetro del estampado. Me concentro en los círculos. Recorro la circunferencia con la mirada hasta encontrar el final de uno y después pasar al siguiente. Es el mismo mantel de siempre. Todos los del restaurante son iguales. Nunca me había fijado en los pequeños círculos.

Rachel me coge de la mano, es lo único bueno de la cena. Pienso que sería capaz de pasar por muchas cosas siempre y cuando ella me coja de la mano. Pobre o no, es mi mejor amiga. Me ha visto babeando sobre la almohada. Me ha sacado a rastras del baño de las chicas cuando estaba encajado entre el retrete y la papelera de productos sanitarios. Quiere pasar la última noche del mundo conmigo aunque la dejase plantada la última vez.

Intento pensar en la situación general. No es que deba elegir entre Amy y Rachel. Aunque no pueda tener a Rachel como algo más que una amiga, de repente me doy cuenta con total claridad de que no quiero a Amy. No me apetece viajar al extranjero con ella. Prefiero estar aquí, con mi familia, ayudándolos con los efectos secundarios de la venta.

La conversación pasa de la transmigración a *50 sombras de Grey*, así que me tapo los oídos y cierro los ojos. Tras mis párpados, veo un mundo sin libros. Miro a mi alrededor durante un tiempo, siento su horizontalidad, el gris de su paisaje, los escombros y la desolación. Elijo abrirlos de nuevo.

Voy al baño para redactar mentalmente el discurso que quiero hacer, lo que debo decir para cambiar la situación de nuestra familia y que vuelva a ser lo que era; básicamente, lo que he

pensado mientras estaba sentado a la mesa pero con un poco más de orden.

Vuelvo, pero todos se están marchando.

—Me voy a casa, a la librería —le dice George a mi madre, y se va con Martin.

Mi padre se aleja en la dirección contraria a pesar de que lo estoy llamando. No sé adónde va, pero avanza con paso decidido. Mi madre va a llevar a Lola al Laundry. Se ofrece a llevarnos a Rachel y a mí también, pero le doy un beso en la mejilla y le digo que la llamaré más tarde.

—Sé que todo esto es culpa mía —le digo.

—Claro que no, Henry. No es culpa de nadie.

Rachel y yo nos quedamos mirándola hasta que se sube al coche, y después empezamos a caminar.

—¿Cómo he dejado que ocurriera esto? —pregunto—. ¿Cómo es posible que no supiera cómo me sentiría al perder la librería? Tengo mucha imaginación. —Lo repito una y otra vez de camino al Laundry. Intento conseguir crearme mis palabras—. Apartamentos —digo una y otra vez—. Apartamentos.

—Todo saldrá bien —me repite Rachel sin cesar.

—¿Cómo? —le pregunto cuando nos colocamos en la fila, esperando para entrar—. ¿Cómo va a salir bien? Es el fin del mundo. Es el apocalipsis de verdad.

—Claro que no.

—Tienes razón. El fin del mundo sería mejor.

—Henry —me dice, y, sin avisar, añade—: Te quiero.

Es un pequeño rayo de luz en la oscuridad.

Es resplandeciente, increíblemente brillante. La vida sigue siendo una mierda, pero al mismo tiempo es increíble. La sinceridad y el valor son contagiosos, así que cojo a Rachel de las manos. Estoy temblando un poco, lógico, dado que estoy a punto de decirle que yo también la quiero. La quiero. Hace tiempo que es obvio probablemente para todo el mundo excepto para mí.

—Rachel —le digo.

—Henry —me dice, y pone cara seria.

Me doy cuenta de que tiene que esforzarse para mantener esa cara. Todavía parece triste de vez en cuando, pero ya no es su expresión por defecto.

—¿Qué, Henry? —me pregunta.

Y entonces aparece Amy a nuestro lado, aparta mis manos de las de Rachel y dice:

—Gracias por cuidar de él. Volvimos el viernes pasado. ¿No lo sabías?

Sonríe, vuelve mi cara hacia ella y me besa.

Sé con total seguridad que, cuando sea viejo y empiece a perder la memoria, todavía sentiré la calidez de las manos de Rachel alejarse de las mías.

Parpadeo y la expresión de Rachel ha cambiado. Sonríe con más ganas. Es una sonrisa falsa, pero

solo yo podría darme cuenta.

—Qué bien —le dice a Amy—. Me alegro mucho. —Señala a la fila, que se ha puesto en movimiento—. Deberíais entrar a ver a Lola.

—Ni hablar. Te prometí un apocalipsis, y eso es lo que vas a tener.

—No pasa nada —me dice—. Te libero. —Hace una floritura con la mano—. Hemos pasado un día estupendo, ahora deberías estar con Amy, sobre todo después de haber perdido la librería.

No quiero estar con Amy. Quiero estar con Rachel. Pero no puedo decirlo en voz alta porque eso sería una putada y no quiero ser un capullo. No obstante, no puedo dejar que Rachel se marche, así que me vuelvo hacia Amy y le pido que me dé un segundo de intimidad, y entonces le pregunto a Rachel en voz baja:

—¿Me quieres?

Me mira con expresión seria.

—Siempre serás mi mejor amigo. Me encanta absolutamente todo de ti. No querría vivir sin ti. Pero no estoy enamorada de ti. Lo que pretendía decir es que te quiero como amigo.

—No te creo —le digo.

—Créeme —me asegura—. Estoy bien.

—¿Y el beso?

—No significó nada, Henry. Probablemente vuelva con Joel. No te martirices.

No me creo que no me quiera, pero sí que la he perdido. Tiene la misma expresión que cuando volvió. La cara de una desconocida. Puedo sentir que se abre un abismo en mi pecho.

—¿No vas a venir a ver la última actuación de The Hollows? —le pregunto, porque tengo la sensación de que, la próxima vez que la vea, Rachel me habrá alejado de su vida para siempre, como hizo después de la otra última noche del mundo.

—Os veo dentro —me responde, y se adelanta para mezclarse entre la multitud.

Me siento afuera porque necesito tomar aire. Tengo que hablar con Amy. Decir que la noche está siendo un auténtico desastre es quedarse corto. He perdido la librería. He perdido a Rachel. Tengo lo que quería, está claro, solo que no puedo creer que fuera eso lo que deseaba.

—Henry, ¿qué te pasa? —me pregunta Amy.

—Vamos a vender la librería —le respondo.

—Ya lo sé —dice, y sonrío—. Vais a ganar una fortuna. Nunca he entendido por qué no os habéis decidido antes.

Porque adoro ese sitio. Porque me encantan los libros, hasta el último punto. Los quiero de una manera que va más allá de la lógica y de la razón. Así son las cosas. Los quiero de la misma forma que las personas de la Biblioteca de Cartas. Leerlos no es suficiente, me gusta analizar en detalle cada página para llegar al otro lado, a la persona que los ha vivido antes que yo. Quiero dedicar mi vida a buscarlos, a leerlos, a venderlos. Me encanta atender a los clientes y poner el libro adecuado en sus manos. Quiero estar ahí para consolar a Al cuando se dé cuenta de que el libro que está escribiendo ya está publicado. Me gusta mucho charlar con Frederick y Frieda.

Adoro escuchar al club de lectura. Lo quiero todo. Quiero que no acabe nunca. Y, si no puede durar para siempre, lo quiero hasta el mismísimo segundo final. Y quiero a una chica que me quiera así. Con polvo y con todo.

—¿Qué es lo que te gusta de mí? ¿Por qué me quieres, Amy? —le pregunto.

—Me gustan muchas cosas —me responde.

—Dime una, por favor. Necesito oírlo.

Se lo piensa y responde:

—Me gusta que siempre estés ahí.

Ya sabía que le gustaba eso de mí. Le encanta. Me rasco la cabeza y pienso en lo que ha dicho. Casi me dan ganas de reírme.

—Lo siento —le digo, y me pongo de pie—. No es suficiente. No puedo estar contigo, Amy. Necesito a alguien que me quiera por algo más, no solo porque siempre esté ahí.

—Hay más —continúa.

—Tendría que haber muchísimo más para que fuera suficiente.

Esta noche me doy cuenta de lo mucho que Amy odia estar sola. Un viaje por el mundo sin un amigo supone una tortura. Lo entiendo. Pero yo no pienso acompañarla.

—¿Por qué no te llevas a Greg al viaje?

—Te desnudó y te ató a un poste. Te metió en el maletero.

—Pues sí —le digo—. Entonces tendrás que esperar a que llegue alguien mejor.

—Si con quien quieres estar es con Rachel, estás perdiendo el tiempo —me dice—. No te quiere a ti, solo me odia a mí. Tengo la carta que lo demuestra.

—¿Qué? —le pregunto, y de repente me acuerdo de la carta que Rachel mencionó la primera noche que pasó aquí—. ¿Qué carta?

Amy no me contesta.

—Si alguna vez te he importado lo más mínimo, por favor, cuéntame lo de la carta.

Se rinde, y he de decir que parece avergonzada.

—La dejó la última noche del mundo. Me llevaste a tu habitación y, mientras estabas en el baño, le eché un vistazo al libro que había sobre tu cama. Rachel te había escrito una nota en la que te pedía que miraras en un libro de la Biblioteca de Cartas. No me acuerdo del título.

—¿Era el *Prufrock*?

—Sí, me suena —responde—. Lo encontré cuando bajamos y cogí la carta. Quería pasar la última noche contigo y pensé que, si la leías, te irías con ella.

—¿Qué decía la carta? —le pregunto, pero ya lo sé: que me quería—. ¿Todavía la tienes? —le pregunto, y me dice que la metió en otro libro, uno que pensaba que yo nunca consultaría.

—Era un libro con una portada amarilla —me dice, y cierro los ojos de pura frustración—. El autor tenía un nombre japonés que empezaba con K.

—¿Kazuo Ishiguro?

—Tal vez.

—¿Nunca me abandones? —le pregunto.

—Posiblemente —me responde, y la dejo ahí plantada.

Me abro camino entre la gente para buscar a Rachel en el bar. Mientras avanzo, mi optimismo se apodera de mí. Estoy pensando en un montón de cosas, y una de ellas es su carta. Me quiso una vez. Si el pasado es tan real como el presente, si la teoría del universo de bloque creciente está en lo cierto, en algún lugar de mi línea de tiempo, Rachel todavía me quiere. Está metiendo la carta en el *Prufrock* y esperando a que yo responda. Y, en algún lugar, hay un futuro que espera que lo escribamos. ¿Y el presente? El presente es nuestro si lo queremos.

Grito su nombre mientras avanzo, no me importa lo que piensen de mí ni la pinta que tengo. La llamo por teléfono, pero no me responde. Le dejo un mensaje en el buzón de voz y le digo que voy de camino al almacén, que nos vemos allí.

Estoy a punto de marcharme, pero entonces veo a Lola sobre el escenario, sola. Apenas toca con la fuerza suficiente para que se le oiga, y la gente ha empezado a gritarle. La saludo con la mano y, al verme entre la multitud, me dedica una sonrisa triste. Las luces tienen un brillo diamantino. Lola parece perdida en su resplandor.

Me abro paso entre la multitud y me acerco al escenario; ella se agacha para poder oírme.

—¿No va a venir?

—No le he pedido perdón, al menos no directamente. Le dejé un mensaje en el buzón de voz para decirle que la necesitaba esta noche. Ella me dejó otro para decirme que pensaba que sería más fácil decirle adiós a una máquina y no pasar por todo el rollo. Joder, sí es verdad que pongo la música por delante de todo, pero ella es la música.

No le restriego que se lo dije. ¿Qué sentido tiene? En cambio, me subo al escenario. Puede que The Hollows haya tocado su última canción, pero yo sigo aquí. No sé cantar, pero, a la mierda, al menos no estará sola.

Lola empieza a tocar una canción que conozco de Art of Fighting. Cuando terminamos esa, nos ponemos con otra de Ben Folds. Casi llegamos al cuarto tema, pero Lola deja de tocar porque el público está gritando que yo deje de cantar, y no parece que Hiroko vaya a venir ya.

Lola le pide perdón al público y justo se va a quitar la guitarra para guardarla cuando oímos un aplauso. El estruendo se extiende por el bar, y entonces vemos a Hiroko abrirse paso entre la gente con un triángulo.

—No me ha dado tiempo de traer el glockenspiel —dice cuando se sube al escenario.

—Menos mal —suelta Lola.

Las dejo juntas sobre el escenario para tocar su última canción.

Puede que no sea la última noche del mundo de verdad, pero me da la sensación de que no tengo tiempo que perder.

Rachel

Sonrío hasta que me he alejado de Henry y Amy, y entonces me echo a llorar como la imbécil que soy. Me abro camino entre la gente. Encuentro un rincón al fondo del Laundry donde Henry no pueda verme. Contengo la respiración mientras observo a Lola salir al escenario sola, esperando a Hiroko. Después, veo que Henry sube para cantar con ella. Se le dan bien muchas cosas, pero cantar no. Aun así, está espectacular.

Cuando Hiroko aparece y se sube al escenario, el público enloquece. Las luces se mecen con las voces de la muchedumbre. Lola toca una nota y reconozco la canción, es la primera que escribieron juntas. Nos la cantaron a Henry y a mí un día en su garaje. Necesito que la música esté más alta para dejar de escucharme decir «te quiero», para dejar de escuchar a Amy darme las gracias por cuidar de Henry.

Henry ha debido de pasarse todo el día pensando en ella mientras estaba conmigo en la librería, en la playa y en el coche. Me vuelven las ganas de darle una patada. «Lo has tirado todo por la borda: la librería, la Biblioteca de Cartas, todo lo que quieres, por ella.»

Voy al baño a lavarme la cara. Me encuentro con Katia.

—¿Cómo te ha ido con Shakespeare? —me pregunta, y le respondo que se va a ir de viaje con Amy—. Es una pena —me dice—. Él se lo pierde, debería estar contigo.

Doy una vuelta por el bar y salgo a la calle. Podría volver al almacén, pero prefiero estar en la librería. Quiero seguir catalogando la Biblioteca de Cartas. Ahora me parece más importante que nunca registrar las voces que hay entre las páginas. No es que vayan a desaparecer, están escritas, así que existirán para siempre, pero Michael las perderá, y no puedo soportarlo.

Mi plan es pasarme la noche catalogando para no pensar en Henry y Amy. Enciendo el ordenador y cojo un montón de libros de la estantería. Echo un vistazo al primero e intento concentrarme, pero estoy demasiado inquieta.

Cojo el ejemplar de *Sea* y lo hojeo en busca de las notas de Cal. Hay una pequeña marca junto a una medusa, pero no es su letra. Conozco su caligrafía tan bien como la mía. Siempre andaba garabateando. Su último día, un minuto antes de meterse en el agua, estaba escribiendo. Tumbado bocabajo, apoyado sobre un brazo, con el sombrero playero de mi madre y sus gafas de Audrey Hepburn. Estaba escribiendo en uno de esos cuadernos que tienen un borde perforado para poder arrancar bien las páginas; eran sus favoritos.

Siento una presencia detrás de mí y vuelvo la cabeza: es George. Está mirando fijamente el ejemplar de *Sea* y le pregunto si cree que Cal dejó alguna carta en la Biblioteca.

—No es nada importante, solo curiosidad —le miento.

—Sí que dejó cartas —me responde, y coge el ejemplar de *Orgullo y prejuicio y zombis*.

Veo a Elizabeth en la cubierta, con la cara medio descompuesta y las cuerdas vocales al aire.

George me enseña una carta.

Está escrita en el tipo de papel que usaba Cal, en el que estaba escribiendo ese día. Parece muy delicada, tal vez sea mi imaginación, o tal vez George la haya leído un montón de veces. Sé que la catalogaré más tarde. La trataré con más cuidado que cualquiera de las otras que he encontrado.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 44 y 45
25 de noviembre de 2013

Querida George:

Entiendo tu preocupación ante la posibilidad de que sea un psicópata. No lo soy, pero también comprendo que probablemente todos digan lo mismo. Mi hermana te lo puede demostrar.

Normalmente, mi hermano no es un psicópata.

No sabe por qué ha escrito eso. Está concentrada en un documental. Sería capaz de firmar cualquier cosa si se lo pides mientras está viendo a Brian Cox.

Espero que me sigas escribiendo.

PITEAS

Todo cobra sentido: las artemias salinas, la pequeña flecha en el ejemplar de *Sea* que ahora sé que dibujó Cal para indicarle a George la criatura que le gustaba.

—Piteas fue el primer explorador en relacionar la luna con las mareas —le explico.

—Es Cal, ¿verdad? —me pregunta.

Asiento.

—Le quiero —me confiesa.

Oírla decir eso me hace tremendamente feliz. Me rompe el corazón.

—¿Crees que él también me quiere? —me pregunta, y vuelvo a asentir.

Me sonrío. Es una sonrisa tan radiante, tan llena de esperanza, que no soporto mirarla.

—Le di a Henry una carta para que te la diera. Necesito que se la envíes.

Le digo que me dé un momento y voy al baño. Está ocupado. Me quedo fuera pensando en lo injusto que es el mundo, en que Cal podría haber estado con George. Ella lo quería y él la correspondía y, si no hubiera salido a nadar justo entonces, ahora mismo estarían juntos.

La persona que estaba en el baño es Frederick.

—Tal vez no sea asunto mío, pero ¿estás bien? —me pregunta al verme.

—No —le respondo.

Y ahí, de pie en la puerta del baño, le cuento lo que acaba de ocurrir. Lo suelto todo, que le he mentado a George y que ahora le voy a romper el corazón cuando le cuente que Cal ha muerto.

Mis palabras se entrelazan y forman un revoltijo, estoy llorando. Pero Frederick asiente, me escucha y me cuenta un poco más sobre Elena.

—Me encantaba esta tienda cuando era una floristería. Me encantaba estar aquí con mi esposa. Pero, después de su muerte, todo me recordaba a ella. Me resultaba insoportable. Vendí este sitio por una cantidad irrisoria. Quería quemarlo. Una noche, hasta lo intenté, pero Elena me detuvo.

—¿La viste? —le pregunto—. ¿A su fantasma?

Asiente, con expresión totalmente seria.

—Estoy seguro de que no paraba de apagar la cerilla.

—No sé cómo contárselo a George —le confieso.

—Lo mejor sería empezar diciéndole otra vez que la quería.

El amor es importante. Las cosas pequeñas son importantes. Esté o no enamorado de mí, Henry me quiere. Aunque Cal y George no estén juntos, él la quería y ella también.

Empiezo por ahí.

—Era Cal —le digo.

Estamos fuera de la librería para poder tener algo de intimidad. Le hablo de la muerte de Cal de la manera más delicada que puedo.

Se queda mirando fijamente el cielo, que esta noche no tiene ninguna estrella. Un cielo no puede no tener estrellas, pero las luces de la ciudad intentan ahogarlas con todas sus fuerzas.

—Murió hace casi un año.

Esperaba que se enfadara, pero permanece completamente quieta, excepto por la presión que ejerce sobre mi mano.

—¿Qué pasó? —me pregunta, y empiezo por cualquier parte, no sé exactamente dónde queda el principio de la historia.

Lo describo en la playa, con el sombrero de mi madre y sus enormes gafas de sol, escribiendo en su diario.

—Creo que te estaba escribiendo una última carta.

Voy a encontrarla. Empezaré a buscar en la caja y, si no está ahí, volveré a Sea Ridge y revisaré cada centímetro de la casa.

—Mi madre y yo estábamos hablando del futuro. De mi futuro. Estábamos pensando a qué universidad iría, comentando cuál tenía la mejor facultad de biología marina.

»Cal dejó el bolígrafo, se quitó las gafas y el sombrero y corrió hacia el agua, gritándome para que lo siguiera, pero yo me quedé en la playa charlando con mi madre.

Veo a Cal corriendo hacia el agua, bañado por una suave luz amarilla, mientras nosotras seguimos sentadas sobre la arena hablando del mañana.

La mayoría de la gente no se da cuenta de que ahogarse es un suceso silencioso. Cal sabía nadar muy bien, la posibilidad de que muriera de esa manera nunca se nos ocurrió. Él y yo habíamos llegado mucho más lejos. Habíamos nadado por la noche, en lugares peligrosos, y no nos había pasado nada. No tiene sentido que muriera aquel día, a aquella hora, cuando el agua parecía tan tranquila.

Se ahogó mientras yo le preguntaba a mi madre si podía hacerme un *piercing* en el ombligo; ella me dijo que sí y me preguntó cómo lo hacían. Se ahogó mientras yo espantaba una mosca. Mientras observaba los árboles torcidos, mientras me imaginaba el sexo con Joel, mientras excavaba en la arena con los dedos de los pies.

—Intentamos salvarlo —le digo—. Lo arrastramos hasta la arena.

No le cuento que mi madre se levantó de repente y se puso a mirar el agua. Que yo me eché a reír y le pregunté: «¿Qué pasa?», porque pensaba que Cal estaba haciendo algo gracioso.

«No lo veo», me dijo, y se quitó el vestido antes de correr hacia el mar.

Esos segundos perdidos son los que siguen atormentando a mi madre. «¿Por qué me paré a quitarme el puto vestido? —la he oído decirle a mi abuela—. ¿Por qué?»

«Porque sí —le respondió mi abuela—. Además, tampoco habría importado. Ya se había ido.»

En cambio, le cuento a George que Cal murió en el lugar que más le gustaba del mundo. Le digo que fue rápido, cosa que es cierta, excepto en mis pesadillas. Le aseguro que lo último que hizo fue escribirle una carta.

Le hablo sobre el futuro que planeaba, que quería bucear en el golfo de México, en Cañón Verde. Le hablo del cañón, de los animales que se imaginaba que vería, muy por debajo de la

superficie, donde no llega la luz. Le hablo de la luz a esa profundidad, la de los miles de millones de microorganismos que brillan en la oscuridad. Charcos de luz, como nieve a la deriva.

Caminamos juntas hasta mi coche. Saco la caja y nos sentamos en el bordillo a echarle un vistazo al contenido. Hay diarios y cómics y un pequeño globo terráqueo que le regalé a Cal en unas Navidades. Están las llaves del candado de su bicicleta, algunas monedas, sus gafas de nadar y una navaja. Encontramos su carné de la biblioteca, un CD. A George tal vez le parezca extraño que la caja que me dio mi abuela contenga estas cosas, pero todos estos objetos son importantes para mí. Son su vida. Nunca tiraré estas pequeñas cosas. Nunca llegará el día en que no las quiera, todos los pequeños detalles de Cal que formaban una vida.

En el diario, como esperaba, hay una carta para George. Se la paso sin mirarla y la lee en voz alta. Cal quería a George y ella también, es importante. Levanto la vista al cielo ahogado por la luz. Encuentro una estrella.

La carta es bonita y valiente, y al escucharla sé sin lugar a dudas que Henry tenía razón. Había entendido el mundo del revés. Lo importante es la vida.

—¿Quieres que vaya a buscar a Martin? —le pregunto a George cuando ha terminado de leer.

—Sí, eso estaría bien —me dice—. Está en el jardín de lectura.

Entro en la librería y vuelvo acompañada de Martin.

Carta sin fecha

Querida George:

Estamos a principios de marzo, a finales del verano, pero todavía hace calor. No queda mucho tiempo para poder seguir nadando.

Estoy en la playa con mi madre y con mi hermana. Mi hermana es Rachel Sweetie. Yo soy Cal Sweetie. Sí. El chico alto, delgado y torpe que conoces desde siempre. ¿Estás decepcionada? Sería comprensible. Espero que no sea así.

Creo que deberíamos salir. Tener una cita. Así verás si te gusto en persona o no.

Voy a ir a nadar. Después, enviaré esta carta a Howling Books. Mi amigo Tim me ha ayudado, pero se acaba de mudar a otro estado.

Así que, si quieres contestarme, envía tu carta al 11 Marine Parade, Sea Ridge, 9873.

Con cariño,

CAL

Henry

No paro de llamar a Rachel de camino a su casa. Insisto una y otra vez, pero no me lo coge. Le dejo varios mensajes.

—La he cagado. No sabía lo que sé ahora. Lo que quiero de verdad es a ti y a la librería. No necesito un montón de dinero. Puedo vivir sin un futuro definido siempre y cuando tú formes parte de él.

Ahora mismo estoy bajo los efectos de lo que describiría como una fiebre de amor. Le pregunto al conductor del taxi si puede ir más rápido. Él me dice que no, porque estamos en un atasco.

—Hay un coche averiado más adelante —comenta.

—Qué oportuno —respondo, y saco la cabeza por la ventana para ver qué pasa.

Hay varios coches, así que no parece que vayamos a movernos dentro de poco. Le pago, bajo del coche y echo a correr. La lluvia que Rachel había predicho antes empieza a caer.

Es una de esas tormentas de verano que te golpean con fuerza. Los truenos rugen, pero sigo corriendo, salpicando a cada paso.

Cuando llego a casa de Rachel, estoy empapado. Llamo con ganas a la puerta y grito su nombre. Su tía me abre y pone mala cara.

—Ya sé que la he cagado —le digo, intentando hablar entre jadeos—. Pero puedo arreglarlo si hablo con ella.

—No está en casa —me responde—. ¿Qué has hecho?

—¿No te lo ha dicho?

—No la he visto.

—Mierda —digo, y levanto los ojos para observar la lluvia, sabiendo que me acabo de gastar todo el dinero que tenía en el taxi—. Mierda. —La miro—. No tengo dinero.

—Espera un momento —me dice—. Yo te llevo.

Me bajo del coche en cuanto para y corro directo a la librería empapando el suelo de agua. No veo a Rachel. Grito su nombre mientras busco el ejemplar de *Nunca me abandones*. En la biblioteca no se tira nada, así que tiene que estar aquí.

—¡Rachel! —grito otra vez mientras saco el libro y rebusco entre las hojas.

Encuentro una fina hoja de papel con su letra.

12 de diciembre de 2012

Querido Henry:

Te dejo esta carta en la misma página que «Canción de amor de J. Alfred Prufrock» porque te encanta ese poema y a mí me encantas tú. Sé que estás con Amy, pero, joder, ella no te quiere. Se quiere a sí misma, y mucho. Me encanta que leas. Me encanta que te gusten los libros de segunda mano. Me encanta prácticamente todo de ti y te conozco desde hace años, así que imagínate. Me marcho mañana. Por favor, llámame cuando leas esto, no importa lo tarde que sea.

RACHEL

Con la carta en las manos me da la sensación de que, aunque la librería ya esté vendida, no todo está perdido. Perdemos cosas, pero a veces las recuperamos. La vida no siempre pasa en el orden que queremos.

—¡Rachel! —grito otra vez.

—¿Me has llamado? —me dice, me doy la vuelta y la veo.

—Estás aquí.

—Llevo aquí todo el rato —me dice—. He hablado con George y después me he ido a sentar al jardín de lectura. Han venido todos. Estamos tomando algo para despedirnos de la librería.

—Te quiero —le digo.

—Besaste a Amy —me responde.

—Pero te quiero a ti, y, antes de que me lo digas, sí, las palabras sí importan. No son inútiles. Si lo fueran, no serían capaces de iniciar revoluciones ni de cambiar la historia, y no pensarías en ellas cada noche antes de irte a dormir. Si fueran solo palabras, no escucharíamos canciones, no pediríamos que nos leyeran cuando somos niños. Si fueran solo palabras, no tendrían significado, y las historias no habrían sobrevivido desde antes de que la humanidad aprendiera a escribir. Nosotros tampoco habríamos aprendido a escribir. Si fueran solo palabras, la gente no se enamoraría por ellas, ni se sentiría mal por ellas, ni sufriría o dejaría de sufrir por ellas, ni practicaría sexo por ellas. Si fueran solo palabras, Frederick no estaría buscando el Walcott desesperadamente. —Paro para tomar aliento y, al ver que no dice nada, continúo—: Puede que haya besado a Amy, pero ahora te digo que te quiero. Y tú también me quieres. —Agito la carta—. Esta carta tiene tu firma. Hay quien diría que es un contrato.

—Pero tiene fecha. No creo que puedas hacerme cumplir un contrato firmado en pleno subidón de azúcar hace tres años —me dice.

—Me parece que no se le puede poner fecha a un asunto así. Una carta de amor, por definición, debería ser atemporal; de lo contrario, ¿qué sentido tiene? Te quiero, pero solo durante cierto tiempo; después, mi amor ha caducado. ¿Qué problema tiene el universo con «para siempre»? A los gansos les funciona.

—¿Los gansos? —me pregunta Rachel.

—Se aparean de por vida.

—Eso no es estrictamente cierto —me dice, y entonces se interrumpe a sí misma, me coge del cuello de la camiseta y me acerca—. Ha sido un discurso muy bonito —me dice.

—Me he dejado llevar un poco.

—Me ha gustado.

—Eres mi mejor amiga. Eres la mejor persona que conozco. Eres espectacular, Rachel Sweetie. Te quiero —le vuelvo a decir, y después la beso.

Más tarde, mucho más tarde, en un momento desconocido para mí ahora mismo, desnudaré despacio a Rachel. Le besaré el hombro y pensaré en las sandías en verano. Esperaré, e imaginaré, que puedo ver nuestras vidas desde más allá del universo y que estas se desarrollan juntas, alrededor de los puntos fijos de nuestra vida.

Pero, en este momento, es un beso. Es un beso que continúa mientras dejamos el ejemplar del *Prufrock* de nuevo en la estantería. Es un beso que continúa mientras la llevo escaleras arriba en busca de intimidad. Es un beso que continúa a lo largo de los años.

Pero, en este momento, es solo el comienzo.

Más tarde, en la cama, coge el teléfono para comprobar el buzón de voz.

—Te he dejado algunos mensajes —le digo.

—Eso parece —comenta.

—Me pareció importante que entendieras la situación.

—Creo que la entiendo.

—Entonces ¿podemos estar juntos? ¿Te quedas conmigo? —le pregunto.

—Vale —me responde.

—¿Vale?

—Vale —repite, y es así de fácil.

No tengo que suplicarle, no tengo que convencerla de que merezco la pena. Estamos juntos y empieza nuestro futuro.

Me pregunta si le he enseñado a Frederick el Walcott que hemos encontrado hoy. Todavía no se lo he dado, así que volvemos al piso de abajo, donde todo el mundo sigue en el jardín, bebiendo champán y despidiéndose. Frank ha abierto la puerta de su cafetería e impide que se cierre con una palanca. Supongo que más vale tarde que nunca.

No sé cómo mi madre puede haber venido. Más tarde, me enteraré de que lo que quería era buscar el Dickens. Tan culpable como yo, tan triste como yo, a pesar de seguir pensando que vender es la opción correcta.

Ahora, simplemente me alegro de que esté aquí.

Rachel y yo nos sentamos, y le paso el Walcott a Frederick. Por la manera en la que sujeta este ejemplar, parece casi seguro de que es el suyo, pero nos dice con tristeza que no. Le aseguro que

seguiré buscando, aunque la librería esté cerrada, y acepta el ofrecimiento.

—Creo que, tal vez, la búsqueda sea lo que la mantiene viva —comenta.

Nos sentamos, echamos de menos la librería incluso antes de que haya desaparecido, pensamos en qué hacer con los libros que quedan.

—¿No podemos quedarnos la Biblioteca de Cartas? —pregunto.

—Henry, es enorme —comenta mi padre—. Y, además, ya tengo ejemplares de todos esos libros. Por eso me interesa catalogarla.

—Podríamos guardarlos en el cobertizo —sugiero.

—¿En qué cobertizo? —me pregunta.

—En el que tenga la casa a la que nos mudemos.

Sonríe y espera a que ate cabos.

—¿No vamos a vivir juntos?

—Había pensado que estaría bien viajar. Conocer el país de Shakespeare y ver algunas obras de teatro en el West End. Desde ahí, ir a Argentina. Tal vez aprenda español y pueda leer a Borges en su lengua original antes de morir.

—No te estás muriendo.

—Bueno, no inmediatamente, claro. Nada de esto es culpa tuya. Tu madre tiene razón —dice, y la coge de la mano—. Ganamos muy poco, y no se puede vivir de sueños.

—Necesitas algunos sueños —dice mi madre.

—Sueños y algo de dinero —añade él.

Mi madre está llorando tanto como los demás, y sé que la situación es igual de difícil para ella. Un momento después, la pillo mirándome.

—Has madurado —me responde cuando le pregunto en qué está pensando—. No me había dado cuenta.

Rachel

Henry estaba en mitad de un discurso cuando lo besé. No paraba de sacudir mi carta y de cuestionar la validez del amor con fecha de caducidad.

Tenía preparado un discurso. Pensaba obligarlo a explicarme, punto por punto, con subpuntos incluso, por qué había decidido que me quería a mí y no a Amy. ¿Qué había pasado exactamente para que se produjera un cambio tan radical? Tenía intención de pedirle pruebas.

Pero después decidí que las pruebas están sobrevaloradas y que seguramente tampoco fuera posible. Lo más probable era que estropeará el momento, un momento que llevaba esperando mucho mucho tiempo.

Así que decidí tomar el control de la situación y besarlo. Fue como si estuviéramos atrapados en miel. Y el resto de lo que hicimos, y cómo fue, y las palabras que dijimos, es un secreto.

Tumbada en la cama de Henry, la vida no es como era antes, ahora está llena de otras cosas más allá de los límites y los marcadores que traza la muerte. Hablamos y nos quedamos dormidos una y otra vez, como en un bucle. La ventana está abierta y se cuele la calidez de la noche. Pongo los pies en el alféizar para sentirla.

Intercambiamos pensamientos indefinidos. Somos los libros que hemos leído y las cosas que queremos. Cal es el océano y las cartas que escribió. Nuestros fantasmas se esconden en todo lo que dejamos atrás.

Henry y yo volvemos al piso de abajo un rato después para darle el Walcott a Frederick. No es su ejemplar. Henry le dice que el libro aún existe y le promete que seguirá buscándolo. Frederick dice que es la búsqueda lo que la mantiene con vida, y lo entiendo perfectamente. Siempre buscaré a Cal en las cosas que le gustaban.

Más tarde, cuando entro en la librería, veo el ejemplar de Walcott en la Biblioteca de Cartas, con la cubierta hacia fuera.

Tiene una nota en su interior, dirigida a mí. Lo sé antes de abrir el libro.

Querida Rachel:

Espero que no te importe que te escriba, pero llevo tiempo pensando en nuestra conversación y en la muerte de tu hermano y en la gran tristeza que debes de estar sintiendo.

Como sabes, perdí a mi mujer hace veinte años. A veces, tengo la sensación de llevar una década sin ella y, otras, siento como si la acabara de perder hace un minuto.

Escribo «perder», pero he llegado a odiar esa expresión. Elena no era unas llaves o un sombrero. Decir que la he perdido es el equivalente a decir que he extraviado mis pulmones.

Sé que tú entenderás a qué me refiero, lo veo en tu cara. Llega un momento en el que los no dolientes vuelven a la vida, incluso algunos de los dolientes también, y tú te quedas intentando comprender lo incomprensible.

¿Qué sentido tiene seguir viviendo cuando nos dejan aquellos a quienes queremos? Y ¿cómo podemos perdonarnos por dejarlos marchar? Sin Elena en el mundo, el tiempo no existía. Un mundo sin tiempo es algo terrible. No hay seguridad. Los días podían pasar rápido o despacio, o no pasar. Las leyes del universo se han trastocado y tú te has quedado girando a ciegas.

Pero tú ya sabes todo esto, Rachel.

Sabes que debes aferrarte a cualquier ley que seas capaz de encontrar.

Quiero a mi hijo, y él es la ley que no se puede trastocar. El amor a las cosas que te hacen feliz también es una ley, los libros, las palabras, la música, el arte, son luces que reaparecen en un universo roto.

Dices que el océano es lo más bonito que has visto en la vida y también lo que más te aterroriza. Eso describe cómo me sentí al enamorarme de Elena. Tal vez todas las cosas que merecen la pena resultan aterradoras.

Vuelve al mar, Rachel. Es parte de ti, igual que Cal.

FREDERICK

Por la mañana, mientras Henry está durmiendo, me llevo papel y boli al jardín. Ya hay gente sentada allí, aunque la librería no esté abierta. Han entrado desde la cafetería de Frank, con sus cruasanes y su café. Me preguntan a qué hora abre la tienda y les digo que a las diez de la mañana y que la hora de cierre depende, pues se atienden emergencias literarias en mitad de la noche.

Intento no pensar en el momento en el que el jardín de lectura ya no exista. Intento centrarme en el lado práctico. La gente necesita apartamentos. Pero, ahora mismo, no consigo creer que sea algo bueno que vivan aquí.

Frank me trae un café.

—Invita la casa —me dice—. Es el día nacional del duelo.

Oigo un suave sonido, una leve tos, me vuelvo y veo a Frederick a mi lado.

—Gracias —le digo, y, en lugar de contestar a su carta, desayunamos juntos en el jardín de lectura.

Le digo que sí, que voy a volver al mar.

—Quiero nadar otra vez —le confieso.

Cuando Frederick se marcha, me imagino que vuelvo a estar en el agua. Estoy flotando en el mar con mi madre, dándole la espalda a la sal, de cara al cielo.

Me acuerdo de una de las frases del relato de Borges, la que dice que el narrador volvió al lugar en el que empezó. Pienso en lo que he leído, en otros lectores que me han indicado cosas, marcas de desconocidos que señalan el camino. Pienso en *El atlas de las nubes*, en todas las historias que, al final, forman una única. Pienso en la idea imposible y bonita de que tal vez Cal, en el momento de su muerte, transmigró.

Paso de ese pensamiento a la idea de que se pasó la vida transmigrando, dejando partes de sí mismo en las personas a las que quería, en las cosas que le gustaban. Pienso en la portada de *El atlas de las nubes*, en las páginas que se transforman en nubes y se elevan al cielo para después volver al océano en forma de lluvia; Cal, lleno hasta el borde, derramándose.

Al marcharme, veo a Michael sentado en un rincón del jardín. No me había dado cuenta, pero ha debido de estar ahí todo el rato. Cuando me acerco, veo por qué ha permanecido en silencio. Estaba llorando.

Lo dejo solo y entro en la librería. Me quedo un buen rato mirando la Biblioteca de Cartas, pensando en el catálogo, en que no me parece suficiente. Porque un registro en un ordenador no refleja la manera como la gente ha subrayado. En una base de datos, no se ve la marca profunda que Michael dejó bajo las palabras con las que Pip le dice a Estella que es parte de su existencia. «Has estado presente en cada una de las líneas que he leído, desde que vine aquí.»

Ese discurso está subrayado entero, y las notas en los márgenes están escritas con urgencia. No es posible registrar las razones por las que alguien ha subrayado un discurso, ni cómo se sintió al ver que otra persona también lo había subrayado. Me puedo imaginar mirándolo, pero no puedo reflejarlo en una hoja de datos.

No puedo reflejar lo que sentí al coger el libro. No puedo reflejar las páginas gastadas ni los círculos de café ni las palabras rodeadas en los poemas de Auden o Eliot. Sé que los poemas significaron algo para alguien con solo coger el libro, y ese es el motivo por el que Michael quiere conservarlos. Un catálogo no mantendrá esas sensaciones.

Pero la Biblioteca se puede salvar. Aunque no en esta forma.

Se lo cuento primero a Michael, que no deja de llorar mientras se lo explico.

Después, voy arriba para hablar con Henry.

—Despierta —le digo al oído. Mis labios rozan su piel—. Despierta. Ya sé lo que tenemos que hacer.

Henry

Me despierto y el mundo no ha terminado, y Rachel me está susurrando «transmigración» al oído. Al menos, eso creo. No presto mucha atención porque su boca y el recuerdo de lo que pasó anoche me distraen, junto con la esperanza de que pueda volver a suceder muy pronto.

Me incorporo y ella repite la palabra.

—Transmigrar. La Biblioteca de Cartas tiene que transmigrar. Tenemos que repartirla entre otras librerías.

Le digo que es una idea muy bonita, pero que ningún otro negocio querrá esos libros.

—Solo lo hacemos en Howling Books. Los libros están llenos de garabatos, así que no los pueden vender. Y, aunque se los quedaran, lo único que harían es ocupar espacio que podrían utilizar para colocar libros con los que pueden ganar dinero.

—Pues no se lo diremos a nadie —me replica, y la escucho mientras me cuenta la operación.

Dispersaremos la Biblioteca de Cartas en secreto por todas las librerías de la ciudad y más allá.

Orgullo y prejuicio y zombis

JANE AUSTEN Y SETH GRAHAME-SMITH

Cartas dejadas entre las páginas 44 y 45

14 de febrero de 2016

Querido Cal:

Esto no es una carta de despedida, quiero dejarlo claro. Seguiré escribiéndote. Eres mi principal confidente, y eso no va a cambiar.

He recibido tu última carta, y la respuesta es sí. Sí, vamos a quedar. Empezaremos desayunando en la cafetería de Frank y después podemos ir al Palace, donde he visto que ponen un maratón de «Doctor Who». Después, si te apetece, vamos al museo.

No estoy decepcionada. Creía que eras tú, bueno, estaba bastante segura, pero las cartas siguieron llegando después de que te marcharas, así que durante un tiempo dudé si sería Tim. No quería que fuera él. Quería que fueras tú.

¿Te acuerdas de aquel día en clase cuando nos quedamos sentados al sol, viendo a todo el mundo practicar deporte? Fue nuestra primera y única conversación fuera del papel.

Estaba llorando por una cosa que pasó en una fiesta y porque mi madre ya no vivía en casa.

Tú: Hola.

Yo: ¿Qué quieres?

Tú: Hacer que te sientas mejor.

Yo: Imposible.

Entonces me diste las artemias salinas.

Tú: Son criaturas marinas que crecen muy rápido. Si las pones en agua, crecen a toda velocidad. Se convierten en adultos en una semana, más o menos. Son una especie de gamba oceánica y al principio son como una suerte de quistes. Si las condiciones no son las adecuadas, las hembras sueltan los quistes latentes y los embriones esperan en su interior durante el tiempo que sea necesario hasta que mejoren. Después, cuando llega el momento, empieza el ciclo vital. Son como viajeros en el tiempo, esperan hasta que las condiciones mejoran.

Yo: Eres muy raro.

Tú: Ya lo sé.

Me encantaron las artemias salinas, pero no te lo dije entonces.

Con cariño,

GEORGE

Grandes esperanzas

CHARLES DICKENS

Carta dejada entre las páginas 78 y 79

Querido desconocido:

Si has encontrado esta carta es que has encontrado este libro. Es un libro tremendamente importante (todos los libros son tremendamente importantes) porque este libro, este ejemplar en particular, fue el origen de una librería. Howling Books. No te molestes en buscarla. Para cuando leas estas líneas, habrá desaparecido.

Este libro fue el primero que se colocó en la estantería, el primero que le di a mi mujer, y, aunque ya no estemos juntos, es testigo de lo mucho que nos quisimos. Es la prueba de que entramos un día en una floristería y soñamos con otra vida.

¿Por qué no me lo he quedado? Una chica llamada Rachel me convenció de que no lo hiciera. Una mañana, me encontró llorando en el jardín de lectura. Me entristecía pensar en mi tienda, que era mi vida, y que iba a ser derribada tras haber pertenecido a nuestra familia durante más de veinte años.

La librería es el edificio, pero no solo eso, me dijo. Una librería son los libros que hay en ella. Igual que las personas no son solo sus cuerpos. Y, si no queda esperanza para salvar las cosas que queremos en su forma original, debemos hacer lo que podamos.

Todos y cada uno de los libros de nuestra Biblioteca de Cartas, llenos de las marcas de la vida de mucha gente, han transmigrado a otras librerías. Uno a uno, los llevamos hasta otras tiendas y los escondimos en las estanterías. A veces, el fin empieza.

MICHAEL

Rachel

Nos pasamos todo el mes de febrero trabajando en la transmigración.

Trasladamos los libros para conservar los recuerdos que contienen, los pensamientos entre las páginas. Los dejamos en secreto en otras librerías por toda la ciudad.

Por las noches, cuando no puedo dormir, pienso en esos libros y me agrada saber que el ejemplar de *Grandes esperanzas* de Michael ahora le pertenece a otra persona. Estarán leyendo sus pensamientos, su pasión por Sophia, en la que Pip sentía por Estella. Su pasión está ahí, en los subrayados, en las notas, en la inscripción en la portada.

En abril, Henry nos lleva a todos a Sea Ridge. Vamos a esparcir las cenizas de Cal. Lola, George y Martin van en la parte de atrás de la furgoneta. Rose nos sigue con su coche. Frederick, Michael y Sophia también vienen.

Las llevaremos hasta el mar y dejaremos que la corriente las arrastre. Me encanta la idea de que una mota de Cal tal vez llegue hasta México si se dan las condiciones adecuadas y el tiempo ayuda. Pensaré en eso durante años, en motas de él viajando por el mundo.

Hiroko está en Nueva York, pero escuchamos el CD de su historia musical con Lola en la furgoneta. Yo no pienso en finales. Más bien en inicios. Rose ha aceptado que mi madre, mi abuela y yo vivamos con ella el año que viene mientras repito segundo de bachillerato. Ha empezado a levantar tabiques en el almacén. Aunque, según la manera en que está diseñado el piso, cada habitación dará a otra habitación. A Rose no le hace gracia, pero se está acostumbrando al hecho de que ella y la abuela estarán conectadas.

Henry me pone una mano en la rodilla mientras esperamos a que el agua aparezca en nuestro campo de visión, primero en pequeños triángulos y después en grandes extensiones. Está preocupado porque voy a volver al mar, al lugar en el que perdí a Cal. Todo irá bien y mal. Será terrible y bueno.

El pasado está conmigo, el presente está aquí. El futuro es inalterable y no está definido, es responsabilidad nuestra imaginarlo, se extiende ante nosotros. Una capa soleada, una de un azul intenso, y una de oscuridad.

Agradecimientos

Esa sencilla palabra ha sido un trabajo en equipo. Todos los errores son míos pero las cosas buenas que tiene son gracias a la ayuda de un montón de personas muy generosas e inteligentes.

Gracias, Catherine Drayton, por ser una agente fantástica y por tener tanta fe en mí.

Gracias a todos los componentes de Inkwell Management, en especial a Lyndsey Blessing.

Gracias a la maravillosa Allison Wortche por todo el tiempo y el esfuerzo que le has dedicado, por los consejos, por la inteligencia y la increíble atención que prestas a los detalles.

Gracias, Karen Greenberg, Alison Kolani y Terry Deal por vuestra ayuda durante la redacción del manuscrito.

Gracias a las diseñadoras por esta preciosa cubierta, Alison Impery y Angela Carlino.

Gracias a Stephanie Moss por el espectacular diseño de interior.

Gracias también a Barbara Marcus, Jenny Brown, Melanie Nolan, Kim Lauber, Jules Kelly, Cayla Rasi y Allison Judd por vuestro apoyo y por la fe que tuvisteis en el manuscrito.

También quiero expresar mi gratitud hacia mi equipo editorial en Australia. Claire Craig, no habría podido escribir el libro sin ti. Ali Lavau, eres una editora excelente, gracias, mil gracias.

A mis amigos y familia, que me han apoyado mientras escribía esta novela, he de decirles que lo valoro mucho.

Y, evidentemente, gracias, Michael Kitson.

Esa sencilla palabra
Cath Crowley

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Destino Infantil & Juvenil
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Words in Deep Blue*
© del texto: Cath Crowley, 2016
© de la traducción: Zulema Couso, 2019
Diseño cubierta: Alison Impey - Ilustraciones de la cubierta: Jess Cruickshank
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21575-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta